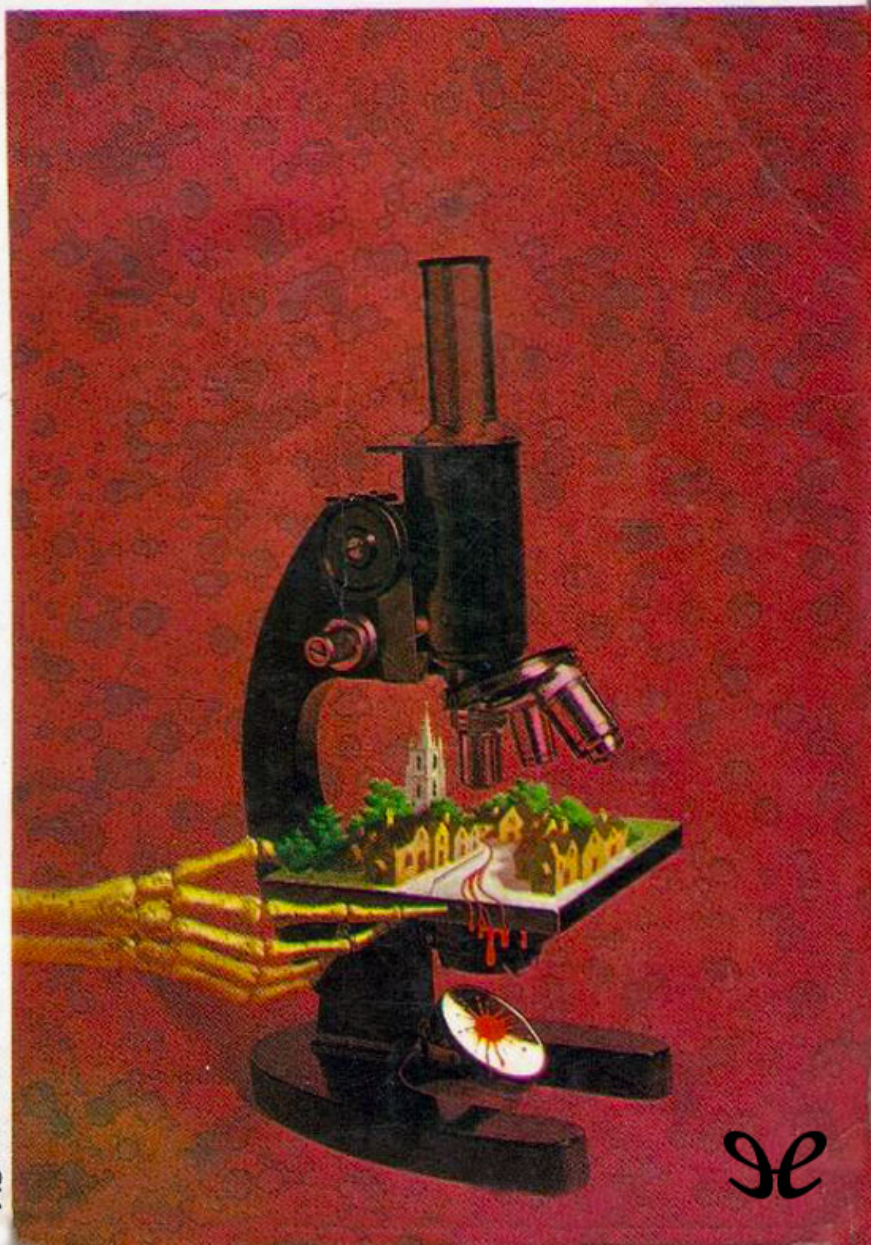
AGATHA CHRISTIE

UN CRIMEN «DORMIDO»



Selecciones de Biblioteca Oro

Poco después de que Gwenda se mudara a su nueva casa, comenzaron a suceder cosas extrañas. A pesar de sus esfuerzos por modernizar la vivienda, lo único que consigue es desenterrar el pasado que duerme entre sus paredes. Aún peor, comienza a sentir un terror irracional cada vez que sube las escaleras…

Presa del pánico, Gwenda decide acudir a la señorita Marple para exorcizar sus fantasmas. Juntas deberán resolver un crimen «perfecto», cometido hace ya demasiado tiempo…

Agatha Christie

Un crimen dormido

Miss Marple 13

ePub r1.3
Titivillus 24.09.17

Título original: *Sleeping Murder*
Agatha Christie, 1976
Traducción: Ramón Margalef

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.0

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ABBOT (Lily): Doncella de los Halliday.
AFFLICK (Jackie): Dueño de la agencia de viajes «Daffodil Coaches».
BANTRY: Matrimonio, ambos amigos de miss Marple. Él, coronel retirado; ella, aficionada a la jardinería.
COCKER: Cocinera de los Reed.
DANBY (Alison): Tía de Gwenda, residente en Nueva Zelanda.
ERSKINE (Richard y Janet): Matrimonio. Richard estuvo locamente enamorado de Helen.
ESTHER: Cocinera de los Bantry y «Oficial de enlace» con la población.
FANE (Eleanor): Viuda, amiga de miss Marple.
FANE (Walter): Hijo de la anterior, director de la firma «Fane & Watchman», fue prometido de Helen, pero rompióse el compromiso.
FOSTER: Jardinero de los Reed.
GALBRAITH: Anciano, ex empleado de una agencia de propiedad inmobiliaria, vive con su hija Gladis.
HALLIDAY (Kelvin): Comandante del ejército británico, padre de Gwenda Reed y esposo de Helen
HALLIDAY (Helen): Madrastra de Gwenda, bellísima y sumamente frívola.
HAYDOCK: Médico de miss Marple y antiguo amigo.
HENGRAVE: Viuda, vendió «Hillside» a los Reed.

KENNEDY (James): Doctor, hermanastro de Helen.
KIMBLE (Jim): Esposo de Lily Abbott.
LATS: Inspector de Policía.
LAYONEE (Edie): Joven suiza, institutriz de Gwenda.
MANNING: Jardinero de los Kennedy.
MARPLE (Miss): Anciana, dama atractiva y de singular sagacidad.
PAGETT (Edith): Cocinera de los Halliday.
PENROSE: Director del sanatorio de Norfolk.
PRIMER: Detective inspector de Policía.
REED (Giles): Joven simpático y apuesto esposo de Gwenda
REED (Gwenda): Bellísima mujer de veintiún años, recién casada.
SAUNDERS: Matrimonio de avanzada edad, dueños de una casa de huéspedes de Dillmouth.
WEST (Joan y Raymond): Matrimonio. Pintora ella, novelista él; sobrinos de miss Marple.

Capítulo I

Una casa

Gwenda Reed se detuvo, un tanto temblorosa, cuando avanzaba por el embarcadero.

Los tinglados portuarios y las restantes construcciones de aquel lugar, todo cuanto abarcaba su vista, oscilaba levemente, ascendía y descendía de una manera imperceptible…

Y fue en tal momento cuando ella tomó su decisión, una decisión que le haría vivir más tarde momentos memorables.

Para trasladarse a Londres no utilizaría aquel tren que enlazaba con un barco, que era lo que había planeado al principio.

A fin de cuentas, ¿por qué había de proceder de otro modo? Nadie la esperaba, nadie la estaba esperando. Acababa de abandonar aquel crujiente buque en que pasara tres días, muy movidos, cruzando la bahía y subiendo hasta Plymouth, y lo último que deseaba era meterse en un vagón de ferrocarril, lento, agobiante, tan incómodo como el barco. Buscaría un hotel, un hotel bien firme, erguido sobre la sólida tierra. Y se metería entre las ropas de un lecho que no crujiera, que no se moviera lo más mínimo. Así se quedaría dormida, y a la mañana siguiente… ¡Oh, sí! ¡Qué magnífica idea! Alquilaría un coche, sin prisas, efectuaría un desplazamiento por el sur de Inglaterra, en busca de una casa, una bonita casa, la que ella y Giles habían proyectado encontrar. En efecto, la idea no podía ser mejor.

De esta forma, podría ver algo de Inglaterra, de aquella Inglaterra de que Giles le hablara, que Gwenda no había visto

nunca, aunque al referirse a ella hiciera lo que la mayoría de los naturales de Nueva Zelanda: llamarla su «patria». De momento, Inglaterra no se presentaba a sus ojos particularmente atractiva. Aquél era un día gris, la lluvia era inminente, y soplaba un viento desagradable. Plymouth, pensó Gwenda, mientras avanzaba lentamente la cola formada frente a las oficinas de «Pasaportes y Aduanas», no debía ser lo mejor del país.

A la mañana siguiente, sin embargo, sus impresiones eran radicalmente distintas. Brillaba el sol. Desde la ventana de su habitación disfrutaba de una vista excelente. Y el mundo de los alrededores había dejado de oscilar, de cabecear. Habíase inmovilizado. Aquello era ya Inglaterra, por fin. Y allí estaba ella, Gwenda Reed, una mujer de veintiún años, casada. La fecha del regreso de Giles a Inglaterra era incierta. Tal vez la siguiera en un plazo de varias semanas. Quizá tardara hasta seis meses. Él le había sugerido que le precediera, dedicándose mientras tanto a buscar una casa que reuniera determinadas condiciones. A los dos les seducía la idea de poseer un hogar fijo. El trabajo de Giles les exigiría algunos desplazamientos periódicos. En ocasiones, Gwenda viajaría también, pero no siempre sería esto lo más aconsejable. Con todo, les agradaba enormemente pensar que dispondrían de un hogar, de un lugar exclusivamente suyo. Recientemente, Giles había heredado de una tía suya algunos muebles. En su proyecto, pues, había tanto de sentimental como de práctico.

Puesto que tanto Gwenda como Giles se hallaban razonablemente acomodados desde el punto de vista económico, su plan no ofrecía serias dificultades.

Gwenda se había negado al principio a buscar la casa por sí sola. «Es una tarea que debemos acometer juntos», objetó. Pero Giles repuso, riendo: «La verdad es que yo no entiendo mucho de casas. Lo que a ti te guste me gustará a mí. Un pequeño jardín, desde luego, una construcción que no vaya a ser unos de esos horrores modernos que se ven por ahí…, no demasiado grande, además. Como emplazamiento, me agrada la costa del Sur. De todas maneras, no muy metida tierra adentro».

Gwenda preguntó a Giles si había pensado en una población concreta. Él respondió negativamente. Se había quedado huérfano

muy joven (los dos habían vivido idéntica experiencia en tal aspecto), yendo a parar a diversas casas de parientes durante las vacaciones, no existiendo ninguna que supusiera un particular recuerdo. Aquélla había de ser la vivienda de Gwenda… En cuanto a lo de esperarle para elegir juntos su futuro hogar, ¿qué pasaría si se veía retenido seis meses? ¿Qué haría Gwenda a lo largo de ese tiempo? ¿Ir de hotel en hotel? Nada de esto. Ella buscaría una casa y se acomodaría en la misma.

«Lo que tú quieres en realidad —declaró Gwenda— es que me haga cargo de todo el trabajo».

Sin embargo, le complacía la idea de encontrar aquel hogar, de arreglarlo a su gusto, de instalarse en él, esperando la llegada de Giles.

Llevaban tres meses casados. Amaba mucho a su marido.

Después de haber desayunado en la cama, Gwenda se levantó, estudiando su plan de acción. Pasó un día entero viendo Plymouth, ciudad que le agradó. Al siguiente, alquiló un cómodo «Daimler» con chófer, iniciando su recorrido por Inglaterra.

Hacía buen tiempo, disfrutando mucho con su desplazamiento. Vio algunas posibles residencias en Devonshire, pero ninguna en definitiva encajaba en sus deseos. No tenía prisa. Continuaría buscando. Frente a los anuncios de los agentes de la propiedad inmobiliaria, aprendió a leer entre líneas y a prescindir de descripciones entusiastas, con lo cual se ahorró algunas gestiones que no la hubieran llevado a ninguna parte de todos modos.

Un martes por la tarde, seis días después de su llegada allí, cuando el coche descendía por una carretera algo elevada para adentrarse en Dillmouth, en las cercanías de esta todavía encantadora playa veraniega, Gwenda vio el clásico rótulo de «Se vende» a un lado del camino, divisando fugazmente entre los árboles una pequeña y blanca villa de estilo victoriano.

Inmediatamente, Gwenda se sintió atraída por ella. Fue casi como si hubiera reconocido «su» casa. Estaba segura de eso. Imaginóse el jardín, las alargadas ventanas… Se hallaba convencida de haber dado con lo que necesitaba.

Estaba ya muy avanzado el día, así que decidió encaminarse al «Royal Clarence Hotel». A la mañana siguiente, utilizando las señas

de los agentes que viera en el rótulo, se apresuró a visitarlos.

Más tarde, en posesión de un permiso para ver la propiedad, se encontró dentro de un largo salón de corte antiguo que daba a una terraza pavimentada con grandes losas, desde la cual se descubría una extensión de césped con rocalla y florecientes arbustos. Por entre los árboles que había hacia el fondo del jardín veíase el mar.

«Ésta es mi casa —pensó Gwenda—. Éste es *mi* hogar. Lo veo ya, como si conociera en todos sus detalles la vivienda».

Abrióse la puerta, entrando en la estancia una mujer de elevada estatura y gesto melancólico, que husmeaba como si tuviera un catarro nasal.

—¿La señora Hengrave? Los agentes de la firma «Galbraith & Penderley» me han dado una autorización para ver la casa. Desde luego, es muy temprano todavía, pero…

La señora Hengrave se sonó la nariz, replicando con una mueca de tristeza que era igual. Empezaron a recorrer la vivienda.

Sí. Ésta no resultaba muy grande. Se había quedado anticuada, pero ella y Giles podían dotarla de otro cuarto de baño, o de dos más. La cocina tendría que ser modernizada. Había detalles aprovechables. Con un nuevo fregadero y el equipo al día…

Distraídamente, mientras pensaba en sus planes, Gwenda oyó la voz de su acompañante, refiriéndole las circunstancias que rodearan la última enfermedad del difunto comandante Hengrave.

Mecánicamente, Gwenda pronunció unas palabras convencionales de condolencia, de simpatía y comprensión. Todos los familiares de la señora Hengrave vivían en Kent… A ella le hubiera gustado vivir cerca de ellos, pero al comandante le agradaba mucho Dillmouth, había sido durante numerosos años secretario del Club de Golf…

—Sí… Claro… Sería terrible para usted… Es muy natural… En efecto, cuando en una casa hay un enfermo… Desde luego… Debió usted de pasar lo suyo…

Mientras tanto, Gwenda pensaba en lo que a ella le interesaba verdaderamente: «Éste debe ser el armario para la ropa blanca… Una habitación doble, desde la que se ve el mar… A Giles le gustará. Esta pequeña habitación ha de ser de gran utilidad… El cuarto de baño… Espero que la bañera esté encajada en caoba…

¡Pues sí! ¡Magnífico! Y en el centro del pavimento… No efectuaré aquí el menor cambio… Se trata de un mueble de época».

¡Qué bañera tan enorme!

Podía ser decorada con frutas, veleros, gansos. Cualquiera era capaz de imaginarse allí que estaba en el mar… «Ya sé lo que voy a hacer: convertir la oscura habitación posterior en un par de cuartos de baño con azulejos verdes y tubería cromada… Las conducciones podrán ir por encima de la cocina. Y éste lo reservaremos tal como está…».

—Una pleuresía —gimió la señora Hengrave—, que al tercer día de enfermedad se convirtió en pulmonía doble…

—Terrible —comentó Gwenda—. ¿No hay otro dormitorio al final de este pasillo?

Lo había, y era precisamente la clase de estancia que ella imaginara, casi redonda, con una ventana en saledizo, en forma de arco. Habría que introducir modificaciones, no obstante. Se hallaba en buen estado, pero ¿por qué había gente como la señora Hengrave, tan aficionada a los empapelados de color mostaza?

Volvieron sobre sus pasos, a lo largo del pasillo. Gwenda murmuró, reflexiva:

—Seis… no… siete dormitorios, contando el pequeño y el ático…

Las tablas del pavimento crujían levemente bajo sus pies. Tenía ya la impresión de ser ella quien vivía ahora allí, y no la señora Hengrave. La señora Hengrave era una intrusa, una mujer que gustaba de cubrir las paredes de las habitaciones con papel de color mostaza, que había hecho poner un zócalo pintado en su salón. Gwenda echó un vistazo a la hoja mecanografiada que llevaba en la mano, en la que se reseñaban las características de la propiedad y su precio.

En el curso de unos días, Gwenda se había familiarizado con los valores de los inmuebles. La suma pedida no era muy elevada. Desde luego, la casa tendría que sufrir enormes reformas, pero aún así… Anotó mentalmente las palabras «Se estudiarían otras ofertas». A todo esto, la señora Hengrave debía de tener mucho interés en volver a Kent para vivir cerca de los suyos…

Habían empezado a bajar por la escalera cuando, de repente,

Gwenda se sintió estremecida por una oleada de irracional terror. Fue la suya una sensación enfermiza, que desapareció con la misma rapidez con que se presentara. No obstante, dejó en su ser como una secuela una nueva idea.

—Supongo, señora Hengrave —dijo Gwenda—, que sobre esta casa no circulará por ahí ninguna leyenda rara de encantamientos o fantasmas…

La señora Hengrave, un escalón más abajo, interrumpió su relato sobre los rápidos progresos de la enfermedad de su marido para levantar la vista, como ofendida.

—Que yo sepa, no, señora Reed. ¿Es que le han referido algo de ese tipo en relación con la vivienda?

—¿No ha visto usted o sentido nunca nada extraordinario personalmente? ¿No ha muerto nadie aquí?

Una pregunta desafortunada, pensó Gwenda, una fracción de segundo más tarde, ya que, evidentemente, el comandante Hengrave…

—Mi esposo murió en el Hospital de Santa Mónica —contestó la señora Hengrave, severamente.

—¡Oh, sí! Ya me lo dijo antes.

La señora Hengrave continuó hablando en el mismo tono glacial:

—Esta casa fue construida, probablemente, hace un siglo. Lógicamente, a lo largo de este tiempo han debido de morir algunas personas aquí. Yo lo único que puedo decirle es que la señorita Elworthy, a quien mi esposo compró esta vivienda, hace siete años, gozaba de una salud excelente, y se disponía a trasladarse al extranjero para trabajar en las misiones. Ella no se refirió a defunciones familiares…

Gwenda hizo lo posible para atenuar la melancolía de que daba constantes muestras la señora Hengrave. Habían vuelto a entrar en el salón. Tratábase de una estancia tranquila, encantadora, dotada de un ambiente muy grato para Gwenda. Su momento de pánico le parecía ahora totalmente incomprensible. ¿Qué era lo que le había pasado? En aquella casa no había nada raro.

Después de preguntar a la señora Hengrave si podía ver el jardín, la joven avanzó por la terraza.

«Aquí tendría que haber unos escalones», pensó Gwenda,

bajando hasta el césped.

Pero por allí las forsitias se habían desarrollado enormemente, impidiendo que se viera el mar.

Gwenda asintió, como respondiendo a un secreto pensamiento. Ella cambiaría aquel estado de cosas.

Echó a andar detrás de la señora Hengrave. En el lado opuesto de la extensión de césped dieron con unos peldaños. Observó que muchas matas habían sido dejadas a un lado, creciendo con exceso, y que la mayor parte de los arbustos necesitaban una poda cuidadosa y a fondo.

La señora Hengrave señaló en tono de excusa que el jardín andaba precisado en general de un buen repaso. Todo lo que permitía su situación económica en la viudez era contratar los servicios de un jardinero dos veces por semana. Por añadidura, el hombre solía faltar a su compromiso con frecuencia.

Inspeccionaron el pequeño aunque adecuado huerto, regresando a la casa. Gwenda explicó que tenía que ver otras viviendas y que, pese a que «Hillside» (¡qué nombre tan corriente!) le gustaba muchísimo, no podía tomar una decisión sobre la marcha.

La señora Hengrave se separó de ella con una mirada de curiosidad y un último y prolongado husmeo.

Gwenda visitó nuevamente la oficina de los agentes, haciendo una oferta en firme, sujeta al informe del inspector. El resto de la mañana la dedicó a pasear por Dillmouth. Era ésta una encantadora y anticuada población veraniega de la costa. En su extremo «moderno» había un par de hoteles y algunos *bungalows*, pero la formación geográfica del lugar con el obstáculo de las colinas habían impedido el crecimiento de Dillmouth; que a nadie hubiera favorecido, quizá.

Después del almuerzo, Gwenda fue informada telefónicamente por los agentes de que la señora Hengrave había aceptado su oferta. Sonriendo maliciosamente, Gwenda se encaminó al edificio de Correos y Telégrafos, desde donde puso un cable a Giles.

«He comprado una casa. Besos. Gwenda».

«Eso le animará a venir cuanto antes —se dijo Gwenda—. Y le hará ver también que no doy tiempo a que la hierba pueda crecer bajo mis pies».

Capítulo II

Papel de decorar

1

Un mes después, Gwenda se hallaba instalada en «Hillside». Los muebles de la tía de Giles habían salido del almacén en que fueron depositados para ser distribuidos por toda la casa. Eran piezas de buena calidad, si bien de anticuados modelos. Gwenda había vendido un par de guardarropas. Los restantes elementos encajaron armoniosamente en la vivienda. En el salón habían sido colocadas unas pequeñas y alegres mesitas *de papier-máché* con incrustaciones de madreperla y adornadas con pinturas de castillos y rosas. También podían verse una mesa de trabajo, un buró de palo de rosa y una mesita para sofá de caoba.

Gwenda había relegado los sillones a los dormitorios, al comprar dos grandes butacones para ella y para Giles, que instaló a uno y otro lado de la chimenea. El sofá «Chesterfield» fue colocado cerca de las ventanas. Para las cortinas, Gwenda escogió unas telas de zaraza de color azul pálido con adornos de jarrones de rosas y pájaros. Consideró que la habitación había quedado en definitiva como debía estar.

Todavía andaban por la casa algunos de los trabajadores contratados, ocupados en diversas tareas.

Las modificaciones proyectadas para la cocina eran ya una

realidad. Los nuevos cuartos de baño estaban a punto de ser terminados. Con vistas a los toques finales, Gwenda prefería esperar un poco. Deseaba ambientarse en su nuevo hogar para decidir los colores predominantes en los dormitorios. La casa estaba en relativo buen orden y no era necesario incurrir en precipitaciones.

En la cocina había quedado instalada ahora una tal señora Cocker, una dama de aire severo, inclinada a rechazar la actitud excesivamente democrática de Gwenda. Una vez impuesta de sus derechos y obligaciones, su rigidez se atenuaría.

Aquella especial mañana, la señora Cocker depositó la bandeja del desayuno sobre las rodillas de Gwenda al sentarse ésta en el lecho.

—Cuando en la casa no hay ningún hombre —afirmó la señora Cocker—, cualquier dama prefiere que le sirvan el desayuno en la cama.

Gwenda correspondió con un gesto de afirmación a sus palabras. Tratábase de una ley supuestamente inglesa.

—Huevos revueltos —especificó la señora Cocker—. Usted me habló de róbalo ahumado. Ahora bien, es un plato que no ha de ser de su agrado en el dormitorio. Deja siempre cierto olor… Pienso servírselo en la cena, con tostadas…

—Muchas gracias, señora Cocker.

La señora Cocker sonrió, complacida, disponiéndose a retirarse.

Gwenda no ocupaba el gran dormitorio doble. Para eso esperaría a que llegara Giles. Había escogido el cuarto del fondo, el de las paredes redondas y la ventana en saledizo. Sentíase a gusto por completo allí, feliz.

Miró a su alrededor, exclamando, impulsiva:

—¡Me agrada esta habitación!

La señora Cocker la miró con un gesto de indulgencia en el rostro.

—Es una habitación bonita, tranquila, señora, aunque pequeña. A juzgar por la reja de la ventana, yo diría que esto fue en otro tiempo el cuarto de los niños.

—No había caído en tal detalle. Es posible.

—¡Oh!

La señora Cocker había querido dar a entender a Gwenda algo

con aquella exclamación, antes de salir del dormitorio.

«Cuando haya un hombre en esta casa —parecía haberle querido dar a entender—, puede ser preciso un cuarto aquí para los niños. ¡Quién sabe!».

Gwenda se ruborizó. Paseó la mirada a su alrededor. ¿Un cuarto para los niños? Pues, sí… Quedaría bonito. Empezó a amueblarlo mentalmente. Una gran casa de muñecas adosada a la pared. Unos estantes llenos de juguetes. Un buen fuego ardiendo alegremente en la chimenea, con una protección a su alrededor, con hierros que colgarían de sus barras metálicas. Sin embargo, aquel espantoso papel de color mostaza de la pared… Buscaría uno más alegre, claro, brillante, polícromo, con ramos de amapolas alternando con otros de cabezuelas… Sí. Esto quedaría perfectamente. Procuraría encontrar un papel así. Estaba segura de haberlo visto en alguna parte.

No eran necesarios muchos muebles en el cuarto. Había dos armarios empotrados. El del rincón estaba cerrado con llave. Y la llave había desaparecido. Las puertas habían sido pintadas. Quizá llevaba años sin ser abierto. Recurriría a uno de los operarios que andaban por la casa para que procediera a abrir el armario. De otro modo, iba a hacerle falta.

Cada día se sentía más cómoda, más a gusto, en «Hillside». Al oír una especie de ronquido, alguien que se aclaraba la garganta, seguido de una tos seca al otro lado de la ventana abierta en aquellos instantes, Gwenda se apresuró a dar fin a su desayuno. Foster, aquel jardinero temperamental, de cuyas promesas no siempre sus clientes podían fiarse, trabajaría para ella hoy, tal como le dijera.

Después del baño, Gwenda se vistió rápidamente, poniéndose una falda gris y un jersey, tras lo cual salió corriendo hacia el jardín. Foster estaba trabajando junto a la ventana del salón. La primera acción de Gwenda había sido ordenar el trazado de un sendero por entre las piedras y la vegetación. Foster se había opuesto a su idea, alegando que tendrían que desaparecer las forsitias, las lilas y otras plantas. Pero Gwenda habíase mostrado inflexible. Ahora, en cambio, el hombre se sentía entusiasmado ante el resultado de su labor.

La saludó con una risita.

—Todo parece indicar que quiere usted volver a los viejos tiempos, «señorita».

Foster insistía en llamar a Gwenda «señorita». Golpeó el suelo con su azada.

—He dado con los antiguos peldaños… Fíjese dónde estaban… Exactamente donde usted los quiere ahora. Alguien plantó varias matas aquí, terminando por taparlos.

—Una estupidez por parte de quien procedió así —repuso Gwenda—. A cualquiera le gusta disfrutar de una buena vista del césped y el mar desde la ventana del salón.

Foster se sintió un tanto confuso con respecto a esta última consideración, pero correspondió a la misma con una cautelosa afirmación de cabeza.

—Yo no digo, ¿sabe usted?, que no fuese una mejora… Los arbustos que hacen más agradable el panorama desde el salón lo oscurecen al crecer. Nunca había visto unas forsitias más sanas y desarrolladas que las de aquí. De las lilas no se puede decir otro tanto, en cambio… Estas cosas cuestan dinero y los brotes tienen ya demasiado tiempo para intentar una nueva plantación.

—¡Oh, ya lo sé! Usted proceda como le he dicho. Queda todo más bonito.

Foster se rascó la cabeza, perplejo.

—Bueno, es posible.

De repente, Gwenda le preguntó:

—¿Quién vivió aquí antes de los Hengrave, Foster? Éstos llevaban aquí poco tiempo, ¿verdad?

—Seis años, más o menos. ¿Antes de ellos? Pues… la señorita Elworthy, con los suyos. Era gente muy religiosa, que andaba metida en lo de las misiones. Una vez se hospedó en esta casa un sacerdote negro. Eran cuatro personas en total. El hermano vivía un tanto apartado de las mujeres. Antes de ellos vivió aquí… veamos… la señora Findeyson… ¡Oh! Ocupaba esta casa antes de que yo naciera.

—¿Murió aquí? —inquirió Gwenda.

—Murió en Egipto…, en el extranjero, en todo caso. Pero trajeron su cadáver, siendo enterrada en el cementerio local.

Muchos de los arbustos de este jardín fueron plantados por ella. Era muy aficionada a estas cosas —Foster hizo una pausa para continuar diciendo—: Por aquellas fechas no habían sido construidas las casas de la colina. Todo esto resultaba muy rústico. No existían las tiendas que usted ya conoce, ni el paseo. —Foster daba a sus palabras el tono que muchas personas de edad emplean al referirse a las innovaciones—. Cambios —reseñó, despreciativo —. Aquí no ha habido más que un cambio tras otro.

—Supongo que todo siempre se modifica —manifestó Gwenda —. También se han producido importantes mejoras, ¿no?

—Eso afirman algunos. Yo no las he notado. ¡Cambios y más cambios, señorita! —Foster extendió un brazo, señalando, por encima de unos árboles, una construcción blanca, a lo lejos—. Eso era antes el «Cottage Hospital», un establecimiento sanitario magnifico y que se encontraba muy a mano. Finalmente fue cerrado y se levantó otro hospital en las afueras de la población, a dos kilómetros. Si quiere usted ir allí a pie habrá de andar media hora, y si toma el autobús tendrá que gastarse tres peniques. —Otro gesto despectivo de Foster—. Nuestro antiguo hospital se ha convertido en un colegio de niñas. Hoy ve usted cambios por todas partes. La gente toma una casa, por ejemplo, y vive en ella diez, doce años todo lo más, mudándose seguidamente a otra. Todo el mundo se muestra muy inquieto. ¿Qué se logra con esto? Nadie puede plantar nada si no piensa en el futuro.

Gwenda contempló embelesada sus magnolias.

—Habría que hacer como la señora Findeyson, ¿no? —inquirió.

—¡Ah! Ella procedió como se debe. Se instaló aquí de recién casada. Crió a sus hijos y los casó. Más tarde, enterró a su esposo. Por los veranos venían a verla sus nietos, que al final se la llevaron, cuando contaba ya ochenta o noventa años.

La inflexión de voz de Foster era de absoluta aprobación.

Gwenda entró en la casa, esbozando una sonrisa.

Habló con los otros trabajadores, regresando al salón. Sentóse a la mesa, escribiendo varias cartas. Entre las cartas por contestar había una de unos primos de Giles que vivían en Londres. Le rogaban que cuando fuera por la capital los visitase en su casa de Chelsea, donde podía quedarse en lugar de ir a un hotel.

Raymond West era un novelista conocido (más que popular). Joan, su esposa, era pintora. A Gwenda le agradaba la perspectiva de pasar unos días con ellos, aunque el matrimonio, probablemente, pensó, la juzgaría una persona vulgar. «Giles no es ningún erudito precisamente —reflexionó Gwenda—. Y yo soy una mujer corriente».

Oyó, procedente del vestíbulo, un sonoro toque de gong. Éste había sido un día una de las posesiones de la tía de Giles. A la señora Cocker, indudablemente, le agradaba aquel solemne sonido. Y parecía experimentar un particular placer consiguiendo hacerlo resonar en toda la casa. Gwenda se tapó los oídos con ambas manos, poniéndose en pie.

Cruzó rápidamente el salón en dirección a la pared de la ventana más alejada. Se detuvo con una exclamación breve de enojo. Era la tercera vez que procedía así. Siempre le parecía ser capaz de atravesar un sólido muro para penetrar en el comedor, al cual daba acceso la puerta contigua.

Retrocedió, saliendo al vestíbulo principal, rodeando la esquina formada por la pared del salón y entrando en el comedor. Esto suponía un rodeo que resultaría enojoso en invierno, ya que el vestíbulo delantero era un sitio frío y las únicas habitaciones templadas por la calefacción central eran el salón, el comedor y dos de los dormitorios superiores.

Gwenda se acomodó ante su magnífica mesa de Sheraton, que había adquirido pagando bastante por ella, deseosa de suprimir la maciza y cuadrada de caoba que le precediera. «Aquí debiera haber una puerta que comunicara el salón con el comedor —pensó, mientras tanto—. Hablaré con el señor Sims cuando venga esta tarde».

El señor Sims era el constructor y decorador, un hombre de mediana edad, que hablaba con voz ronca y que tenía siempre a mano una pequeña agenda, con el fin de anotar en sus páginas cualquier idea que pudiera ocurrírsele a sus clientes, sobre todo si podía traducirse en un beneficio. El señor Sims, al ser consultado por Gwenda, se mostró convencido.

—Lo más sencillo del mundo, señora Reed —contestó—. Eso sería una notable mejora, a mi juicio supondría una gran

comodidad.

—¿Resultaría muy caro?

A Gwenda no la emocionaban ya mucho los gestos de aprobación o de entusiasmo del señor Sims. Éste habíale cobrado algunos «extras» que no hiciera figurar en su presupuesto inicial.

—Esto sería una ganga —respondió su interlocutor, haciendo sonar ahora su voz con tonos indulgentes y tranquilizadores.

Gwenda se sentía más recelosa que nunca. Había empezado a desconfiar de las «gangas» del señor Sims. Sus cálculos sobre el papel eran siempre estudiosamente moderados.

—Verá usted lo que vamos a hacer, señora Reed —sugirió el señor Sims, amablemente—: le diré a Taylor que eche un vistazo a esto cuando haya terminado con lo que tiene entre manos, esta misma tarde. Así podré facilitarle una idea exacta en cuanto al coste de la operación. Todo depende de la solidez de la pared.

Gwenda asintió. Escribió a Joan West dándole las gracias por su invitación, pero advirtiéndole que de momento no podría abandonar Dilmouth, ya que necesitaba estar sobre los hombres que trabajaban en su casa. Luego, salió a dar un paseo, disfrutando durante unos minutos de la refrescante brisa marina. Al volver a entrar más tarde en el salón, vio a Taylor, el primero de los operarios del señor Sims, quien la saludó con una sonrisa.

—No habrá ninguna dificultad en ello, señora Reed —manifestó aquél—. Aquí hubo una puerta antes. Alguien que no pensaba como usted la hizo desaparecer.

Gwenda se quedó agradablemente sorprendida. Se dijo que era extraordinario que en todo momento hubiese experimentado la impresión de la existencia de una puerta allí. Recordó la naturalidad con que se encaminara hacia ella a la hora del almuerzo. Y al evocar tal momento, de pronto, se sintió estremecida, inquieta. Pensándolo bien, esto era bastante raro… ¿A qué se había debido aquella seguridad? En la pared no había nada que pudiera inducirla a hacerse tal figuración. ¿Por qué había adivinado la existencia de aquella salida? ¿Qué era lo que le había hecho dirigirse siempre hacia aquel punto? Automáticamente, mientras pensaba en otras cosas, sus pasos se habían encaminado al sitio en que precisamente existiera en otro tiempo una puerta…

«Espero no ser una *clairvoyante*[1] o algo por el estilo», pensó, nerviosa.

Nunca había vivido fenómenos de tipo mental. No era de esa clase de personas… ¿O se equivocaba, quizá? Pensó en el sendero que conducía desde la terraza, a través de la vegetación, hasta el pequeño prado. ¿Por qué había insistido en su trazado? ¿Cómo había llegado a adivinar su existencia anterior?

«Tal vez sea yo, en definitiva, uno de esos seres cuya visión rebasa las cotas normales —se dijo Gwenda—. ¿Tendrá, todo esto que me ocurre, algo que ver con la casa?».

Ya había preguntado a la señora Hengrave, el primer día, si acerca de la vivienda circulaba en la localidad alguna especial leyenda o creencia.

¿Cómo iba a caer, por ejemplo, en el disparate de considerarla embrujada? ¡Aquélla era una vivienda deliciosa! Aquellas paredes no podían encerrar nada que indujera a la desconfianza o el temor. Con razón la señora Hengrave se había quedado extrañada al oír su pregunta. ¿Habría habido acaso en su actitud un poco de reserva, una forma de cautela disimulada?

«¡Santo Dios! —se dijo Gwenda—. Estoy empezando a imaginar cosas raras».

Hizo un esfuerzo para continuar hablando con Taylor.

—Otra cosa que quería decirle —manifestó—. En mi habitación, arriba, uno de los armarios empotrados está cerrado con llave. Deseo que lo abra.

Subieron los dos, procediendo Taylor a examinar la puerta.

—Estos frentes han sido pintados más de una vez —comentó el operario—. Mañana, si le parece bien, daré las órdenes necesarias para que uno de mis ayudantes la complazca.

Gwenda se mostró de acuerdo y Taylor se fue.

Aquella noche se sintió muy inquieta, muy nerviosa. Sentada en el salón, cuando se esforzaba por concentrar su atención en el libro que leía, era consciente de los crujidos de los muebles. Una o dos veces, miró sobre su hombro, estremeciéndose. Se dijo que nada había de extraordinario en el incidente de la puerta, ni en el del sendero del jardín. Eran meras coincidencias. En todo caso, se trataba de sendas consecuencias del sentido común.

Sin querer admitirlo, notábase todavía más sobresaltada ante la perspectiva de subir a acostarse. Cuando, finalmente, se levantó, apagando las luces y abriendo al puerta que daba al vestíbulo, sintióse atemorizada frente a la escalera. Subió apresuradamente los peldaños, corriendo casi por el pasillo. Luego abrió la puerta del dormitorio. Una vez dentro de éste se sintió calmada, sosegada. Miró a su alrededor. Allí se creía a salvo de cualquier contratiempo, feliz. («A salvo… ¿de qué contratiempo, estúpida?», se preguntó). Fijó la vista en su pijama, sobre el lecho, en sus zapatillas, bajo el mismo.

«Realmente, Gwenda, cualquiera diría que estás de nuevo en la edad de la infancia. ¿Por qué no buscas por aquí tus juguetes?».

Se metió entre las ropas de la cama con un suspiro de alivio, quedándose pronto dormida.

A la mañana siguiente tuvo que ir a la población para ver varias cosas. Regresó a la hora del almuerzo.

La señora Cocker le sirvió un lenguado frito con todo cuidado, sus patatas, unas zanahorias con crema…

—El armario empotrado de su dormitorio ha sido ya abierto, señora —le notificó aquélla.

—¡Ah, muy bien! —replicó Gwenda.

Tenía apetito y comió a gusto. Después de saborear una taza de café en el salón, subió a su dormitorio. Cruzó el cuarto, abriendo la puerta del armario del rincón.

De pronto, profirió una exclamación de temor, fijando la vista obstinadamente en aquel punto…

En el interior del armario podía verse el papel de decoración original de la pared, en otras partes desaparecido. La habitación había estado alegremente empapelada en otro tiempo con un papel de dibujos florales, a base de pequeños ramos de rojas amapolas, alternando con otros de azules cabezuelas…

2

Gwenda permaneció largo rato inmóvil. Luego, temblorosa, se dejó caer, sentada, sobre la cama.

Se hallaba en una casa en la que nunca estuviera antes, en una región que conocía ahora por vez primera… Dos días antes, tendida en aquel mismo lecho, había estado imaginando un papel adecuado para las paredes de su dormitorio… Y el papel que imaginara se correspondía exactamente con el que cubriera tiempo atrás aquellas paredes.

¿Qué explicación racional cabía dar a aquello?

Podía considerar lo del sendero del jardín, lo de la puerta de comunicación con el comedor, como simples coincidencias. Pero no podía ver esto de ahora de la misma forma. No era posible imaginar un papel de decoración tan particular para acabar dando allí mismo con el dibujo pensado, exactamente… Tenía que existir otra explicación, que no alcanzaba a aprehender y que… sí, que la atemorizaba. Su visión no se proyectaba hacia el futuro, sino que se invertía, fijándose en un estado anterior de la casa. Cabía la posibilidad de que en cualquier momento empezara a descubrir una nueva cosa, algo que no quería contemplar… La vivienda en que se encontraba la asustaba… Ahora bien, ¿emanaba su miedo de la casa o de ella misma? Ella no quería ser de las personas que ven cosas raras…

Gwenda suspiró profundamente. Después de haberse arreglado un poco, abandonó la casa. Poco más tarde, cursaba el siguiente telegrama:

Oeste, Plaza Addway, Chelsea, Londres.
Es posible que cambie de opinión y que vaya a veros mañana.
Gwenda.

Puso este telegrama con respuesta pagada.

Capítulo III

Cubre tu faz

Raymond West y su mujer hicieron cuanto pudieron para que la joven esposa de Giles se sintiera a gusto a su lado. Ellos no tenían la culpa de que Gwenda los encontrara, en secreto, alarmantes. Raymond, con su raro aspecto, con su aire de cuervo, su frondosa cabellera y las repentinas elevaciones de voz en el curso de unos monólogos que ella no siempre comprendía, la dejaba pasmada, nerviosa. Él y Joan parecían expresarse en un lenguaje muy personal. Gwenda no se había visto inmersa en una atmósfera tan especial como aquélla nunca, por cuya razón todos sus detalles le eran extraños.

—Pensamos llevarte a un par de espectáculos buenos —anunció Raymond mientras Gwenda se llevaba a los labios su vaso lleno de ginebra, añorando en secreto una taza de té después de su viaje.

La joven se animó inmediatamente.

—Esta noche hay ballet en «Sadler's Wells», y mañana tenemos la reunión de cumpleaños en honor a mi increíble tía Jane… Veremos «La Duquesa de Malfi», con Gielgud, y el viernes será el turno de «Caminaban sin pies». Ha sido traducida esta obra del ruso, siendo la pieza dramática más representativa del teatro actual. No ha habido otra cosa mejor en los últimos veinte años. La están dando en el «Witmore Theatre».

Gwenda expresó su agradecimiento por aquellos planes en su obsequio. Pensó que cuando Giles se reintegrara al lugar irían juntos a los espectáculos. Titubeó ante la idea de asistir a la

representación de «Caminaban sin pies»… Supuso, sin embargo, que le gustaría. En cuanto a lo de ser una obra representativa del teatro moderno, no sabía qué decir. Frecuentemente, ignoraba el sentido de las piezas que se ponían en escena en los últimos años.

—Mi tía Jane te encantará cuando la conozcas —declaró Raymond—. Me atrevería a decir que es una pieza de época. Es victoriana hasta la médula. Algunos de sus tocadores tienen las patas forradas con tela de zaraza. Vive en un pueblo, un pueblo en el que nunca ocurre nada, en el que la vida parece haberse quedado estancada, sin comunicación con el exterior.

—En cierta ocasión ocurrió una cosa allí —objetó su esposa.

—Fue un drama pasional, un rudo suceso, carente por completo de sutilezas…

—Pues en su día, bien interesado que te sentiste por él —recordó Joan, con un pestañeo.

—A veces disfruto jugando al *cricket* en el pueblo, también —repuso Raymond, muy digno.

—El caso es que tía Jane se destacó con motivo de aquel crimen.

—¡Oh! No es tonta, precisamente. Y le encantan los problemas.

—¿Los problemas? —preguntó Gwenda, pensando en la aritmética.

Raymond agitó una mano, abarcándolo todo.

—Cualquier tipo de problemas. ¿Por qué la esposa del comerciante de comestibles se llevó a una reunión de carácter social en la parroquia su paraguas haciendo una noche espléndida? ¿Por qué se encontró donde no debía estar una agalla de pescado? ¿Qué fue de la sobrepelliza del sacerdote? El molino de tía Jane lo muele todo. En consecuencia, Gwenda, si en tu vida hay algún problema, no vaciles en exponérselo a tía Jane. Seguro que te lo resolverá.

Raymond se echó a reír y Gwenda le imitó, pero su risa no era sincera. Al día siguiente, fue presentada a tía Jane, o miss Marple, como solían llamarla los demás. Miss Marple era una atractiva dama ya mayor, alta y delgada, de rosadas mejillas y ojos azules, de suaves maneras. Sus azules ojos pestañeaban levemente con frecuencia.

Tras la cena, a hora muy temprana, en el curso de la cual todos bebieron a la salud de tía Jane, se encaminaron al «His Majesty's

Theatre». En el grupo figuraban un artista entrado en años y un joven abogado. El primero se ocupó de Gwenda y el joven abogado dividió sus atenciones entre Joan y miss Marple, cuyas observaciones parecía celebrar mucho. En el teatro, sin embargo, esta disposición se alteró. Gwenda se acomodó entre Raymond y el abogado.

Se apagaron las luces, iniciándose la representación.

Los actores hicieron una labor admirable y Gwenda disfrutó mucho. No había tenido ocasión a menudo de ver piezas teatrales de auténtico rango.

En cierto momento de la obra se planteaba una escena impresionante. La voz del actor se elevó por encima de las candilejas, trágica, inspirada por una mente perversa.

—*Cubre tu faz. Mis ojos quedan deslumbrados. Ella murió joven*…

Gwenda profirió un grito.

De pronto, se puso en pie, deslizándose ciegamente hacia el pasillo, y luego buscando la escalera, la salida, la calle. Ni siquiera entonces se detuvo. Caminó y corrió alternativamente. Impulsada por el pánico, subió por Haymarket.

Ya en Piccadilly vio un taxi libre. Lo detuvo haciendo una seña, dando al conductor la dirección de la casa de Chelsea. Con dedos temblorosos, sacó algún dinero de su bolso, pagó al taxista y subió los peldaños de la puerta. El servidor que le abrió ésta la miró, sorprendido.

—Regresa usted pronto, señorita. ¿No se sentía bien?

—Yo… No… Sí… Sentí… sentí como un desfallecimiento.

—¿Quiere que le sirva algo? ¿Un poco de coñac, quizá?

—No, no quiero nada. Me acostaré en seguida.

Se dirigió a su habitación para evitarse nuevas preguntas.

Desnudóse rápidamente, dejando caer las prendas al suelo, en un montón, y se metió en el lecho, donde empezó a temblar. El corazón le latía aceleradamente. Fijó la vista en el techo del cuarto.

No oyó a sus acompañantes al llegar, pero al cabo de cinco minutos miss Marple entró en la habitación. Llevaba dos botellas de agua caliente bajo un brazo y una taza humeante en las manos.

Gwenda se incorporó en la cama, esforzándose por dejar de temblar.

—¡Oh, miss Marple! ¡Cuánto siento lo ocurrido! No sé qué… Me he comportado muy mal. ¿Están enfadados conmigo?

—No te preocupes por eso, querida —repuso miss Marple—. Ahora acomódate entre estas botellas. Harán que te sientas bien.

—No las necesito, realmente…

—¡Oh, sí que las necesitas! Perfectamente. Y ahora te tomarás esta taza de té…

Estaba demasiado caliente y cargado, y le sobraba azúcar, pero Gwenda obedeció. Sus temblores se atenuaron.

—Tiéndete y procura dormir —le recomendó miss Marple—. Has experimentado un auténtico *shock*. Ya hablaremos de ello por la mañana. Procura no pensar en nada. Ahora a dormir.

Tapó a la joven con la ropa de cama, sonrió. Después de acariciar la frente de Gwenda, miss Marple se fue.

Abajo, Raymond preguntó, irritado, a Joan:

—¿Qué le ha pasado a esa chica? ¿Se sintió enferma?

—¡No lo sé, querido Raymond! Se limitó a gritar… Supongo que la obra debió de antojársele demasiado macabra…

—Desde luego, Webster siempre resulta algo espeluznante. Sin embargo, nunca hubiera llegado a pensar que… —Raymond guardó silencio al ver entrar en la estancia a miss Marple—. ¿Se encuentra bien? —inquirió.

—Creo que sí. Ha sufrido una fuerte impresión, eso es todo.

—¿Sólo por estar asistiendo a la representación de un drama jacobino?

—A mí me parece que hay algo más —respondió miss Marple, pensativa.

Por la mañana le fue servido a Gwenda el desayuno en su habitación. Probó el café y mordisqueó una tostada. Se levantó, trasladándose a la otra planta de la vivienda. Joan se había metido en su estudio; Raymond habíase encerrado en su despacho para trabajar. Únicamente encontró a miss Marple, quien se había situado junto a una ventana, desde la cual se divisaba el río. Andaba ocupada, haciendo punto de aguja.

Acogió a Gwenda con una plácida sonrisa.

—Buenos días, querida. Espero que te encuentres mejor.

—¡Oh, sí! Estoy bien ya. No me explico cómo pude hacer lo de

anoche. Fui una tonta. Supongo que todos estarán muy enojados conmigo.

—Nada de eso. Se han hecho cargo.

—Se han hecho cargo… ¿de qué?

Miss Marple levantó la vista de nuevo.

—De que anoche sufriste una fuerte impresión. —Suavemente, miss Marple añadió—: ¿No crees que sería mejor que me lo explicaras todo?

Gwenda empezó a pasear por la habitación.

—A mí me parece que lo mejor sería que recurriera a un psiquiatra.

—En Londres, ciertamente, hay unos especialistas de gran fama. Ahora bien, ¿estás segura de la necesidad de dar tal paso?

—Pues… Pienso que me estoy volviendo loca, que debo de estar volviéndome loca.

Entró en la estancia una criada, mujer ya entrada en años, portadora de un telegrama en una pequeña bandeja, que alargó a Gwenda.

—El chico desea saber si hay respuesta, señora.

Gwenda leyó el telegrama. Había sido reexpedido desde Dillmouth. Contempló el papel ensimismada durante unos segundos. Luego lo estrujó, haciendo de aquél una pelota.

—No hay respuesta —dijo mecánicamente.

La criada abandonó la habitación.

—Espero que no hayas recibido malas noticias, querida…

—Es de Giles…, mi esposo… Se dirige ya hacia aquí. No tardará más de una semana en llegar.

La voz de Gwenda denotaba su abatimiento. Miss Marple tosió ligeramente.

—Claro, eso ha de ser muy de tu agrado, ¿no?

—¿Usted cree? ¿En mis circunstancias? ¿Pensando como pienso que debo estar volviéndome loca? Quizá no hubiera debido casarme nunca con Giles, ni alquilar nuestra casa… No puedo volver allí. ¡Oh! No sé qué hacer.

Miss Marple le señaló el sofá.

—¿Por qué no te sientas aquí, querida, y me explicas con detalle todo lo que te ocurre?

Gwenda aceptó su invitación, profundamente aliviada. Refirió a miss Marple toda la historia, empezando por la primera vez que viera «Hillside» y mencionando los incidentes que tan desconcertada le dejaran, que tantas preocupaciones habían suscitado en ella después.

—Atemorizada, pensé que lo mejor sería venir a Londres, huir de allí. Pero se ve que esto no es posible… Todo me persigue. Anoche… —La joven cerró los ojos y calló.

—¿Qué te ocurrió anoche? —inquirió miss Marple.

—No va a creerme —contestó Gwenda, hablando ahora precipitadamente—. Va usted a juzgarme una histérica, una persona rara. Todo sucedió de repente, hacia el final. La obra que representaban era de mi agrado. No había pensado un solo momento en la casa de Dillmouth. Y de pronto la recordé, al pronunciar un actor ciertas palabras…

En voz baja y temblorosa, Gwenda las repitió:

—*«Cubre tu faz… Mis ojos quedan deslumbrados… Ella murió joven»*….

»Había vuelto allí… Me encontraba en la escalera, mirando hacia el vestíbulo, por entre los balaustres… La vi tendida en el suelo… Muerta. Sus cabellos eran dorados. Y el rostro tenía un intenso tono azulado. Había muerto estrangulada, y alguien pronunciaba aquellas palabras horribles, en tono satisfecho… Vi las manos de él, grises, arrugadas… No eran unas manos humanas. Eran las zarpas de un mono… Fue horrible, ya se lo he dicho. Ella estaba muerta…

Miss Marple preguntó con toda naturalidad:

—¿Quién era la muerta?

Gwenda contestó rápida, mecánicamente:

—Helen…

Capítulo IV

¿Helen?

Durante unos instantes, Gwenda permaneció con la vista fija en miss Marple. A continuación se apartó nerviosamente del rostro los cabellos.

—¿Por qué he dicho yo eso? —inquirió—. ¿Por qué he dicho «Helen»? ¡Yo no conozco a ninguna Helen!

Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, en un gesto de desesperación.

—¿Se da cuenta? ¡Estoy loca! No ceso de imaginarme cosas absurdas. Veo continuamente cosas que sólo existen en mi mente. Primeramente fue lo del papel de decorar… Y ahora pienso en cadáveres. Así, pues, cada vez me encuentro peor.

—Bueno, querida, no formules conclusiones precipitadas…

—¿Será todo un efecto de la casa? Debe ser una casa encantada, embrujada, o maldita, quizá… Veo cosas que han sucedido en ella, o tal vez que van a suceder… Esto es peor aún. Es posible que una mujer llamada Helen esté a punto de ser asesinada allí… Todavía me explico menos mis obsesiones al pensar que estoy muy lejos de la casa. En consecuencia, tengo que pensar que es mi mente lo que marcha mal. Debo consultar mi caso con un psiquiatra, cuanto antes, esta mañana mismo.

—Verás, Gwenda… Ése es un recurso que tienes siempre a mano. Puedes utilizarlo cuando hayas agotado los más inmediatos. Procura dar primeramente con la explicación más simple, la más vulgar. Antes de nada, pongamos los hechos en orden. Fueron tres

los incidentes que alteraron tus nervios: un sendero en el jardín cubierto por la vegetación, cuya existencia adivinaste; una puerta que había sido eliminada, y un papel de pared cuyos dibujos imaginaste correctamente, en todos sus detalles… ¿He interpretado bien tus palabras?

—Sí.

—Bien. La explicación más fácil, la más natural, es ésta: tú conocías todo eso de antes.

—¿En el curso de otra vida, quiere usted decir?

—No, no. Yo me refiero a la de ahora. Seré más clara: lo tuyo podía quedar reducido a unos recuerdos.

—¡Pero si ésta es la primera vez que visito Inglaterra, miss Marple! Llegué hace un mes tan sólo…

—¿Estás segura de eso?

—Naturalmente que estoy segura. He pasado toda mi vida en Nueva Zelanda, cerca de Chritschurch.

—¿Naciste allí?

—No, yo nací en la India. Mi padre era oficial del Ejército británico. Mi madre murió un año o dos después de mi nacimiento y él me envió a Nueva Zelanda para que su familia se encargara de mi crianza. Más adelante, falleció mi padre.

—¿Recuerdas tu viaje desde la India a Nueva Zelanda?

—Recuerdo muy vagamente que estuve en un barco y que me sentía atemorizada. Se me quedó grabada en la memoria una ventana redonda… Era una portilla, supongo. Me acuerdo de un hombre que vestía un uniforme blanco, un hombre de faz rojiza y ojos azules, con una señal en la barbilla, una cicatriz, seguramente. Me lanzaba al aire, cosa que me gustaba y que me asustaba a un tiempo. Son recuerdos muy fragmentarios…

—¿Recuerdas a alguna institutriz, a cualquier persona que cuidara de ti?

—Me acuerdo de Nannie. La recuerdo porque estuvo en la casa algunos años, hasta que yo cumplí los cinco. Sabía hacer muñecos con papeles doblados. Se encontraba en el barco… Me reprendió porque grité cuando el capitán me besó. A mí no me gustaba su barba…

—Lo que me cuentas es muy interesante, querida. Estás

mezclando dos viajes distintos. En uno de ellos, el capitán era un hombre barbudo; en el otro un rostro rojizo y una cicatriz en la barbilla.

—Sí, es posible —murmuró Gwenda, vacilante.

—Seguramente, al morir tu madre, tu padre te trajo a Inglaterra. Es probable que vivierais en esa casa: «Hillside». Me has dicho que nada más entrar en ella tuviste la impresión de hallarte en tu hogar. La habitación que escogiste para dormir provisionalmente sería el cuarto de los niños…

—Era el cuarto de los niños. Las ventanas enrejadas.

—¿Te das cuenta? El papel de las paredes era a base de ramilletes de amapolas y cabezuelas. Los niños suelen recordar estos detalles perfectamente. Nunca he olvidado, por ejemplo, que el papel de mi cuarto, de niña, tenía unos hermosos lirios. Y eso que las paredes se empapelaron de nuevo teniendo yo sólo tres años.

—¿Y por eso me acordé en seguida de los juguetes, de la casa de muñecas, de los estantes en que colocaba aquéllos?

—Exactamente. Lo mismo te ocurrió con el cuarto de baño. Me has dicho que nada más ver la bañera pensaste en llenarla de agua para hacer flotar en ella unos gansos…

Gwenda manifestó, pensativa:

—Cierto que, al parecer, sabía dónde quedaba todo, dónde estaba la cocina, el armario de la ropa blanca… Puede ser que, involuntariamente, recordara la puerta que en otro tiempo pusiera en comunicación el salón con el comedor. Ahora bien, me parece imposible llegar a Inglaterra y comprar precisamente la casa en que viví años atrás.

—No es imposible, querida. Nos hallamos ante una coincidencia extraordinaria… Esa clase de coincidencias se dan realmente en la vida. Tu marido quería una casa situada en la costa Sur. Te pusiste a buscarla y localizaste una que suscitaba en ti recuerdos, que te atraía. Te gustó la construcción, su tamaño; te la ofrecieron a un precio razonable y la compraste. No, no hay nada de imposible en eso. De haberse tratado de una de esas viviendas tenidas por la gente por embrujadas o pobladas de fantasmas, de acuerdo con las leyendas locales, tú habrías reaccionado de otra manera, me figuro. Pero tú no experimentaste ningún sentimiento de repugnancia o

recelo (es lo que me has contado, ¿no?), excepto en un momento concreto, cuando bajabas por la escalera y miraste hacia el vestíbulo…

Los ojos de Gwenda volvieron a reflejar el temor de minutos antes.

—¿Quiere usted decir… que… que lo de Helen… también es verdad?

Miss Marple contestó suavemente:

—Yo estimo que sí… Hay que pensar que si las otras cosas son recuerdos, ése es un recuerdo más…

—¿Afirma usted que yo vi realmente allí… una persona… que había sido asesinada… que había muerto estrangulada?

—No creo que tú fueras consciente de que hubiera sido estrangulada. Eso te fue sugerido por la representación teatral de anoche, y encaja en tu apreciación como persona adulta del significado de una faz azulada y distorsionada. Opino que una criatura, desde el puesto de observación de una escalera, por ejemplo, puede identificar un espectáculo informado por la violencia, la muerte y el mal, asociando estas cosas con determinada serie de palabras… pues yo pienso que, indudablemente, el asesino las pronunció. Tal escena supone un tremendo shock para un niño. Los niños son unos extraños seres. Cuando se sienten terriblemente asustados, especialmente por algo que no comprenden, no suelen referirse a la causa de sus temores. Son reservados. Aparentemente, lo olvidan todo. Pero el recuerdo permanece en el fondo de su mente.

Gwenda suspiró.

—¿Y usted cree que fue eso lo que me pasó a mí? Sin embargo, ¿por qué no lo recuerdo todo ahora?

—Nadie puede recordar cosas a su antojo. Cuando en este sentido se hace un esfuerzo, no siempre la memoria acude en nuestro auxilio. A mi entender, hay dos o tres detalles que revelan la exactitud de mi interpretación. Por ejemplo; al referirme hace poco tu experiencia de anoche en el teatro, te has valido de una serie de vocablos muy significativos. Hablaste de que tuviste la impresión de estar mirando «por entre unos balaustres»… Ahora bien, al mirar hacia un vestíbulo desde una escalera no es normal

ver lo que ocurre más abajo por *entre* los balaustres, sino *sobre* ellos. Solamente un niño está en condiciones de hacer lo primero.

—Una deducción inteligente —manifestó Gwenda, admirada.

—Los pequeños detalles suelen ser siempre los más significativos.

—No obstante, ¿quién era Helen? —preguntó Gwenda, perpleja.

—Dime, querida: ¿estás completamente segura de que era Helen aquella persona?

—Sí… Es raro, porqué yo no sé quién es «Helen», pero al mismo tiempo estoy convencida de que era ella quien yacía allí… ¿Qué más podría averiguar acerca de esto?

—Evidentemente, habrá que averiguar si estuviste alguna vez de niña en Inglaterra. Tus parientes…

Gwenda no dejó seguir hablando a miss Marple.

—Tía Alison. Estoy segura de que ella estará enterada.

—Escríbele entonces. Utiliza el correo aéreo. Explícale que te encuentras en unas circunstancias que te obligan a puntualizar si estuviste tiempo atrás en Inglaterra. Probablemente, la contestación a tu carta llegará antes o al mismo tiempo que tu marido.

—Muchas gracias por sus atenciones, miss Marple. Ha sido usted muy amable conmigo. Espero que sus sugerencias respondan a la realidad. Lo deseo porque así no tendré por qué pensar en nada de carácter sobrenatural.

Miss Marple sonrió.

—Supongo que no me he equivocado. Pasado mañana me voy al norte de Inglaterra, a fin de pasar unos días con unos amigos. Dentro de diez días, más o menos, estaré de vuelta aquí, en Londres. Si tú y tu esposo os halláis en la ciudad entonces y habéis recibido contestación a tu carta me gustaría conocer el resultado de todo. Siento auténtica curiosidad…

—¡No faltaba más, miss Marple! Estoy deseando volver a ver a Giles.

—Charlaremos extensamente sobre este asunto.

Gwenda se hallaba muy animada ahora.

Sin embargo, miss Marple daba la sensación de estar pensativa.

Capítulo V

Crimen en retrospectiva

1

Diez días más tarde, miss Marple entraba en un pequeño hotel de Mayfair, siendo acogida cordialmente por el matrimonio Reed.

—Le presento a mi esposo, miss Marple. Giles: no tengo palabras para explicarte hasta qué punto ha sido amable conmigo miss Marple.

—Encantado de conocerla, miss Marple. Sé que Gwenda ha vivido muy asustada durante días, hasta el extremo de creer que iba a terminar loca.

Los azules ojos de miss Marple escrutaron el rostro de Giles Reed, formando su dueña una opinión favorable del joven. Era un chico simpático, de elevada estatura, de desenvueltos modales, impregnados de una curiosa y natural timidez. Miss Marple no dejó de notar su aire voluntarioso, la suave energía que trascendía de su mentón.

—Tomaremos el té en la salita de escribir —dijo Gwenda—. Nadie suele estar en ella. Luego, enseñaremos a miss Marple la carta de tía Alison.

Miss Marple miró a la joven, muy interesada.

—Hemos tenido contestación. Y todo, desde luego, es como usted se había figurado.

Después del té, Gwenda procedió a la lectura de la carta escrita por miss Danby:

Querida Gwenda:

Me he sentido muy disgustada al saber que has vivido algunas desagradables experiencias. A decir verdad, ya no me acordaba de que siendo una niña residiste en Inglaterra durante un breve periodo de tiempo.

Tu madre, mi hermana Megan, conoció a tu padre, el comandante Halliday, cuando ella estaba de viaje, con el propósito de visitar a unos amigos nuestros en aquella época destinados en la India. Se casaron y tú naciste allí. Cuando tenías dos años, tu madre falleció. Fue esto un golpe tremendo para nosotros. Entonces, escribimos a tu padre, con quien nos habíamos carteado, pero al que no conocíamos personalmente, rogándole que te dejara a nuestro cuidado. Deseábamos tenerte a nuestro lado y comprendíamos que una niña no podía seguir viviendo con un oficial del ejército viudo y destinado en el extranjero. Tu padre, sin embargo, se negó, anunciándonos que pensaba pedir el retiro para volver contigo a Inglaterra. Añadió que esperaba que le visitáramos algún día ahí.

Tengo entendido que durante el viaje tu padre conoció a una joven, con la que se comprometió, casándose tan pronto pusieron los pies en Inglaterra. El matrimonio, al parecer, no salió bien, y un año más tarde se separaban. Tu padre nos escribió para preguntamos si estábamos dispuestos a acogerte en nuestro hogar. No es necesario que te diga, querida, que nos sentimos muy felices

procediendo así. Una institutriz se encargó de traerte hasta aquí. Al mismo tiempo, tu padre cedió la mayor parte de sus bienes sugiriendo que adoptaras legalmente nuestro nombre. Tal decisión se nos antojó bastante curiosa, si bien pensamos que su intención era excelente, pretendiendo tan sólo que fueras una más en nuestra familia. No nos atuvimos a lo sugerido, sin embargo. Un año más después, tu padre moría en una clínica. Supongo que cuando te envió a nosotros se hallaba en posesión de malas noticias sobre su salud.

Lamento no poder decirte dónde viviste con tu padre durante tu estancia en Inglaterra. En sus cartas figuraban sus señas naturalmente, pero han transcurrido dieciocho años desde entonces y tales detalles suelen olvidarse. Era en el sur de Inglaterra… Eso es lo que sé. Me imagino que Dillmouth es la población correcta. También pienso en Dartmouth vagamente… Es que estos dos nombres se parecen. Me parece que tu madrastra se casó de nuevo. No recuerdo cómo se llamaba. Claro, tu padre debió decírnoslo en su día, al notificarnos su segundo casamiento, pero es otro de los detalles olvidados. No nos agradó mucho que contrajera matrimonio tan pronto, aunque nos hicimos cargo de sus circunstancias. Por otro lado, las largas horas de travesía, el trato constante con otra mujer durante días, favorecen ciertas cosas. También debió de pensar que con la nueva situación tú saldrías favorecida.

Fue una estupidez por mi parte no haberte dicho nunca que habías estado de niña en Inglaterra. La verdad es que no había vuelto a pensar en ello. La muerte de tu madre en la

India y tu venida a nuestra casa fueron siempre fechas clave. Todo lo demás quedó relegado a un segundo plano.

¿Han quedado aclaradas tus dudas?

Espero que Giles no tarde en reunirse contigo. Sois muy jóvenes todavía y ha de resultaros sumamente dura esta separación. En mi próxima carta entraré en más detalles, ya que quiero enviarte ésta ahora mismo para corresponder a tu cablegrama.

Tu tía, que te quiere,
ALISON DANBY.
P.D.: No me has explicado en qué han consistido tus desagradables experiencias.

—Como usted ve —manifestó Gwenda— eso es casi lo que me anticipó, Miss Marple.

Miss Marple alisó, reflexiva, la fina hoja de papel.

—Sí, claro. Nos enfrentamos con la explicación que dicta el sentido común. Muy a menudo, según mi experiencia, es la que suele cuadrar.

—He de darle las gracias por su interés, miss Marple —dijo Giles —. La pobre Gwenda se hallaba muy afectada por los acontecimientos y yo he pasado unos días preocupado, pensando que podía ser una clarividente, una persona dotada de extraños poderes.

—En una esposa, tal condición daría lugar a raras complicaciones —señaló Gwenda—. A menos que siempre hubieras llevado una vida impecable.

—Tal es mi caso —se apresuró a responder Giles.

—Bueno, ¿y qué hay acerca de la casa? —inquirió miss Marple.

—Vamos a trasladarnos allí mañana. Giles está deseando verla.

—Yo no sé si usted lo verá así, miss Marple —declaró Giles—, pero todo queda resumido a la idea de que se nos ha venido a las manos un crimen de primera clase. Prácticamente, nos lo han dejado a la puerta de nuestra casa o, para ser más exacto, en

nuestro vestíbulo principal.

—Ya había pensado en eso, naturalmente —dijo miss Marple, pronunciando con lentitud estas palabras.

—A Giles le gustan mucho las novelas detectivescas —puntualizó Gwenda.

—Éste es un asunto detectivesco, verdaderamente. Tenemos en el vestíbulo el cadáver de una bella mujer que ha sido estrangulada. Sólo conocemos de la misma su nombre. Desde luego, ya sé que todo pasó hace veinte años. No pueden existir pistas después de tanto tiempo, pero cabe siempre la posibilidad de efectuar indagaciones, de esforzarse por localizar algunos de los hilos de la trama. ¡Oh! No voy a afirmar que va uno a acabar por descifrar el enigma…

—Puede llegarse a eso —declaró miss Marple—. Aunque hayan pasado dieciocho años. Sí. Yo creo que podría lograrlo.

—De todos modos, a nadie perjudicaría realizar una intentona en ese sentido.

Giles guardó silencio, mostrando una cara radiante.

Miss Marple se agitó en su asiento. La expresión de su rostro era de gravedad. Se sentía inquieta, casi.

—Podrían derivarse serios perjuicios de todo ello —manifestó—. Yo os aconsejaría… ¡oh, sí!…, os aconsejaría, muy convencida, de que era lo mejor que podíais hacer, que os desentendierais de este asunto por completo.

—¿Usted cree? Hubo un crimen…

—Yo también pienso que fue cometido un crimen. Por eso precisamente opino así. Un crimen es una cosa muy seria, con la que nadie debe enfrentarse a la ligera.

Giles objetó:

—Sin embargo, miss Marple, si todo el mundo pensara igual…

Ella no le dejó seguir.

—¡Oh, ya sé! En ocasiones, aclarar uno de estos enigmas constituye el deber de una persona… Puede haber por en medio una persona inocente, que se ve acusada; puede ser que recaigan sospechas en varios seres; es posible que ande por ahí un criminal peligroso, dispuesto a actuar de nuevo… Pero en este caso el crimen cometido queda muy atrás, en el pasado. Evidentemente, no fue

tenido por tal. De lo contrario, el viejo jardinero, u otra persona, hubiera hablado de él. Un crimen, por mucho tiempo que haya transcurrido, siempre es noticia. De una manera u otra, el cuerpo de la víctima desapareció, por lo que no hubo sospechas. ¿Estáis realmente seguros de que no es una imprudencia remover este asunto de nuevo?

—Miss Marple —dijo Gwenda—; se siente usted verdaderamente preocupada, ¿verdad?

—Estoy preocupada, en efecto, querida. Sois dos jóvenes encantadores. Os casasteis hace poco y os sentís felices. Os ruego que no os dediquéis a descubrir cosas que podrían causaros… ¿cómo lo diré?… serias perturbaciones.

Gwenda miró fijamente a miss Marple.

—¿Está usted pensando en algo especial? ¿Qué es lo que piensa usted exactamente, miss Marple?

—Sólo pretendo daros un consejo: que os desentendáis de todo esto. Tengo muchos años y sé muy bien cómo es la naturaleza humana. He aquí mi consejo: olvidadlo todo.

—No es tan fácil proceder así. —La voz de Giles tenía ahora otro tono, impregnado de severidad—. «Hillside» es nuestra casa, aquella en que Gwenda y yo vivimos. Alguien fue asesinado en la vivienda. Es lo que nosotros creemos, al menos. No puedo permanecer indiferente ante un crimen que fue cometido en mi casa… ¡Aunque hayan transcurrido dieciocho años desde entonces!

Miss Marple suspiró.

—Lo siento —contestó—. Me imagino que la mayor parte de los jóvenes de claro espíritu piensan así. Hasta simpatizo con vuestra idea, os admiro incluso. No obstante, desearía que pensarais de otro modo.

2

Al día siguiente, circuló por la pequeña población de St. Mary Mead

la noticia de que miss Marple se encontraba en su hogar de nuevo. Había sido vista en la calle High a las once. Se presentó en el Vicariato a las doce menos diez minutos. Aquella tarde, tres de las parlanchinas damas de la población fueron a visitarla, escuchando sus impresiones sobre la alegre capital. Rendido tal tributo de cortesía, las tres mujeres entraron en detalles relativos al puesto de labores de la *Féte* y el emplazamiento de la tienda del té.

Más adelante, aquella tarde misma, miss Marple pudo ser vista como de costumbre en su jardín. Por una vez, sin embargo, sus actividades tenían que ver más con las malas hierbas y su supresión que con las vidas y milagros de sus vecinos. Durante la cena se mostró distraída, prestando muy poca atención a lo que le contaba su criada Evelyn sobre las idas y venidas del farmacéutico local. Al día siguiente, continuaba distraída, reparando en el extraño fenómeno de dos o tres personas, entre las que figuraba la esposa del pastor. Por la noche, miss Marple confesó que no se sentía muy bien, acostándose inmediatamente. Por la mañana, llamó al doctor Haydock.

El doctor Haydock llevaba muchos años siendo el médico, el amigo y el aliado de miss Marple. Escuchó la relación de sus síntomas, la reconoció y se recostó en su asiento, apuntándola luego con el estetoscopio.

—Para una mujer de su edad —declaró—, y a pesar de su engañoso aire de fragilidad, encuentro que goza de una salud excelente.

—Sí, ya sé que mi salud es buena —contestó miss Marple—. Lo que ocurre es que me siento fatigada, deprimida…

—Ha pasado unos días en Londres, ¿no?, acostándose tarde, seguramente, correteando de un lado para otro.

—Por supuesto. Londres se me antoja una ciudad muy pesada actualmente. El aire, por otro lado, está corrompido. No es precisamente como el que se respira junto al mar.

—El aire que se respira en St. Mary Mead es puro, fresco, sumamente agradable.

—Pero resulta sofocante a menudo. Además, aquí hay mucha humedad. No es fácil levantar en este lugar el ánimo cuando una se siente decaída.

El doctor Haydock escrutó el rostro de su interlocutora, interesado.

—Le recetaré un tónico —declaró.

—Gracias, doctor. El jarabe «Easton» me ha ido siempre muy bien.

—Las prescripciones las hago siempre yo, mujer.

—He estado preguntándome si, tal vez, un cambio de aires…

Miss Marple fijó sus cándidos ojos azules en el médico.

—Acaba de pasarse tres semanas fuera de aquí.

—Ya. Pero en Londres, una ciudad grande, enervante. Y luego estuve en el Norte, en una región saturada de fábricas. El aire del mar es lo que más conviene en ciertos casos.

El doctor Haydock cerró su maletín. Luego, se volvió hacia ella, sonriente.

—¿Para qué me ha hecho venir? Háblemе y yo iré repitiendo sus palabras. Usted desea que le diga que lo que necesita es pasar una temporada junto al mar, ¿no?

—Estaba segura de que llegaría a comprenderme —manifestó miss Marple, reconocida.

—Un excelente recurso el aire del mar, sí. Será mejor que se traslade cuanto antes a Eastbourne. De lo contrario, su salud puede quebrantarse gravemente.

—Tengo entendido que en Eastbourne hace más bien frío. El Sur es lo bueno.

—Pues Bournemouth entonces, o la isla de Wight.

Miss Marple guiñó un ojo al doctor.

—Siempre he pensado que una población pequeña resulta más cómoda.

El doctor Haydock tomó asiento de nuevo.

—Me siento curioso ya. ¿En qué ciudad de la costa ha pensado?

—Pues… Había pensado en Dillmouth.

—Un lugar muy bonito, pero aburrido más bien. ¿Por qué Dillmouth?

Durante unos segundos, miss Marple guardó silencio. Había vuelto la mirada de preocupación a sus ojos.

—Supongamos —dijo— que un día, accidentalmente, usted da con un hecho indicativo de que muchos años atrás (dieciocho o

veinte) fue cometido un crimen. Tal hecho es conocido solamente por usted; nadie ha sospechado nunca nada, ni dado ningún informe sobre el particular. ¿Qué haría usted en tal caso?

—Un crimen «dormido», ¿eh?

—Exactamente.

Haydock reflexionó unos instantes.

—¿No ha actuado la justicia erróneamente? ¿Nadie ha sufrido las consecuencias de ese crimen?

—Por lo que se sabe, no.

—¡Hum! Un crimen «dormido». Veamos… Yo dejaría que ese crimen continuara así. Sí. Eso es lo que haría. Todo lo que tiene que ver con el crimen es peligroso. Y éste quizá lo fuera en alto grado.

—Es lo que me temo.

—La gente afirma que el criminal siempre repite sus crímenes. Esto no es cierto. Hay quien habiendo cometido uno sabe arreglárselas para no ser localizado, dedicándose luego con todo cuidado a pasar inadvertido. No voy a afirmar que un ser así consigue vivir feliz el resto de sus días, pues existen muchas clases de castigo. Exteriormente, sin embargo, todo le va bien. Tal vez esto sea aplicable al caso de Madeleine Smith, o al de Lizzie Borden. No hubo pruebas contra la primera, y la segunda fue puesta en libertad. Pero hubo muchas personas, en cambio, que juzgaron a las dos mujeres culpables. Podría citar otros nombres. Son personas que no reincidieron… Un crimen les facilitó lo que deseaban y se dieron por satisfechas. ¿Cómo habrían reaccionado de verse luego en peligro? Me imagino que su criminal, mujer u hombre, era de ese tipo. Cometió un grave delito, huyó, y nadie sospechó de él… Ahora ponga a alguien haciendo indagaciones, revolviendo cosas, apuntando en una dirección u otra para al final, quizá, dar en el blanco. ¿Qué hará un asesino? ¿Permanecerá inactivo mientras se estrecha el cerco a su alrededor? Nada de eso… Si no hay ningún principio básico implicado, yo diría que debiera usted desentenderse del hecho. —El doctor volvió sobre una de sus primeras frases—: Deje que ese crimen siga «dormido».

Añadió, con firmeza, tras una pausa:

—Y ésas son mis órdenes: desentiéndase del caso por completo.

—No soy yo quien está directamente relacionada con el asunto.

Es una pareja encantadora… Déjeme contárselo todo.

Haydock escuchó atentamente su relato.

—Extraordinario —dijo cuando ella hubo terminado de hablar —. Una sorprendente coincidencia. Un caso notable. Me imagino que ya ha descubierto sus diversas implicaciones…

—Desde luego. Pero no creo que a ellos les suceda lo mismo.

—Esto puede acarrear muchos momentos terribles. Se arrepentirán, seguramente, de intervenir en un asunto así. Cuando se remueven las aguas encharcadas ya se sabe lo que suele ocurrir. No obstante, me hago cargo del punto de vista de Giles. ¡Diablos! Pese a todo, yo no podría hacerme el indiferente tampoco. Ya que ha sido espoleada mi curiosidad y…

El doctor se interrumpió, obsequiando a miss Marple con una severa mirada.

—Así pues, de ahí arranca su empeño en buscar excusas para ir a Dillmouth. Quiere mezclarse en algo que no es de su incumbencia, ¿eh?

—Ciertamente, no me atañe, doctor Haydock. Pero me preocupan esos dos jóvenes. Tienen pocos años, carecen de experiencia; confían demasiado en la gente, son crédulos. Estimo que es mi obligación permanecer allí para cuidar de ellos.

—Para eso quiere usted ir allí, ¿eh? ¡Para cuidar de ellos! ¿No se puede desentender por completo de los asuntos criminales, mujer? ¿Ni siquiera de un crimen cometido en el pasado?

Miss Marple sonrió.

—Bueno, pero usted opina que unas semanas de estancia en Dillmouth supondrán un beneficio para mi salud, ¿verdad?

—Lo más probable es que representen su fin —replicó el doctor Haydock—. En fin, de todos modos no va a hacerme caso…

3

Camino de la casa que ocupaban unos amigos suyos, los Bantry,

miss Marple se encontró con el coronel, que avanzaba con la escopeta en las manos, seguido por su perro. El hombre la saludó cordialmente.

—Me alegra el verla de nuevo por aquí. ¿Cómo está Londres?

Miss Marple contestó que Londres estaba bien. Su sobrino le había llevado a unas cuantas representaciones teatrales.

—Apuesto cualquier cosa a que no vio más que piezas dramáticas. ¡Lo que daría yo por ver una buena comedia musical!

Miss Marple le explicó que había asistido a la representación de una obra rusa muy interesante, si bien habíales parecido demasiado larga.

—¡Una obra rusa! —exclamó el coronel Bantry, despectivo.

Una vez, hallándose en un hospital, le habían dejado una novela de Dostoiewsky para que se entretuviera…

Informó a miss Marple que encontraría a Dolly en el jardín.

A la señora Bantry podía encontrársela siempre en el jardín. La jardinería constituía su pasión. Tenía como libros favoritos los catálogos de bulbos; su conversación se centraba siempre sobre las primaveras, los arbustos de flores y las novedades alpinas. Lo primero que vio miss Marple de su amiga fueron sus enormes caderas, cubiertas honestamente con una gran falda de tejido gris, de un gris bastante desvanecido.

Al oír unos pasos que se acercaban, la señora Bantry enderezó el cuerpo con unos cuantos crujidos de huesos y algunos parpadeos. Su pasatiempo predilecto había acentuado su reumatismo. Después, se pasó un pañuelo manchado de tierra por la sudorosa frente, saludando a la recién llegada.

—Me enteré de que habías vuelto, Jane —dijo—. ¿Qué te parecen mis espuelas de caballero? ¿Has visto las gencianas? Me han dado mucho quehacer, pero se desarrollan bien ya. Lo que necesitamos es que llueva un poco. Hace un tiempo muy seco… Esther me dijo que estabas enferma, en cama. —Esther es la cocinera de la señora Bantry y su «oficial de enlace» con la población—. Me alegro de que no fuera cierto.

—Me sentía más cansada de la cuenta —notificó miss Marple—. El doctor Haydock opina que necesito un poco de aire marino. Me encuentro muy deprimida.

—No pensarás en irte de aquí ahora, ¿eh? —inquirió la señora Bantry—. Esta es la mejor época del año para el jardín. Tus setos habrán empezado a florecer.

—El doctor Haydock ha dicho que eso es lo más aconsejable en mi caso…

—Bueno, Haydock no es tan estúpido como otros médicos —admitió la señora Bantry, a regañadientes.

—Oye, Dolly: ¿qué fue de la cocinera que tuvisteis antes de Esther?

—¿Es qué necesitas una? No te referirás a aquélla que bebía tanto…

—No. Pensaba en la que sabía hacer unas pastas deliciosas. Recuerdo que su marido trabajaba de mayordomo.

—¡Ah! Tú hablas de la «Ternera» —contestó la señora Bantry, identificando ahora a la mujer aludida—. Tenía una voz profunda y lúgubre, dando siempre la impresión de que de un momento a otro iba a echarse a llorar. Era una cocinera excelente. Su esposo era un tipo gordo, más bien perezoso. Arthur decía que se dedicaba a aguar el whisky. No sé… Es una pena que de una pareja de servidores sólo sea aprovechable siempre uno de los cónyuges. Uno de sus patrones anteriores les dejó algún dinero y entonces abrieron una casa de huéspedes en la costa del Sur.

—Me lo figuraba. ¿No fue eso en Dillmouth?

—Ciertamente. Viven en el número 14 de Sea Parade.

—Como el doctor Haydock me sugirió la costa para reponerme, pensé en ese lugar… ¿Se apellidaba él Saunders?

—Sí. Una idea excelente, Jane. No podía ocurrírsete nada mejor. La señora Saunders te atenderá bien y como estamos fuera de temporada no te cobrará mucho. La buena cocina y el aire del mar harán que te repongas en seguida.

—Gracias, Dolly —dijo miss Marple—. Espero que sea así.

Capítulo VI

Ejercicios de detección

1

—¿Dónde crees que estaba el cuerpo? ¿Aquí? —preguntó Giles.

Él y Gwenda se encontraban en aquel momento en el vestíbulo principal de «Hillside». Habían regresado la noche antes y Giles no cabía en sí de gozo. Estaba tan contento como un niño con zapatos nuevos.

—Más o menos —repuso Gwenda. Subió unos peldaños de la escalera, mirando hacia abajo, pensativa—. Sí, aproximadamente…

—Agáchate —le ordenó Giles—. Ten en cuenta que solamente tienes tres años.

Gwenda se agachó, obediente.

—¿No pudiste ver en realidad al hombre que pronunció las palabras?

—No recuerdo haberle visto. Debió de colocarse un poco más hacia ahí. Únicamente vi sus garras.

—Sus «garras» —repitió Giles, frunciendo el ceño.

—Eran garras, unas garras grises. No había nada humano en ellas.

—Un momento, Gwenda. No pienses ahora en «Los crímenes de la calle Morgan». Los hombres tienen manos.

—Pues él tenía garras.

Giles miró a su esposa, perplejo.

—Ese detalle habrá sido fruto posterior de tu imaginación.

Gwenda inquirió, lentamente.

—¿No crees tú en la posibilidad de que todo esto sea una fantasía más? He estado pensando en ello, Giles. Es más que probable que todo haya sido un sueño. Puede ser… Los niños tienen pesadillas así, que les asustan, que recuerdan una y otra vez. ¿Será ésta la explicación que buscamos? Resulta que en Dillmouth no hay nadie que te hable de un crimen cometido en la localidad, de una muerte repentina, de una desaparición misteriosa o cualquier cosa extraña en relación con esta vivienda.

Giles hacía pensar ahora en un chiquillo, en un pequeño a quien de pronto le fuera arrebatado su juguete favorito.

—Supongo que pudo haber sido una pesadilla, en efecto —reconoció a disgusto.

Unos segundo después, su faz se iluminó.

—No, no es posible —dijo—. No lo creo. En sueños, pudiste ver un cadáver, las garras de un mono… Ahora bien, no pudiste soñar aquella cita de *La Duquesa de Malfi*.

—Quizá la oyera de labios de alguien, recordándola en sueños más tarde.

—Me figuro que no es natural eso en un niño. Quizá la escuchaste en unos momentos de gran tensión, y en ese caso volvemos a nuestro punto de partida… Un momento, un momento. Ya lo tengo. Lo que tú soñaste fueron las garras. Tú viste el cuerpo y oíste las palabras, asustándote mucho. Luego, sufriste una pesadilla en la que figuraban las garras de mono… Probablemente, a ti te daban miedo los monos.

Gwenda continuaba dudando.

—Ésa puede ser una explicación, supongo…

—Yo quisiera que recordaras algo más… Baja hasta aquí. Cierra los ojos. Piensa… ¿Recuerdas algún detalle?

—No. No se me viene nada nuevo a la cabeza, Giles… Cuanto más pienso en ello, más lejos lo veo todo. Quiero decir que empiezo a dudar, que empiezo a decirme que no vi nada realmente. Lo del teatro, lo de la otra noche, debió de ser un arranque transitorio, de tipo nervioso.

—No. Hubo algo. Miss Marple piensa como yo. ¿Qué hay sobre «Helen»? Tú has de recordar algo relativo a Helen, no tienes más remedio.

—No recuerdo nada, en absoluto. Sólo es un nombre.

—Puede no ser siquiera el que de verdad se corresponde con todo.

—No. El nombre era Helen.

Gwenda se mostró obstinada en este punto.

—Pues si tan segura estás de eso, forzosamente debes saber algo acerca de ella —razonó Giles—. ¿La conocías bien? ¿Vivía aquí? ¿Se hospedaba aquí, en todo caso?

Gwenda estaba comenzando a mostrarse nerviosa.

—Te he dicho que no sé nada.

Giles siguió por otro derrotero.

—¿Qué más eres capaz de recordar? ¿Te acuerdas de tu padre?

—En cierto modo. Teníamos una fotografía suya. Tía Alison solía decirme: «Ése es tu papá». No lo recuerdo aquí, en esta casa…

—¿No te acuerdas de ningún criado, de ninguna institutriz?

—No, no. Cuando más me esfuerzo en recordar, más confuso lo veo todo. Las cosas que sé no se hallan a la vista, como lo de echar a andar automáticamente hacia aquella puerta. Yo no recordé que hubiera existido una puerta en la pared contigua al comedor. Tal vez, Giles, si no me forzaras mucho, irían surgiendo otros detalles. Así no lograremos nada. Han transcurrido muchos años.

—Algo acabaremos logrando… La misma miss Marple era de esta opinión.

—No aportó ninguna idea para facilitar nuestro camino —señaló Gwenda—. Y sin embargo, a juzgar por la expresión de sus ojos, tuve la impresión de que su mente albergaba más de una. Me pregunto qué camino habría seguido ella.

—Supongo que no diferiría mucho del nuestro —manifestó Giles, convencido—. Tenemos que dejar de formular especulaciones, Gwenda, para ordenarlo todo sistemáticamente. Ya hemos empezado… He echado un vistazo a los registros de defunciones de la parroquia. No figura ninguna «Helen» de la edad requerida entre ellas. Bueno, es que no hay una sola Helen dentro del período estudiado… Ellen Pugg, de noventa y cuatro años, es el

nombre más aproximado. Debemos pensar ahora en el modo de abordar el asunto que pueda resultar más eficaz. Si tu padre, y evidentemente, tu madrastra, habitaron en esta misma casa, debieron comprarla, o tomarla en alquiler.

—Según Foster, el jardinero, aquí vivieron los Elworthy, y antes que éstos los Findeyson. Unos y otros precedieron a los Hengrave. No hubo nadie más.

—Puede ser que tu padre comprara la casa, viviendo en ella durante algún tiempo, para venderla más tarde. Pero yo estimo como más probable que la alquilara, amueblada, seguramente. En tal caso, valdría la pena ponernos en contacto con los agentes de la propiedad inmobiliaria.

Esto no suponía un complicado trabajo. Sólo había dos agentes en Dillmouth. Los señores Wikinson eran relativamente nuevos allí. Habían abierto su oficina once años atrás. Operaban principalmente con los pequeños *bungalows* y las casas de reciente construcción del extremo más alejado de la ciudad.

Los otros agentes, Galbraith y Penderley, eran los utilizados por Gwenda para la operación de compra de la vivienda. Al visitarlos, Giles los puso al tanto de su historia. Él y su esposa se hallaban encantados con «Hillside» y con Dillmouth, en general. La señora Reed acababa de descubrir que había vivido de pequeña realmente en Dillmouth. Recordaba algunas cosas de la población, y también de «Hillside», pero tenía sus dudas… ¿Podrían averiguar por sus registros ellos si la casa había sido alquilada a un comandante apellidado Halliday? Esto debía de haber ocurrido dieciocho o diecinueve años atrás…

El señor Penderley extendió las manos, en un expresivo gesto de excusa.

—No me es posible informarle, señor Reed. Nuestro registros no tienen tantos años, es decir, los referentes a alquileres de casas amuebladas o por cortos períodos de tiempo. Lamentamos no serle de utilidad, señor Reed. Hubiera podido ayudarle en este sentido el señor Narracott, un empleado nuestro de avanzada edad que falleció este invierno. Tenía una memoria magnífica. Perteneció a la firma por espacio de treinta años, casi.

—¿No hay ninguna otra persona en las mismas condiciones?

—Nuestros otros empleados son más bien jóvenes. Desde luego, podría recurrir al señor Galbraith. Se retiró hace varios años.

—¿Existe algún inconveniente en que me entreviste con él? —preguntó Gwenda.

—No sé, no sé… —El señor Penderley dudaba—. Sufrió un ataque cardíaco el año pasado. No es ya el hombre vivaracho, despejado, de antes. Ha cumplido ya los ochenta, ¿sabe?

—¿Vive en Dillmouth?

—¡Oh, sí! En «Calcutta Lodge». Es una bonita y pequeña propiedad situada en la carretera de Seaton. Sin embargo, no creo…

3

—Es un disparo al azar —dijo Giles a Gwenda—. Ahora, nunca se sabe… Nada de escribirle. Nos presentaremos allí. Nuestra gestión será personal.

«Calcutta Lodge» estaba rodeada por un cuidado jardín. El cuarto de estar en que fueron introducidos se caracterizaba también por el gran orden imperante en él, pero albergaba una cantidad excesiva de muebles. Los metales brillaban. Sus ventanas contaban con unas pesadas cortinas.

Una mujer de mediana edad, delgada, de recelosos ojos, se adentró en la estancia.

Giles explicó rápidamente el motivo de su visita. De la faz de miss Galbraith desapareció la expresión de desconfianza.

—Lo siento. Me parece que no voy a poder complacerles —respondió—. Ha transcurrido mucho tiempo desde entonces.

—A veces, hay detalles insignificantes que se quedan grabados en la memoria de una manera indeleble.

—Bueno, por mí misma, naturalmente, nada puedo informarles. Nunca tuve nada que ver con el negocio. ¿El comandante Halliday, dijo usted? La verdad es que no recuerdo haber oído pronunciar tal apellido por aquí, dentro de Dillmouth.

—Pudiera ser que su padre sí lo recordara —propuso Gwenda.

—¿Mi padre? —miss Galbraith denegó con un movimiento de cabeza—. Repara en muy pocas cosas actualmente y su memoria registra bastantes fallos.

Gwenda fijó los ojos, pensativa, en una mesita con adornos metálicos de bronce, poniendo la vista luego en una fila de elefantes de marfil que parecían desfilar por la repisa de la chimenea.

—Me figuré que él podría recordar algo porque mi padre vino aquí directamente desde la India. Esta casa se llama «Calcutta Lodge», ¿no?

—Sí —repuso miss Galbraith—. Mi padre estuvo en Calcuta durante algún tiempo. Tenía negocios allí. Luego llegó la guerra, y en 1920 ingresó en esta firma de Dillmouth. Su gusto hubiera sido volver a la India. Pero a mi madre no le agradaba la perspectiva de vivir fuera de su país. Por otro lado, el clima de la India no es saludable precisamente. Pues no sé… Quizá prefieran hablar con mi padre. No sé qué tal se encontrará hoy…

Miss Galbraith condujo a la pareja a una especie de estudio que quedaba en la parte posterior de la casa. Aquí vieron, acomodado en un gran sillón de cuero, a un anciano caballero con el labio superior cubierto por un frondoso bigote blanco, que recordaba al de las morsas. Tenía la cabeza ligeramente inclinada a un lado. Miró atentamente a Gwenda con un gesto de aprobación al hacer su hija las presentaciones.

—Mi memoria no es ya la de antes —manifestó con voz más débil—. ¿Halliday, ha dicho usted? No, no recuerdo este apellido. En Yorkshire, estando en el colegio, conocí a un chico… Pero, bueno, de eso hace ya más de setenta años…

—Creemos que alquiló «Hillside» —apuntó Giles.

—¿«Hillside»? ¿Era la casa llamada así entonces? —El único ojo del señor Galbraith que parecía estar dotado de movimiento se cerró y abrió varias veces—. Allí vivió Findeyson. Era una mujer magnífica.

—Es posible que mi padre alquilara la vivienda amueblada… Él acababa de llegar de la India.

—¿De la India, dice usted? Me acuerdo de un hombre… Era un oficial del ejército. Conocía al bribón de Mohamed Hassan, quien

me engañó con motivo de una operación de alfombras. Su esposa era joven… Tenían una pequeña.

—La pequeña era yo —repuso Gwenda, sin vacilar.

—¿Sí? ¡Válgame Dios! ¡Cómo pasa el tiempo! Bueno, ¿cómo se llamaba? Quería una vivienda amueblada… A la señora Findeyson le habían recomendado que pasara el invierno en Egipto o en otro país semejante. ¡Bah! ¡Tontería! Bueno, ¿cómo se apellidaba ese hombre?

—Halliday —dijo Gwenda.

—Cierto, querida… Halliday. El comandante Halliday. Un gran tipo. Su esposa era muy bella, muy joven, de rubios cabellos. Deseaba estar cerca de su familia… Sí, era muy linda.

—¿Quiénes eran sus familiares?

—No tengo la menor idea. No, en absoluto. Usted no se parece a ella.

Gwenda estuvo a punto de responder: «Es que ella era tan sólo mi madrastra», pero no quiso complicar la cuestión. Inquirió a continuación:

—¿Cómo era concretamente?

De pronto, el señor Galbraith repuso:

—La vi preocupada. Tuve esa impresión. Pues sí, una gran persona el comandante. Se interesó por mí al saber que había estado en Calcuta. No era como esos sujetos que jamás han puesto los pies fuera de Inglaterra, tipos con una estrechez de miras extraordinaria. Yo sí que he visto mundo… ¿Cuál era el apellido de ese oficial del ejército que buscaba una casa amueblada?

El señor Galbraith era como un viejo gramófono con la aguja girando sobre un disco desgastado por el uso.

—«Santa Catalina». Eso es. Se quedó con «Santa Catalina»… seis guineas por semana… mientras la señora Findeyson estaba en Egipto. Murió allí, la pobre. La casa fue sacada a subasta… ¿Y quién la compró? Los Elworthy… Eran unas cuantas mujeres…, hermanas. Cambiaron el nombre. Decían que lo de «Santa Catalina» sonaba a católico romano. No querían nada con la Iglesia de Roma… Solían enviar folletos a todas partes. Eran mujeres muy simples. Se interesaban mucho por los negros, a los que remitían pantalones y biblias. Su empeño principal en la vida era la conversión de los

paganos.

El anciano suspiró, echando la cabeza hacia atrás.

—Hace mucho tiempo de todo eso —declaró, con un esfuerzo—. No acierto a recordar bien los nombres. Un oficial de la India, un hombre muy agradable… Estoy fatigado, Gladys. Me vendría muy bien ahora una taza de té.

Giles y Gwenda le dieron las gracias por haberlos recibido, despidiéndose a continuación de su hija.

—Ha quedado probado, pues, que mi padre y yo estuvimos antes en «Hillside» —dijo Gwenda a Giles, fuera ya de la casa—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—He sido un estúpido —declaró Giles—. Hasta ahora no había pensado en Somerset House.

—¿Y qué es Somerset House? —inquirió Gwenda.

—Una oficina-registro de matrimonios. Buscaré en ella la anotación correspondiente al casamiento de tu padre. Según tu tía, él se unió inmediatamente a su segunda mujer en matrimonio nada más llegar a Inglaterra. ¿No lo comprendes, Gwenda? Esto debió ocurrírsenos antes: es perfectamente posible que «Helen» fuese una pariente de tu madrastra, una joven hermana, quizás. Una vez sepamos cuál era su apellido, daremos seguramente con alguien que se halle enterado de todo lo referente a «Hillside». Recuerda lo dicho por ese anciano: el matrimonio quería una casa en Dillmouth a fin de estar cerca de los familiares de la señora Halliday. Si su familia vive cerca de aquí, puede ser que lleguemos a algo concreto.

—Giles —repuso Gwenda—: creo que eres un hombre maravilloso.

3

A fin de cuentas, Giles estimó que no era necesario trasladarse a Londres. Aunque su enérgico carácter le impulsaba a ponerse en movimiento, intentando hacerlo todo por sí mismo, admitió que

una indagación puramente rutinaria podía ser delegada.

Púsose al habla por teléfono con su oficina.

—¡Lo conseguí! —exclamó entusiasmado, al llegar la esperada réplica.

Del sobre extrajo una copia de un certificado de matrimonio.

—Aquí está, Gwenda: 7 de agosto, viernes. Registro de Kensington. Kelvin James Halliday y Helen Spenlove Kennedy…

Gwenda profirió una exclamación.

—¿Helen?

Intercambiaron una mirada.

Giles dijo, vacilante:

—Pero… No puede ser ella. Quiero decir que… Ellos se separaron, y ella se casó de nuevo… y huyó.

—Nosotros —especificó Gwenda— no sabemos que ella huyera…

Gwenda fijó la vista en el papel, donde figuraba aquel nombre escrito con toda claridad: *Helen Spenlove Kennedy*.

Helen…

Capítulo VII

El doctor Kennedy

1

Varios días más tarde, Gwenda avanzaba por la Explanada, azotada por un fuerte viento. De pronto, decidió detenerse junto a uno de los cobertizos de vidrio, que el ayuntamiento de la localidad, previsor, había instalado en aquel lugar para uso de los visitantes del mismo.

—¡Miss Marple! —exclamó, sorprendida, en cierto momento.

La dama que tenía delante era, en efecto, miss Marple, quien vestía un abrigo ligero ceñido al cuello por una bufanda.

—Desde luego, no me extraña tu gesto de sorpresa —dijo miss Marple, con viveza—. Mi médico me ordenó que pasara una temporada junto al mar y entonces me acordé de tu descripción de Dillmouth, por cuya razón decidí venir aquí. Los que fueron en otro tiempo cocinera y mayordomo de una amiga mía abrieron en esta población una casa de huéspedes. Esto contribuyó mucho a facilitar mi elección.

—Pero ¿por qué no ha ido a vernos a casa? —inquirió Gwenda.

—Los viejos somos casi siempre una molestia, querida. A los jóvenes recién casados es preciso dejarlos solos —miss Marple sonrió ante el gesto de protesta de Gwenda—. Estoy segura, no obstante, de que me habrías recibido bien. ¿Cómo estáis? ¿Habéis

hecho progresos con respecto a vuestro enigma?

—Seguimos una pista que nos parece buena —declaró Gwenda, sentándose junto a miss Marple.

Detalló las investigaciones por ella y Giles realizadas.

—Y ahora —dijo Gwenda para terminar— hemos puesto un anuncio en muchos periódicos, de la localidad y de fuera de aquí: en el *Times* y otros grandes diarios. Pedimos en él que cualquier persona que tenga o haya tenido conocimiento de la existencia de Helen Spenlove Halliday, Kennedy de soltera, haga el favor de ponerse en contacto, etcétera. Yo creo que recibiremos algunas contestaciones. ¿Opina usted igual, miss Marple?

—Sí, querida.

Miss Marple hablaba con el tono plácido en ella habitual, pero sus ojos revelaban cierta preocupación. Examinó fugazmente, de reojo, a la chica. Su aire decidido no parecía sincero. Gwenda, a juicio de miss Marple, estaba intranquila. Lo que el doctor Haydock había denominado «las implicaciones» comenzaban, quizás, a surtir sus efectos. Bueno, ya era demasiado tarde para retroceder…

Miss Marple dijo, afectuosa, como si se excusara:

—La verdad es que me inspira mucho interés este asunto. A lo largo de mi vida he tenido escasas ocasiones de vivir momentos de emoción. Supongo que no me juzgarás una entrometida si te pido que me tengas al corriente de vuestros progresos.

—Naturalmente que la tendré al corriente —replicó Gwenda, también cariñosa—. Lo sabrá todo. De no haber sido por usted andaría yo ahora de consulta en consulta, pidiendo a los médicos que me internaran en un manicomio. Déme sus señas aquí… La esperamos en casa para tomar el té con nosotros. Le enseñaremos la vivienda. Es preciso que conozca usted la escena del crimen, ¿no le parece?

Gwenda se echó a reír, pero había una leve nota de falsedad en su gesto.

Cuando la joven se hubo ido, miss Marple movió la cabeza lentamente, frunciendo el ceño.

2

Giles y Gwenda estaban pendientes del correo a diario. Todo lo que recibieron al principio fueron dos cartas de otras tantas agencias de detectives privados en las que se les comunicaba que se ponían a su disposición para emprender las investigaciones que les fueran confiadas, para cuya labor contaban con méritos y elementos suficientes.

—Ése es un último recurso —señaló Giles—, siempre estamos a tiempo de proceder así. Y de recurrir a una agencia, habrá de ser una firma de primera clase, las cuales no se dedican precisamente a hacer propaganda por correo. Sin embargo, no sé qué podrían hacer esos detectives profesionales que nosotros no estemos ya haciendo.

Su optimismo (o amor propio) quedó justificado unos días después. Llegó a sus manos una carta de esas cuya escritura, algo ilegible, delata al tipo profesional clásico de nuestra sociedad.

Galls Hill - Woodleigh Bolton
Muy señor mío:
Contesto a su anuncio del Times para notificarle que soy hermano de Helen Spenlove Kennedy. Hace muchos años que perdí todo contacto con ella y me agradaría tener noticias suyas.
Suyo affmo. s.s.
James Kennedy.
Doctor en Medicina.

—Woodleigh Bolton —repitió Giles—. Esto no queda muy lejos. Woodleigh Camp es el sitio que la gente aficionada a las excursiones frecuenta. Queda por encima de la región de los pantanos, a unos cincuenta kilómetros de aquí. Escribiremos al doctor Kennedy, preguntándole si desea que vayamos a verle o prefiere visitarnos.

El doctor Kennedy les contestó diciéndoles que podría recibirles el miércoles siguiente. Este día, pues, se pusieron en marcha.

Woodleigh Bolton era una población de esparcidas casas, enclavadas en la falda de una colina. «Galls Hill» resultó ser la vivienda situada a mayor altura, en la vecindad de la cumbre del promontorio. Desde ella se dominaba Woodleigh Camp y la zona de los pantanos, a continuación de la cual estaba el mar.

—Es un lugar más bien sombrío —comentó Gwenda, con un estremecimiento.

De la casa podía decirse lo mismo. Evidentemente, el doctor Kennedy no se sentía muy atraído por las innovaciones de la época, ni por la calefacción central. La mujer que les abrió la puerta, de aire severo, se les antojó antipática. Les hizo pasar por un vestíbulo casi desnudo y entrar a continuación en un estudio. El doctor Kennedy se puso en pie para saludarlos. La estancia era larga y de elevado techo. En las paredes se alineaban unos estantes llenos casi por completo de libros, clasificados por géneros y autores.

El doctor Kennedy era un hombre ya de edad, de grises cabellos y ojos astutos, que les miraban desde debajo de unas hirsutas cejas. Su mirada fue de uno al otro, con viveza.

—¿El señor Reed? ¿Su esposa? Siéntese aquí, señora Reed. Probablemente, es éste el sillón más cómodo. Bien. Les escucho.

Giles pasó a relatarle su historia, tal como acababa de prepararla.

Hacía poco que ellos se habían casado, en Nueva Zelanda. A su llegada a Inglaterra, donde su mujer viviera de niña, se había obstinado en localizar a los antiguos amigos y conocidos de la familia.

El doctor Kennedy se mantuvo rígido, muy serio. Mostrábase cortés, pero, desde luego, veíase que le irritaba aquella insistencia en reavivar sentimentalmente los antiguos lazos familiares.

—Y usted cree que mi hermana… mi media hermana… y probablemente yo mismo… tuvimos relación con ustedes, ¿no? —preguntó a Gwenda, en tono correcto, aunque levemente hostil.

—Ella era mi madrastra —explicó Gwenda—, la segunda esposa de mi padre. Por supuesto, no acierto a recordarla bien. ¡Era yo tan pequeña! Mi apellido de soltera era Halliday.

El hombre la miró fijamente… Y, de repente, una sonrisa iluminó su faz. Ahora se convirtió en otra persona. La distancia

entre ellos, se había acortado notablemente.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¡No me digas que tú eres Gwennie!

Gwenda asintió, casi emocionada. El diminutivo cariñoso, largo tiempo olvidado, resonó en sus oídos con una tranquilizadora familiaridad.

—Pues sí, yo soy Gwennie.

—¡Válgame Dios! Y ahora hecha una mujer, ya casada. ¡El tiempo vuela, verdaderamente! Deben de haber pasado desde aquella época unos… quince años. No, más aún. Me imagino que tú no te acuerdas de mí, ¿eh?

Gwenda movió la cabeza a un lado y a otro.

—Ni siquiera me acuerdo de mi padre. Bueno, lo veo todo como una serie de confusos recuerdos…

—Naturalmente… La primera esposa de Halliday vino de Nueva Zelanda… Recuerdo que eso fue lo que él me dijo. Un hermoso país, ¿verdad?

—Es el país más hermoso del mundo…, si bien Inglaterra me gusta mucho.

—¿Es esto una simple visita… o pensáis quedaros por aquí? —El doctor Kennedy oprimió el botón de un timbre—. Ahora tomaremos el té.

Al presentarse la mujer que abriera la puerta, le dijo:

—Traiga té para los tres, por favor… Sírvanos también unas tostadas con mantequilla, o unas pastas, algo, en fin, con que acompañarlo.

La severa ama de llaves pareció echar al doctor Kennedy una mirada cargada de veneno, pero se limitó a responder, antes de retirarse:

—Sí, señor.

—Habitualmente, no tomo el té —señaló el doctor, vagamente —. Pero esto debe de celebrarse de alguna forma.

—Es usted muy amable —replicó Gwenda—. Pues no, no estamos en Inglaterra de paso. Hemos comprado una casa. —Hizo una pausa, añadiendo en seguida—: «Hillside».

El doctor Kennedy contestó con aire ausente:

—¡Oh, sí! En Dillmouth. Desde allí me escribieron.

—Es la más extraordinaria de las coincidencias. ¿No es así,

Giles? —manifestó Gwenda, buscando el apoyo de su marido.

—En efecto. Es realmente asombrosa.

—La casa había sido puesta en venta —explicó Gwenda, apresurándose a agregar, ya que el doctor Kennedy le daba la impresión de no comprenderla bien—: Se trata de la misma casa en que vivimos muchos años atrás.

El doctor frunció el ceño.

—¿«Hillside»? Pero es que… ¡Ah, sí! Me enteré de que le habían cambiado el nombre. Se llamó en otro tiempo… No sé… ¿Estaré pensando en la misma casa que tú, la de la carretera de Leahampton, bajando hacia la población, la que queda a mano derecha?

—Sí.

—Ésa es, claro. Es chocante… ¡Y cómo se olvidan los nombres! Un momento. «Santa Catalina»… Tal era el nombre de la casa entonces.

—Y yo viví en ella, ¿verdad? —inquirió Gwenda.

—Sí, así es. —El doctor miró, divertido a Gwenda—. ¿Por qué has querido volver allí? Ese lugar no debe de encerrar para ti muchos recuerdos, seguramente.

—No. Sin embargo, me siento en la casa muy a gusto…

—Te sientes a gusto… —repitió el doctor.

Pronunció estas palabras sin darles una entonación especial. No obstante, Giles se preguntó de repente qué era lo que estaba pensando aquel hombre en tal momento.

—Yo esperaba que usted me hablara de aquella época —continuó diciendo Gwenda—. Deseaba oírle hablar de mi padre, de Helen, de todo lo demás…

Él adoptó una actitud reflexiva.

—Supongo que en Nueva Zelanda no estarían suficientemente informados. ¿Cómo iban a estarlo? Bueno, poco es lo que hay que contar. Helen, mi hermana, regresaba de la India en el mismo buque que tu padre. Éste había enviudado, quedándose solo, con su hija. Helen se compadeció de él, o se enamoró de él… Tu padre se enamoró de Helen. Es difícil explicar cómo suelen ocurrir ciertas cosas. Se casaron en Londres nada más llegar, yendo a Dillmouth. Yo ejercía mi profesión allí… Kelvin Halliday me pareció una buena

persona, un hombre bastante nervioso, de aire un tanto deprimido… Con todo, me dieron la impresión de que se sentían felices… entonces.

El doctor guardó silencio unos momentos antes de agregar:

—No obstante, antes de que hubiera pasado un año, ella huyó con otro… ¿Sabías tú esto?

—¿En compañía de quién huyó? —preguntó Gwenda.

El doctor Kennedy fijó sus astutos ojos en la joven.

—No me lo dijo —explicó—. No solía confiarse a mí ella. Yo había visto, era inevitable… ciertos roces entre Helen y Kelvin. Ignoro su causa. Yo fui siempre un hombre de ideas fijas en determinados aspectos… Había creído siempre en la fidelidad marital. Helen no hubiera accedido nunca a contarme lo que estuviera en marcha. Yo había oído rumores… Pero no se mencionó jamás ningún nombre. Tenían con frecuencia invitados en casa, procedentes de Londres y de otras partes de Inglaterra. Me figuro que el causante de todo sería uno de ellos.

—¿No hubo divorcio?

—Helen no lo quiso. Es lo que me indicó Kelvin. Por tal motivo, quizás erróneamente, imaginé que había por en medio algún hombre casado. La mujer de éste, seguramente, sería católica.

—¿Qué actitud adoptó mi padre?

—Tampoco quería divorciarse de Helen.

El doctor Kennedy había pronunciado secamente estas últimas palabras.

—Háble me de mi padre —solicitó Gwenda—. ¿Por qué decidió repentinamente enviarme a Nueva Zelanda?

Kennedy pensó la respuesta.

—Me parece que tus familiares de allí habían estado ejerciendo presiones en tal sentido. Tras el fracaso de su segundo matrimonio pensaría, tal vez, que era lo mejor que podía hacer.

—¿Por qué no me acompañó en aquel viaje?

El doctor Kennedy paseó la mirada por la repisa de la chimenea, en busca distraídamente de un limpiapipas.

—¡Oh, no sé! Ya no andaba muy bien de salud.

—¿Qué le pasaba? ¿De qué murió?

La puerta de la estancia se abrió, haciendo acto de presencia el

ama de llaves, portadora de una bandeja repleta de cosas.

Allí había tostadas, mantequilla, un bote de mermelada… pero no pastas. El doctor Kennedy invitó a Gwenda a servir el té con un vago gesto. La joven obedeció. Repartidas las tazas, Gwenda cogió una tostada. El doctor, con una alegría más bien forzada, dijo:

—Bueno, ¿qué habéis hecho en esa casa? Supongo que habréis llevado a cabo en ella muchos cambios, numerosas mejoras… Para mí, seguramente será irreconocible… cuando la dejéis arreglada, a vuestro gusto.

—Hemos dado rienda suelta a nuestra imaginación con los cuartos de baño —admitió Giles.

Gwenda miró fijamente al doctor, preguntándole:

—¿De qué murió mi padre?

—No puedo decírtelo, querida. Lo único que sé es que llevaba algún tiempo con la salud quebrantada, y que ingresó en un sanatorio de la costa Oeste. Falleció un par de años más tarde.

—¿Dónde estaba emplazado el sanatorio exactamente?

—Lo siento. No me acuerdo. Lo único que sé es que estaba en una población de la costa oriental.

Ahora el doctor se mostraba claramente elusivo. Giles y Gwenda intercambiaron una mirada.

—Bueno, al menos, señor —medió Giles—, podrá decirnos dónde está enterrado. Gwenda, lógicamente, desea visitar su tumba.

El doctor Kennedy se inclinó sobre el hogar de la chimenea, limpiando su pipa con una navaja.

—Os voy a decir una cosa: creo que no debemos mirar demasiado al pasado. A mi juicio, el culto a nuestros predecesores constituye un error. Lo que importa es el futuro. Vosotros sois jóvenes, tenéis salud, estáis en unas condiciones óptimas para enfrentaros con el mundo. Pensad en el futuro. A nada conduce poner unas flores sobre la tumba de una persona a la que, prácticamente, no conociste, Gwenda.

Gwenda dijo, rebelde:

—Me gustaría ver la tumba de mi padre.

—En tal aspecto, no puedo serte útil —El doctor Kennedy adoptaba una actitud cortés, pero fría—. Ha pasado ya mucho tiempo desde todo eso y mi memoria deja mucho que desear. Perdí

el contacto con tu padre tras su salida de Dillmouth. Creo que me escribió en una ocasión desde el sanatorio… Me parece, como ya te he indicado, que éste se hallaba situado en la costa oriental del país. Sin embargo, no tengo una seguridad absoluta. No tengo la menor idea acerca del sitio en que fue enterrado.

—¡Qué extraño! —exclamó Giles.

—No, no hay nada extraño en ello. Helen era nuestro único lazo de unión. Siempre quise mucho a Helen. Era hermanastra mía y yo le llevaba muchos años. Hice lo posible para que se educara bien. Procuré que fuera a los mejores colegios… Señalaré que Helen no fue nunca una joven de carácter estable. Hubo sus más y sus menos una vez por sus relaciones con un muchacho verdaderamente indeseable. Logré librarla de aquel conflicto. Luego, decidió irse a la India y casarse con Walter Fane. Aquí iba bien. Era un gran joven, hijo del abogado más conocido de Dillmouth. Pero, francamente, resultaba bastante soso. Él siempre había sentido adoración por Helen, quien apenas le hacía caso. Luego, cambió de opinión, decidiendo trasladarse a la India y convertirse en su esposa. Al verle de nuevo, todo quedó en nada. Me telegrafió pidiéndome dinero. Quería regresar. Se lo envié. En el buque, ya de vuelta, conoció a Kelvin. Contrajeron matrimonio antes de que yo me enterara de lo que sucedía. La especial manera de ser de mi hermanastra explica por qué Kelvin y yo no seguimos en contacto tras su huida —De pronto, Kennedy preguntó—: ¿Dónde se encuentra Helen ahora? ¿Puedes decírmelo? Me gustaría verla.

—No lo sabemos —objetó Gwenda—. No sabemos nada sobre su paradero.

—¡Oh! Yo me figuré, a causa de vuestro anuncio… —El doctor miró alternativamente a sus visitantes, con repentina curiosidad—. Decidme, ¿por qué pusisteis el anuncio?

Gwenda respondió:

—Queríamos ponernos en contacto…

La joven guardó silencio de pronto.

—¿Con una persona a la que tú apenas recuerdas?

Gwenda manifestó, rápidamente:

—Pensé que… de poder entrar en contacto con ella… me hablaría de mi padre… sabría cosas de éste…

El doctor Kennedy se mostraba muy perplejo.

—Ya, ya. Te comprendo. Lamento no poder ayudarte. La memoria con los años, ya se sabe… Han pasado, además, muchos años.

Medió Giles en la conversación.

—Bueno, al menos usted sabrá en qué clase de sanatorio estaba el padre de Gwenda… ¿Era un sanatorio antituberculoso?

El doctor Kennedy adquirió nuevamente ahora una pétrea expresión.

—Sí, me parece que sí.

—Pues entonces será fácil localizar el establecimiento sanitario. Muchas gracias, señor, por todo lo que nos ha contado.

Dicho esto, Giles se puso en pie, imitándole Gwenda.

—Muchas gracias por habernos recibido —dijo la joven—. ¿Irá a vernos en alguna ocasión a «Hillside»?

Salieron del estudio. Gwenda volvió la cabeza en determinado momento, observando al doctor Kennedy de pie junto a la chimenea, pasándose un dedo por su grisáceo bigote, con un claro gesto de preocupación.

—Este hombre sabe algo, algo que no ha querido decirnos —declaró Gwenda cuando subieron al coche—. Aquí hay una cosa rara… ¡Oh, Giles! Ojalá no hubiéramos empezado con esto…

Gwenda y Giles se miraron mutuamente, poseídos de un extraño temor.

—Miss Marple estaba en lo cierto —dijo ella—. Mejor habría sido desentendernos por completo del pasado.

—No tenemos por qué seguir —contestó Giles, titubeante—. Probablemente, mi querida Gwenda, lo mejor que podemos hacer es desentendernos de todo ahora mismo.

Gwenda denegó con la cabeza.

—No, Giles. Ya no podemos proceder así. Nos pasaríamos el resto de nuestras vidas haciendo especulaciones. Hemos de seguir adelante forzosamente… El doctor Kennedy no ha querido hablar para no resultarnos desagradable… Su atención, sin embargo, no tiene nada de bueno. Hemos de continuar haciendo averiguaciones para enterarnos de qué fue lo que realmente sucedió. Incluso en el caso de que… de que fuera mi padre quien…

La joven ya no pudo seguir hablando.

Capítulo VIII

La obsesión de Kelvin Halliday

A la mañana siguiente, Gwenda y Giles se encontraban en el jardín cuando salió la señora Cocker para decir a este último:

—Perdone, señor. Le llaman por teléfono. Es el doctor Kennedy, me ha dicho el comunicante.

Giles se separó de Gwenda, que en aquellos instantes consultaba algo con Foster. Entró en la casa, dirigiéndose al teléfono.

—Giles Reed al habla.

—Soy el doctor Kennedy. He estado pensando en nuestra conversación de ayer, señor Reed. Me he acordado de ciertos hechos que a mi entender usted y su esposa deberían conocer. ¿Estarán en casa esta tarde?

—Desde luego. ¿Desea venir a vernos? ¿A qué hora?

—¿A las tres, por ejemplo?

—Perfectamente.

En el jardín, el viejo Foster preguntó a Gwenda:

—¿Es el mismo doctor Kennedy que vivió en otro tiempo en West Cliff?

—Supongo que sí. ¿Le conoció usted?

—Se le tenía por el mejor médico de por aquí, aunque el doctor Lazenby era más popular. Éste siempre sonreía y tenía a flor de labios una palabra agradable. El doctor Kennedy sólo hablaba lo indispensable, era muy seco… Ahora, conocía bien su oficio.

—¿Cuándo dejó de ejercer su profesión?

—Hace mucho tiempo. Hará unos quince años. Sufrió un revés

de salud. Es lo que se dijo por aquí.

Giles se asomó por una ventana, correspondiendo a una pregunta de Gwenda no formulada.

—Va a venir esta tarde.

—¡Oh! —La joven se volvió nuevamente hacia Foster—. ¿Llegó a conocer usted a la hermana del doctor Kennedy?

—¿A su hermana? Casi no la recuerdo. Era una chiquilla por aquellas fechas. Se fue al colegio y luego viajó al extranjero. Oí contar que pasó una temporada aquí después de haberse casado. Pero creo que huyó con un joven… Siempre había sido una criatura incontrolable, aseguraban algunos. No sé ni cómo llegué a verla una o dos veces. Por entonces yo tenía un empleo en Plymouth…

Gwenda preguntó a Giles cuando avanzaba por la terraza:

—¿Por qué ha decidido venir?

—Lo sabremos a las tres.

El doctor Kennedy se presentó con toda puntualidad. Miró a su alrededor cuando se hallaba en el salón, comentando:

—Me produce una extraña impresión verme de nuevo aquí.

Después, sin más preámbulos, abordó aquello que motivaba su visita.

—De las palabras que dijisteis los dos en mi casa he deducido que pretendéis localizar el sanatorio en que murió Kelvin Halliday, para enteraros de todos los detalles concernientes a su enfermedad y defunción.

—Así es —puntualizó Gwenda.

—Supongo que no os ha de resultar difícil tal cosa, de manera que he llegado a la conclusión de que debo daros a conocer ciertos hechos. Lamento, por otro lado, proceder de este modo, ya que para ti no significará ningún bien lo que voy a decir… Por el contrario, Gwennie, representará un dolor. En fin, las cosas son así. Tu padre no estaba enfermo de tuberculosis. El sanatorio en que se encontraba era sólo para enfermos mentales.

Gwenda se puso muy pálida.

—¿Estaba loco mi padre, entonces?

—Nunca hubo una contestación rotunda a eso. En mi opinión, no era un demente en el sentido general del vocablo. Habiendo sufrido un grave quebranto de salud, padecía ciertas obsesiones.

Ingresó en el establecimiento porque él quiso y hubiera podido abandonarlo en cualquier momento en que hubiese expresado tal deseo. No mejoró, sin embargo, y allí falleció.

—Ha hablado usted de obsesiones —dijo Giles—. ¿De qué tipo eran las mismas?

El doctor Kennedy respondió secamente.

—Estaba convencido de haber estrangulado a su esposa.

Gwenda profirió un grito ahogado. Giles extendió un brazo rápidamente, cogiendo una de sus frías manos.

—Y… ¿la había estrangulado, realmente? —inquirió Giles.

—¿Cómo? —El doctor Kennedy miró fijamente al joven—. Por supuesto que no. Esto es incuestionable.

—Pero… ¿usted por qué lo sabe? —preguntó Gwenda vacilante.

—¡Mi querida niña! No había que pensar en un hecho así. Helen lo abandonó para huir con otro hombre. Durante algún tiempo, él se sintió mal… Los nervios le dominaban, sufría pesadillas. El golpe final remató la obra. Bueno, yo no soy un psicólogo… Éstos tienen explicaciones para hechos como ése. Cuando un hombre prefiere ver muerta a su esposa antes que saberla infiel, puede llegar a pensar que ha desaparecido del mundo de los vivos… e incluso que la ha matado.

Giles y Gwenda intercambiaron una mirada de cautela.

El primero insistió:

—Así pues, ¿usted está completamente seguro de que no había llevado a cabo el acto criminal que él se atribuía?

—Completamente seguro. Recibí dos cartas de Helen. La primera procedía de Francia, habiendo sido escrita una semana después de haber huido; la segunda llegó a mi poder seis meses más tarde. Desde luego, se trataba de una obsesión.

Gwenda suspiró.

—Por favor, cuéntenoslo todo con detalle.

—Te contaré todo lo que sé, querida. He de empezar por decir que Kelvin llevaba algún tiempo mal de los nervios. Consultó su caso conmigo. Me dijo que había sufrido varias inquietantes pesadillas. Estas pesadillas eran siempre las mismas, terminando de igual forma: estrangulando a Helen. Intenté llegar hasta la raíz del problema. Pensé que tal vez respondiera aquello a algún conflicto

de la infancia. Su padre y su madre no constituyeron un matrimonio feliz… Bueno, no entraré en eso. Estas cuestiones son de interés sólo para los profesionales. La verdad es que recomendé a Kelvin que se pusiera en manos de un psiquiatra. Hay unos cuantos de primer orden en la región. No quiso saber nada. No tenía fe en esos especialistas.

«Yo sospechaba que él y Helen no se llevaban bien. Pero Kelvin nunca me habló de eso y a mí no me gusta hacer preguntas. La historia llegó a su momento más álgido cierta noche. Recuerdo que aquel día era viernes. Regresaba yo del hospital y me lo encontré en la sala de espera. Llevaba allí un cuarto de hora. Nada más verme, levantó la vista, diciéndome: "He matado a …Helen".

»Por un momento, no supe qué pensar. Había hablado en un tono frío, demasiado natural.

»—¿Quieres decir que has tenido otro sueño? —le pregunté.

»—Esta vez no ha sido un sueño. Es verdad. Está allí, muerta, estrangulada. La estrangulé yo.

»A continuación añadió, con la misma naturalidad, razonando fríamente:

»—Será mejor que me acompañes hasta la casa. Desde allí podrás telefonear a la Policía.

»Mi desconcierto era grande. Saqué el coche de nuevo y nos trasladamos allí. La casa estaba a oscuras. Reinaba un completo silencio en ella. Subimos al dormitorio…

Gwenda interrumpió al doctor Kennedy:

—¿Al *dormitorio*?

En su voz había una inflexión de pura extrañeza.

El doctor Kennedy pareció ahora ligeramente sorprendido.

—Sí, sí. Allí fue donde pasó todo. Y, claro, cuando entramos en la habitación… ¡no encontramos nada, en absoluto! Sobre el lecho no había ninguna mujer muerta. Todo se veía en orden. Ni siquiera se advertía una arruga en las ropas de cama. Todo había sido una alucinación.

—¿Y qué dijo mi padre?

—Desde luego, insistió en su historia, que tenía por cierta, en la que creía desde el principio hasta el fin. Le convencí para que tomara un sedante y le ayudé a acostarse. Seguidamente, eché un

vistazo por los alrededores. Encontré una nota escrita por Helen, arrugada, en el cesto de los papeles. Todo quedaba explicado. El escrito decía más o menos: «Esto es un adiós. Lo siento, pero nuestro matrimonio fue un error desde su mismo planteamiento. Me voy con el único hombre a quien he amado. Perdóname, si te es posible. Helen».

»Evidentemente, Kelvin había leído la nota, subió al dormitorio, sufrió un grave trastorno cerebral y fue en mi busca convencido de que había matado a Helen.

»Luego interrogué a la doncella. Era su día libre y había llegado tarde. La hice pasar a la habitación de Helen y revisó sus prendas de vestir… Todo quedaba claro. Helen se había llevado una maleta y un bolso de mano. Inspeccioné toda la casa, pero no observé nada anormal… Por supuesto, allí no había la menor huella de una mujer estrangulada.

»Por la mañana, pasé unos momentos muy difíciles con Kelvin, pero por fin comprendió que todo había sido fruto de su imaginación… Al menos, esto me dio a entender. Se mostró conforme con la idea de ingresar en una clínica para someterse a tratamiento.

»Una semana después, como ya dije, recibí una carta de Helen. Había sido echada al correo en Biarritz, comunicándome que se dirigía a España. Yo tenía que comunicar a Kelvin que ella no deseaba el divorcio, que lo mejor era que la olvidara.

»Enseñé la carta a Kelvin. Habló muy poco. Estaba decidido a seguir adelante con sus planes. Telegrafió a los familiares de su primera esposa, que vivían en Nueva Zelanda, pidiéndoles que se hicieran cargo de su hija. Arregló sus asuntos personales pendientes e ingresó en un sanatorio mental muy bueno, de carácter privado, dispuesto a someterse a un adecuado tratamiento. El tratamiento, sin embargo, no se reveló eficaz. Dos años después, moría allí. Puedo daros las señas del establecimiento. Está en Norfolk. Su actual director pertenecía a él ya de joven y, probablemente, podrá facilitaros todos los detalles relativos al caso de tu padre.

Gwenda apuntó:

—Y más adelante recibió usted otra carta…

—¡Oh, sí! Unos seis meses más tarde. Me escribió desde

Florencia, indicándome que le contestara a la lista de correos, poniendo como nombre «Miss Kennedy». Me decía que quizás era injusta al negar a Kelvin el divorcio… si bien ella no lo deseaba. En caso afirmativo, yo debía hacérselo saber. Ella se ocuparía de que Kelvin dispusiera de las necesarias pruebas. Enseñé la carta a Kelvin. Éste manifestó en seguida que no le interesaba el divorcio. Escribí a Helen comunicándoselo. Ya no volví a tener noticias suyas. No sé dónde vive… Ni siquiera sé si sigue con vida o ha muerto. Por eso me fijé en vuestro anuncio, esperando volver a saber de Helen.

Kennedy añadió, afectuosamente:

—Siento mucho haberte tenido que hablar así, Gwennie. Ahora bien, tú tenías que estar informada. Ojalá hubieras podido sustraerte a todo esto…

Capítulo IX

¿Un factor decisivo?

1

Giles acompañó al doctor Kennedy hasta la puerta. Al volver a la habitación, encontró a la joven sentada donde la dejara, casi inmóvil. Tenía las mejillas encendidas y los ojos febriles. Al hablar, su voz sonó ásperamente.

—Un caso de muerte y de locura, a esto queda reducido todo…

—Querida Gwenda…

Giles le pasó, cariñoso, un brazo por los hombros. Le impresionó la rigidez de su cuerpo.

—¿Por qué no nos desentendimos de todo en su día? Fue mi padre quien la estranguló. De él era la voz que dijo aquellas palabras. No es de extrañar que todo volviera a mi memoria… No es raro que me sintiera tan asustada. Mi propio padre…

—Un momento, pequeña Gwenda. Nosotros, en realidad, no sabemos…

—¡Lo sabemos todo! Él notificó al doctor Kennedy que había estrangulado a su esposa, ¿no?

—Pero Kennedy está convencido de que él no hizo tal cosa…

—Porque no dio con ningún cuerpo. No obstante, lo había… Y yo lo vi.

—Lo viste en el vestíbulo, no en el dormitorio.

—¿Y que más da un sitio que otro?

—Bueno, he aquí algo raro, ¿eh? ¿Por qué había de decir Halliday que acababa de estrangular a su esposa en el dormitorio cuando le había dado muerte en el vestíbulo?

—¡Oh! No sé… Ése es un detalle secundario.

—No estoy tan seguro. Ordenemos los hechos, querida. Veo unos cuantos puntos chocantes en toda la historia. Empezaremos por admitir que tu padre estranguló a Helen. En el vestíbulo. ¿Qué pasó luego?

—Salió en busca del doctor Kennedy.

—A quien dijo que había estrangulado a su esposa en el dormitorio. Volvió con él y no fue encontrado ningún cadáver en el vestíbulo…, ni en el dormitorio. ¡Diablos! No puede haber un crimen sin víctima. ¿Qué había hecho con el cuerpo?

—Quizás había uno. Es posible que el doctor Kennedy decidiera ayudar a mi padre a encubrirlo todo… Pero, claro, él no iba a revelarnos esto.

Giles movió la cabeza a un lado y a otro.

—No, Gwenda. No puedo imaginarme a Kennedy actuando de esa forma. Es un escocés frío, nada emotivo, obstinado, astuto. Me has sugerido la posibilidad de que se decidiera a correr un riesgo como cómplice tras el hecho. No lo creo capaz de dar ese paso. Lo más que hubiera hecho por Halliday era declarar favorablemente en cuanto a su estado mental… Esto sí. Pero ¿por qué había de exponerse contribuyendo a silenciar el caso? Kelvin Halliday no era pariente suyo, ni siquiera amigo. Había matado a su hermana y él, evidentemente, la quería… Sí, aunque no aprobase su despreocupada conducta. Tú, por otro lado, no eras hija de Helen. Decididamente, Kennedy no se avendría a encubrir el crimen. Extremando las cosas, únicamente habría llegado a extender un certificado de defunción, especificando que ella había fallecido a consecuencia de un ataque cardíaco o algo parecido. Así habría salido del paso… Pero sabemos que no procedió de esa manera, ya que no figura el fallecimiento de Helen en los registros parroquiales. En caso afirmativo, nos habría dicho que su hermana murió. A partir de aquí, explícame, si puedes, qué fue del cuerpo.

—Tal vez lo enterrara mi padre en alguna parte… ¿En el jardín,

tú crees?

—¿Para ir después en busca de Kennedy y decirle que había asesinado a su esposa? ¿Por qué? ¿Por qué no apoyarse en la historia de que ella «le había dejado»?

Gwenda apartó nerviosamente los cabellos de su frente. Giles la notó menos rígida ahora. Su cara tenía un color más natural.

—No sé a qué atenerme —admitió—. Todo parece más enrevesado, tal como planteas tú ahora la cuestión. ¿Crees que el doctor nos dijo la verdad?

—¡Oh, sí! Estoy casi seguro de que sí. Desde su punto de vista es una historia perfectamente razonable. Sueños, alucinaciones y, finalmente, la alucinación principal. No duda en calificar lo de Kelvin como una alucinación porque como ya hemos señalado, no puede haber un crimen sin una víctima. Aquí es donde diferimos de él… Nosotros sabemos que hubo un cuerpo.

Giles hizo una pausa, agregando luego:

—Desde su punto de vista, todos los detalles encajan. Unas prendas de vestir de menos, una maleta que ha desaparecido, un escrito de adiós. Y, más adelante, dos cartas de su hermana.

Gwenda se agitó en su asiento.

—Esas cartas… ¿Cómo puede explicarse su existencia?

—Si suponemos que Kennedy estaba diciéndonos la verdad (cosa de la que estoy casi seguro, como ya he señalado), hemos de explicárnoslas.

—Supongo que fueron escritas realmente por su hermana. ¿Reconoció la letra?

—No creo qué llegara a plantearse ese extremo, Gwenda. No es como una firma al pie de un cheque dudoso. Si esas cartas fueron escritas imitando razonablemente bien la letra de su hermana, a nadie podría ocurrírsele dudar de su autenticidad. Abrigaba una idea preconcebida: la de que ella se había ido con alguien. Las cartas confirmaban esa creencia. De no haber vuelto a tener noticias de Helen, en absoluto podía haber concebido sospechas. No obstante, existen ciertos puntos curiosos en lo tocante a esas cartas, en los que él no se ha fijado, pero yo sí. Resultan extrañamente anónimas. No se dan señas… Todo lo más, una lista de Correos. No se indica qué hombre está implicado en el caso. Hay aquí una

obstinada determinación para romper claramente con los antiguos lazos. Quiero decir: son exactamente las cartas que un *asesino* idearía de pretender borrar recelos en las mentes de los familiares de la víctima. Hacer llegar las cartas desde el extranjero es fácil.

—Tú crees que mi padre…

—Pues eso es, que *no*, que no creo lo que tú piensas… Piensa en un hombre que ha decidido desembarazarse de su esposa. Propaga rumores acerca de sus posibles infidelidades. Organiza, monta, por así decirlo, la huida: una nota escrita, unas ropas, una maleta… Con intervalos estudiados se recibirán de ella, desde el extranjero, unas cartas. En realidad, lo que ha hecho él ha sido asesinarla y depositar su cadáver en una zanja abierta en el piso del sótano. Ésta es una trama criminal clásica, que se repite a menudo. Pero lo que este tipo de criminal no hace es ir precipitadamente en busca de su cuñado para decirle que ha asesinado a su esposa y que lo mejor que pueden hacer es telefonear a la Policía. Por otra parte, si consideramos a tu padre un asesino del tipo emocional, y que se hallaba terriblemente enamorado de su mujer, estrangulándola en un arrebato de celos (al estilo de Otelo, y de ahí las palabras que oíste), no hay que pensar que se entretuviera embalando unas ropas y planeando lo de las cartas antes de notificar su crimen a un individuo nada dispuesto a silenciar el hecho. Aquí hay algo raro, Gwenda, en su conjunto…

—¿A dónde intentas ir a parar, Giles?

—No lo sé… Estudiando la historia en general, parece haber en ella un factor desconocido, que podríamos denominar X. Alguien no ha hecho acto de presencia aquí todavía. No obstante, se aprecian detalles de su técnica.

—¿X? —inquirió Gwenda. Sus ojos se oscurecieron—. Estás inventándote cosas, Giles. Pretendes consolarme, a tu manera.

—Te juro que no. ¿Es que no te das cuenta de que falla algo en la historia? Nosotros sabemos que Helen Halliday fue estrangulada porque tú viste…

Giles guardó silencio de pronto.

—¡Santo Dios! He sido un necio. Ya lo veo ahora. Todo queda explicado. Tú tienes razón. Y también Kennedy. Escúchame, Gwenda… Helen se dispone a huir con un amante…, la persona que

no conocemos.

—¿X?

Giles se desentendió de su interrupción con un movimiento de las manos, impaciente.

—Ella ha escrito la nota dirigida a su esposo… Pero en ese instante entra él, lee lo que acaba de escribir su mujer y pierde los estribos. Arruga el papel nerviosamente y lo arroja al cesto de los papeles. Seguidamente, avanza hacia ella… En el vestíbulo la alcanza, ciñe las manos a su cuello… Las piernas de Helen se doblan y él la deja caer al suelo. Luego, a unos pasos del cuerpo, pronuncia aquellas palabras de *La Duquesa de Malfi*, justamente en el momento en que la niña de arriba llega a los balaustres, mirando por entre éstos.

—¿Y después?

—La cuestión es que *ella no está muerta*. Él ha creído lo contrario, sin embargo. Quizás aparezca su amante entonces… nada más salir el frenético esposo en dirección a la casa del doctor, situada en el extremo opuesto de la población… o tal vez vuelva en sí de un modo natural. De todos modos, nada más recuperar el conocimiento, ella huye. Huye rápidamente. Y esto lo explica todo: la certeza por parte de Kelvin de haber matado a su esposa, la desaparición de las ropas, preparadas a primera hora del día. Y las posteriores cartas, *que son perfectamente auténticas*. Ahí lo tienes todo explicado ya.

Gwenda señaló, como si reflexionara al mismo tiempo que hablaba:

—No se explica por qué Kelvin dijo que la había estrangulado en el dormitorio.

—Estaba tan agitado que no se acordaba del sitio en que había ocurrido todo, ni sabía en aquellos momentos lo que decía.

Gwenda contestó:

—Me gustaría creerte. Quiero creerte… Lo malo es que sigo estando convencida de que cuando miré desde la escalera… ella estaba muerta.

—¿Cómo puedes afirmar tal cosa? Eras una criatura de unos tres años de edad…

Gwenda miró a su marido de una manera extraña.

—Creo que una criatura es capaz de identificar la muerte mejor que una persona adulta. Es como lo que ocurre con los perros… Estos animales conocen la muerte. En su presencia, alzan la cabeza y profieren un aullido. Yo creo que a los niños les pasa algo semejante…

—Eso no tiene sentido, querida, es pura fantasía.

Sonó en aquel instante el timbre de la puerta.

—¿Quién será? —preguntó Giles.

Gwenda profirió una exclamación.

—No me acordaba ya… Es miss Marple. Le dije que viniera a tomar el té con nosotros hoy. No le digas nada de todo lo que acabamos de hablar.

2

Gwenda temía que aquéllos fueran unos difíciles momentos para ella, pero miss Marple, afortunadamente, no pareció advertir que la joven hablaba con demasiada precipitación y que su alegría resultaba un tanto forzada. Miss Marple se mostró parlanchina. Estaba muy contenta de hallarse en Dillmouth. Algunas de sus amigas habían escrito a personas conocidas suyas de la población y a consecuencia de las amables visitas estaba siendo invitada a diversas casas.

—Una se siente menos forastera, querida, cuando traba relación con gentes que llevan años viviendo en la población visitada. Por ejemplo: he de ir a tomar el té con la señora Fane, viuda del socio principal de la mejor firma de abogados de la localidad. Ésta es muy antigua y la lleva ahora su hijo.

Miss Marple continuó refiriendo sus experiencias. Su patrona era muy amable y habíala instalado cómodamente…

—Es una cocinera magnífica. Trabajó durante algunos años para una amiga mía, la señora Bantry. En este lugar, en otra época, y por espacio de mucho tiempo, vivió una tía suya. Aquí acostumbraba

pasar por entonces las vacaciones, en compañía de su marido, naturalmente. En consecuencia, está al tanto de todas las habladurías locales. Ahora que me acuerdo, ¿estás satisfecha con tu jardinero? He oído decir que es de los que hablan más que trabajan…

—Hablar y beber té son sus especialidades —explicó Giles—. Toma unas cinco tazas de té por día. Ahora, trabaja muy bien cuando nosotros no lo perdemos de vista.

—Vamos a ver el jardín —propuso Gwenda.

Mientras le enseñaban aquél y la casa, miss Marple formuló los comentarios de rigor. Gwenda se tranquilizó poco a poco. Miss Marple daba la impresión de no haber observado nada anormal en su conducta.

Sin embargo, cosa extraña, fue Gwenda quien se comportó de una manera imposible de predecir. Interrumpió a miss Marple cuando ésta contaba una anécdota referente a un niño y una concha marina, comunicando, muy nerviosa, a Giles:

—Me da igual… Voy a contárselo todo…

Miss Marple la observó atentamente. Giles fue a hablar, pero optó por guardar silencio. Finalmente, declaró:

—Bien. Se trata de tu funeral, Gwenda.

Por tanto, la joven habló. Refirióse a la visita que había hecho al doctor Kennedy, y a la posterior de éste a ellos, detallando sus informaciones.

—Usted pensó en Londres que… que mi padre podía haberse visto envuelto en el caso de una manera especial —señaló Gwenda, casi sin aliento—. ¿Fue eso lo que quiso darme a entender entonces?

Miss Marple repuso serenamente.

—Se me ocurrió que podría darse tal posibilidad, sí. «Helen» podía ser muy bien una joven madrastra… y en el caso de morir estrangulada es el esposo, muy a menudo, quien se ve complicado en el asunto, cuando se dan estas situaciones.

Miss Marple habló como quien observa un fenómeno natural, sin sorpresa ni emoción.

—Ya comprendo por qué nos aconsejó que no revolviéramos esto —dijo Gwenda—. ¡Ojalá le hubiéramos hecho caso! Pero ya no

puedo retroceder.

—No, no es posible retroceder ya —confirmó miss Marple.

—Y ahora será mejor que preste atención a lo que va a contarle Giles, quien ha estado formulando últimamente muchas objeciones y sugerencias.

—Todo lo que yo digo —manifestó Giles— es que hay cosas que aquí no encajan bien entre sí.

Ordenadamente, volvió sobre los puntos explicados antes a Gwenda.

Luego, dejó sentada la hipótesis final.

—A ver si logra convencer usted a Gwenda de que las cosas sólo hubieron podido suceder de esta manera.

La mirada de miss Marple fue de un rostro a otro.

—Tu hipótesis es perfectamente razonable —contestó—. Pero nos enfrentamos siempre, como tú ya has indicado, con la posibilidad de la existencia de X.

—¡X! —exclamó Gwenda.

—El factor desconocido —remató miss Marple—. Una persona que todavía no ha aparecido, pero cuya presencia, tras los hechos evidentes, puede ser deducida.

—Visitaremos el sanatorio de Norfolk en que falleció mi padre —anunció Gwenda—. Quizás averigüemos algo positivo allí.

Capítulo X

Historia de un caso clínico

1

«Saltmarsh House» quedaba cerca de diez kilómetros de la costa, tierra adentro. Contaba con un buen servicio de trenes para Londres desde la ciudad de South Benham, a ocho kilómetros de distancia.

Giles y Gwenda fueron introducidos en una gran sala con los sillones enfundados en telas de cretona con profusión de adornos florales. Una anciana de agradable aspecto con los cabellos blancos, entró en la habitación, llevando en las manos un vaso de leche. Los saludó con un movimiento de cabeza y tomó asiento cerca de la chimenea. Su mirada se fijó en Gwenda, e inclinándose hacia ella le habló casi en un susurro:

—¿Se trata de tu pobre pequeño, querida?

Gwenda la miró a su vez, desconcertada.

—No, no —respondió, no sabiendo qué decir.

—¡Ah! —La anciana dama movió la cabeza, sorbiendo un poco de leche de su vaso. Luego añadió, con toda naturalidad—: Las diez y media… Ésta es la hora. Siempre a las diez y media. Es curioso. —Bajó un poco más la voz, manifestando—: Detrás de la chimenea. Pero no digas que te informé yo.

En este momento, entró allí una empleada uniformada de blanco, rogando a Giles y a Gwenda que la siguieran.

Penetraron en el estudio del doctor Penrose, quien se puso en pie para saludarlos.

Sin poder evitarlo, Gwenda pensó que el doctor Penrose parecía estar algo loco. Daba la impresión de estarlo más, por ejemplo, que la anciana dama de la sala de espera… Ahora bien, con todos los psiquiatras, quizá, ocurría lo mismo.

—Recibí su carta y la del doctor Kennedy —declaró Penrose—. He estado estudiando el historial de su padre, señora Reed. Recordaba perfectamente su caso, pero quise refrescar la memoria a fin de estar en condiciones de responder a todas las preguntas que desee formularme. Tengo entendido que hace poco que fue impuesta de los hechos relativos a su padre…

Gwenda explicó que se había criado en Nueva Zelanda, con los familiares de su madre, y que lo único que había sabido sobre su padre era el fallecimiento en una clínica de Inglaterra.

El doctor Penrose asintió.

—Así fue. El caso de su padre, señora Reed, presentaba ciertos rasgos bastante peculiares.

—¿Quiere usted ser más explícito? —solicitó Giles.

—Su obsesión era muy fuerte. El comandante Halliday, claramente atormentado por sus nervios, mostrábase categórico al afirmar que había estrangulado a su segunda esposa en un arrebato de celos. Muchos de los detalles habituales en estos casos estaban ausentes en el de su padre, y no me importa decirle, señora Reed, con toda franqueza, que de no haber sido por la seguridad del doctor Kennedy en cuanto a que la señora Halliday continuaba con vida, yo me habría inclinado en aquellos días por tomar la declaración de su padre exactamente, dándola por válida.

—¿Tuvo usted la impresión de que él, realmente, la había matado? —inquirió Giles.

—He dicho «por aquellos días». Más tarde, tuve motivos para revisar mi opinión, ya que me familiaricé más con el cuadro mental y el carácter del comandante Halliday. Su padre, señora Reed, no era concretamente un tipo paranoico. No tenía impulsos violentos, ni se sentía perseguido. Era un hombre de suaves modales, amable, equilibrado. No era lo que la gente en general llama un loco, ni resultaba peligroso para los demás. Mostraba, en cambio, esa fija

obsesión acerca de la muerte de su esposa; y para explicar tal manía estoy convencido de que hubiéramos tenido que retroceder muchos años atrás en el tiempo… para ir a alguna experiencia infantil. Procedimos así al fin, aunque he de reconocer que los métodos de análisis no nos dieron la deseada pista. Cuesta mucho trabajo vencer la resistencia de un paciente ante los análisis. A veces, esto se lleva varios años. En el caso de su padre, nos faltó tiempo.

El doctor hizo una pausa, y levantando de pronto la cabeza, declaró:

—Yo presumo que el comandante Halliday se suicidó.

—¡Oh, no! —gimió Gwenda.

—Lo siento, señora Reed. Creí que usted lo sabía. Quizá tenga razón al asignarnos parte de la culpa de lo ocurrido. Admito que con una vigilancia adecuada hubiera podido evitarse el hecho. Pero, francamente, nunca juzgué al comandante Halliday un presunto suicida. No mostraba una tendencia a la melancolía, no le veía caviloso, ni desesperado. Se quejaba de insomnio y mi colega le prescribió unas tabletas para que pudiera dormir. Fingió tomarlas cuando en realidad se las guardó para, más tarde, de una vez…

Penrose extendió ambas manos, expresivamente.

—¿Sentíase terriblemente desgraciado?

—Yo diría que lo que le atormentaba era la idea de su culpabilidad. Deseaba verse castigado. Había insistido al principio de todo en llamar a la Policía. Habiéndole asegurado insistentemente que no había cometido ningún crimen, negóse a dejarse convencer. Se le habló una y otra vez de eso, viéndose obligado a admitir que no recordaba realmente haber llevado a cabo aquella acción —El doctor Penrose tocó los papeles que tenía delante—. Su relato sobre los acontecimientos de la noche en cuestión no presentó alteraciones, fue siempre el mismo. Contó que había entrado en la casa cuando acababa de oscurecer. No había servidores en la vivienda. Penetró en el comedor, como era su costumbre, para tomar una copa. Luego, utilizó la puerta de comunicación con el salón. Tras esto ya no recordó nada, nada en absoluto, hasta el momento de encontrarse en su dormitorio, contemplando el cadáver de su esposa, que había sido estrangulada. Sabía que esto era obra suya…

Giles interrumpió a Penrose:

—Perdone, doctor, pero ¿por qué lo sabía?

—No abrigaba ninguna duda. Durante meses había estado concibiendo absurdas y melodramáticas sospechas. Él me dijo, por ejemplo, estar convencido de que su esposa habíale administrado algunas drogas. El comandante Halliday había vivido en la India. En las salas de justicia de ese país es relativamente frecuente el caso de la esposa que envenena al marido valiéndose de plantas como el estramonio. Había sufrido a menudo alucinaciones en las que se producían confusiones de tiempo y lugar. Negó enérgicamente que creyera a su esposa infiel, pero pienso que ésta fue la causa generadora.

«Parece ser que lo que ocurrió verdaderamente fue que entró en el salón, leyendo la nota en que su esposa le anunciaba que lo dejaba, y que su forma de eludir este hecho era preferible «matarla». De ahí la alucinación.

—¿Quiere usted decir que él la amaba mucho? —preguntó Gwenda.

—Evidentemente, señora Reed.

—¿Y él no reconoció nunca… que era una alucinación?

—Tuvo que reconocer que debía serlo… Pero interiormente su creencia permaneció inalterable. La obsesión era demasiado fuerte para ceder ante la razón. Si nosotros hubiéramos podido dar con el oculto complejo de la infancia…

Gwenda se apresuró a interrumpir al doctor Penrose. No le interesaba lo más mínimo el tema de los complejos infantiles.

—Pero usted está completamente seguro, ha dicho, de que él no hizo aquello…

—¡Oh! Si es esa cuestión lo que la preocupa, señora Reed, puede tranquilizarse. Kelvin Halliday, por muy celoso que se sintiera, no era un criminal.

El doctor tosió brevemente, mostrando a Gwenda una pequeña libreta de negras tapas y aspecto corriente.

—Usted, señora Reed, es la persona más indicada para conservar esto. Contiene anotaciones hechas por su padre durante el tiempo que estuvo aquí. Al entregar sus efectos personales a sus albaceas, una firma de abogados, el doctor Macguire, por entonces

superintendente de la clínica, retuvo esto como parte del historial médico. El caso de su padre ya quedó recogido en el libro de mi colega, bajo sus iniciales tan sólo, naturalmente: «Señor…». Si desea conservar este Diario…

Gwenda extendió ansiosamente una mano.

—Muchas gracias —dijo—. Para mí tiene un gran interés.

2

En el tren, ya de regreso a Londres, Gwenda abrió la libreta al azar y comenzó a leer. Kelvin Halliday había escrito en la página que tenía delante lo siguiente:

Supongo que estos doctores conocen su oficio… Todo se me antoja muy extravagante. ¿Quería yo a mi madre? ¿Odiaba acaso a mi padre? Me siento escéptico… No puedo dejar de pensar que el mío es un simple caso policíaco… algo propio de una sala de justicia… que nada tiene que ver con las deficiencias mentales. Sin embargo algunas de estas personas se comportan de un modo muy natural; son razonables… Hasta que se llega a la manía. Bien. Yo, al parecer, tengo una…

He escrito a James… Le apremié para que se pusiera en contacto con Helen… Que venga a verme si sigue con vida… Él dice que no sabe dónde para… Es que sabe que ha muerto y que yo la maté… Es una buena persona, pero a mí no me engaña… Helen murió…

¿Cuándo empecé a desconfiar de ella? Hace mucho tiempo… Poco después de que llegáramos a Dillmouth… Cambió de

conducta… Me ocultaba algo… Yo la vigilaba… Sí, y ella me vigilaba a su vez…

¿Puso drogas en mis alimentos? Pienso en esas terribles pesadillas. No eran sueños corrientes… Sé que los originaban las drogas. ¿Por qué procedió así? Hay algún hombre por medio… Un hombre al que ella temía…

He de ser sincero conmigo mismo. Yo sospechaba que tenía un amante. Había un hombre… Lo sé… Me contó algunas cosas cuando nos encontrábamos todavía en el barco… Era un hombre a quien amaba y con el que no podía casarse… Estábamos en el mismo caso… Yo no podía olvidar a Megan… ¡Cuánto se parece a Megan la pequeña Gwennie! Helen fue muy cariñosa con Gwennie en el barco, jugando continuamente con ella. Helen… Eres muy atractiva. Helen…

¿Vive Helen? ¿No será más cierto que acabé con su vida al poner mis manos en torno a su garganta?

Abrí la puerta del comedor y vi la nota… sobre la mesa, y luego… y luego… la oscuridad… nada más que sombras. Pero no hay duda. La maté… Gwennie se encuentra perfectamente en Nueva Zelanda, gracias a Dios. Buena gente aquélla. La querrán mucho por ser hija de Megan… Megan, Megan… ¡Cuánto daría por que estuviera aquí!

Es la mejor solución… No habrá escándalo… Es lo más conveniente para la niña. No puedo seguir así. Un año tras otro, de esta manera… Debo abandonarlo todo. Gwennie no sabrá nunca nada acerca de todo esto. Ella no sabrá nunca que su padre fue un asesino…

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Gwenda. Los fijó en Giles, sentado frente a ella. Pero éste miraba hacia uno de los rincones del compartimiento.

Impuesto del gesto de Gwenda, le señaló con un leve movimiento de cabeza algo.

Su compañero de viaje estaba leyendo un periódico de la tarde. En una de sus páginas exteriores pudieron ver un melodramático título: «¿Quiénes fueron los hombres de su vida?».

Lentamente, Gwenda asintió. Fijó de nuevo la vista en el Diario.

Yo sospechaba que tenía un amante. Había un hombre… Lo sé…

Capítulo XI

Los hombres de su vida

1

Miss Marple cruzó el paseo marítimo caminando a lo largo de la calle Fore para girar en dirección ascendente junto a la Arcada. Los establecimientos de esta parte de la población eran los más antiguos. Vio una tienda dedicada a la venta de lanas y otros artículos para labores femeninas, una pastelería, una tienda de tejidos de aspecto Victoriano y algunos locales más por el estilo.

Miss Marple se detuvo ante el escaparate de las lanas. Dos chicas atendían en aquellos momentos a unas clientes, pero una mujer ya mayor, al fondo de la tienda, se hallaba libre…

Abrió la puerta y entró. Tomó asiento frente al mostrador. La dependienta, una señora de grisáceos cabellos, muy agradable, le preguntó:

—¿En qué puedo servirla?

Miss Marple deseaba adquirir cierta cantidad de lana de color azul pálido para hacer una chaquetita de punto destinada a un niño. Nadie llevaba prisa allí. Se habló de diversos tonos. Miss Marple consultó incluso algunas revistas especializadas en labores y las dos mujeres hablaron de sus sobrinos y sobrinas respectivos. La dependienta no hizo ningún gesto de impaciencia. Llevaba muchos años atendiendo a clientes del corte de miss Marple. Prefería estas

parlanchinas damas, de suaves modales, a las impacientes y más bien descorteses jóvenes madres, que nunca sabían qué era lo que querían concretamente, inclinándose con frecuencia por lo barato y lo más charro.

—Sí —dijo miss Marple, finalmente—. Esto creo que irá bien. Es una marca de confianza, una lana que no se encoge. Me llevaré alguna madeja más.

La dependienta, mientras envolvía la mercancía, apuntó que hacía mucho viento aquel día.

—Es verdad. Me di cuenta de ello cuando avanzaba por el paseo marítimo. Dillmouth ha cambiado mucho. Llevaba sin venir por aquí unos… sí, unos diecinueve años.

—¿De veras, señora? Por supuesto que habrá observado muchos cambios. El «Superb» será nuevo para usted, así como el «Southview hotel».

—Esto era un lugar muy tranquilo antes. En aquella época me alojaba en casa de unos amigos. La casa se llamaba «Santa Catalina». Quizás haya oído hablar de ella. Está en la carretera de Leahampton.

Pero la dependienta sólo llevaba en Dillmouth diez años viviendo.

Miss Marple le dio las gracias por sus atenciones, cogió su paquete y entró en la tienda de tejidos de al lado. De nuevo, seleccionó una dependienta mayor. La conversación tomó un giro semejante a la anterior, con el acompañamiento de unos vestidos veraniegos. Esta vez la dependienta correspondió con curiosidad.

—Usted debe referirse a la casa de la señora Findeyson.

—Sí, sí. La tomaron amueblada unos amigos míos. Me refiero al comandante Halliday, con su esposa, y una niña… Creo recordar que…

—Sí, señora. La ocuparon durante un año, creo.

—Había estado en la India él. Tenían una cocinera excelente… Me dio una receta magnífica para el budín de manzanas y también, me parecer recordar, para el pan de jengibre. Me he preguntado muchas veces qué habrá sido de ella.

—Me imagino que está usted refiriéndose a Edith Pagett, señora. Se encuentra todavía en Dillmouth. Trabaja ahora en… Windrush

Lodge.

—Había también otra familia… ¡Ah, sí! Los Fane. Me parece que él era abogado…

—El señor Fane murió hace varios años. Su hijo, Walter Fane, vive con su madre. Sigue soltero. Ahora dirige la firma.

—¿De veras? No sé quién me dijo que Walter Fane se había ido a la India, para explotar unas plantaciones de té o algo por el estilo.

—Creo que, efectivamente, se fue allí siendo un hombre joven. Pero regresó, ingresando en la firma al cabo de uno o dos años. Siempre se han desenvuelto muy bien por aquí. La gente tiene una gran opinión de ellos. Walter Fane es un caballero muy agradable, reposado, sumamente apreciado por todos.

—Es verdad —señaló miss Marple—. Fue el prometido de la señorita Kennedy, ¿no? Luego ella rompió el compromiso y contrajo matrimonio con el comandante Halliday.

—Cierto, señora. Ella fue a la India para casarse con el señor Fane, pero después, cambió de opinión, uniéndose en matrimonio al otro caballero.

La dependienta dio a sus palabras un tono de desaprobación. Miss Marple se inclinó hacia delante, bajando la voz.

—Siempre lo sentí por el pobre comandante Halliday (yo conocía a su madre) y su pequeña. Tengo entendido que su segunda esposa lo abandonó, huyendo con alguien. Creo que era una joven muy inconstante.

—Una auténtica veleta. De su hermano, el doctor, he de decir que era un hombre muy agradable. Yo tenía reuma en una rodilla y él me curó…

—¿Con quién huyó la joven? Nunca lo he sabido.

—No puedo decírselo. Se habló de uno de los veraneantes. Sé que el comandante Halliday sufrió un duro golpe. Se fue de aquí y creo que enfermó. Su cambio, señora.

Miss Marple cogió el mismo y su paquete.

—Gracias… Me estoy preguntando si Edith Pagett… guardará todavía aquella receta para el pan de jengibre que me dio. La perdí… ¡Oh! Soy muy distraída. Y, por otra parte, el pan de jengibre me gusta mucho…

—Supongo que la recordará. ¡Ah! Su hermana vive aquí al lado.

Está casada con el señor Mountford, que se dedica a la venta de confecciones. Edith visita el establecimiento normalmente en sus días libres. Estoy segura de que la señora Mountford podrá pasarle cualquier recado…

—Buena idea. Muy agradecida por su atención.

—Ha sido un placer, señora.

Miss Marple salió a la calle.

«Una tienda clásica —pensó—. Y no puedo decir que haya malgastado mi dinero a la vista del género que acabo de adquirir, de una calidad excelente —Echó un vistazo al pequeño reloj que llevaba cogido con un bonito alfiler al vestido—. Faltan cinco minutos para mi cita con la joven pareja en "El Gato Rojo". Espero que las cosas no les hayan resultado demasiado complicadas en el sanatorio».

2

Giles y Gwenda habían elegido una mesa situada en un rincón de «El Gato Rojo». Sobre el tablero, entre ellos, se encontraba la pequeña libreta de negras pastas.

Entró miss Marple en el local.

—¿Qué desea usted tomar, miss Marple? ¿Café?

—Sí, gracias… Acompañado de algún bizcocho.

Giles dio unas indicaciones al camarero y Gwenda mostró a miss Marple la libreta.

—Primeramente, debe usted leer algunas de sus páginas. Luego, hablaremos. Esto lo escribió mi padre… cuando se hallaba en la clínica. Pero, antes de nada, Giles, dile a miss Marple lo que el doctor Penrose nos contó.

Giles atendió a la indicación de su mujer. Después, miss Marple abrió la libreta. El camarero colocó sobre la mesa tres tazas de café, unos bizcochos, varias tostadas y mantequilla. Giles y Gwenda guardaron silencio. De vez en cuando miraban a miss Marple, que

continuaba leyendo.

Finalmente, miss Marple cerró la libreta. Resultaba difícil interpretar la expresión de su rostro. Gwenda creyó advertir en su cara cierta irritación. Miss Marple había apretado los labios y sus ojos brillaron intensamente, de un modo poco apropiado para una mujer de sus años.

—Sí, claro… —murmuró.

Gwenda declaró:

—Usted nos aconsejó en una ocasión… ¿se acuerda?… que desistiéramos de seguir en esto. Ahora creo comprender el motivo de su recomendación. No obstante, hemos avanzado algo más… viniendo a parar a esto. Volvemos a hallarnos en la misma situación del principio. ¿Paramos o continuamos? ¿Qué cree usted que debemos hacer ahora?

Miss Marple movió la cabeza lentamente a un lado y a otro. Parecía sentirse preocupada, perpleja.

—No lo sé… La verdad es que no lo sé. Quizá fuera mejor desistir. ¿Qué podéis hacer vosotros, a fin de cuentas, tras haber transcurrido tantos años? Me parece que vuestra labor no puede tener nada de constructiva.

—¿Quiere usted decir que, por haber pasado tantos años, precisamente, no podremos averiguar nada? —inquirió Giles.

—¡Oh, no! No es eso lo que he querido decir —repuso miss Marple—. Diecinueve años es un período de tiempo no demasiado largo. Hay gente que se acuerda de determinadas cosas, que está en condiciones de responder a ciertas preguntas… Sí, hay muchas personas así. Los criados, por ejemplo. En su momento, habría en la casa dos, por lo menos. Y una institutriz, y un jardinero, probablemente. Hace falta un poco de tiempo y sufrir algunas pequeñas molestias para localizar a esa gente. La verdad es que ya he encontrado a una de esas personas. La cocinera… No, no se trataba de eso. La cuestión importante es: ¿qué *bien* práctico podría derivarse de vuestras indagaciones? Yo me inclinaría a pensar que… ninguno. Y sin embargo…

Miss Marple hizo una breve pausa antes de seguir:

—Sin embargo… Veréis: yo soy una mujer de reflejos lentos. El caso es que tengo la impresión de que aquí hay algo, algo no muy

tangible, que vale la pena investigar, aun a costa de ciertos riesgos, pero es muy difícil para mi decir qué es…

—Yo creo… —empezó a decir Giles.

De pronto, guardó silencio.

Miss Marple se volvió hacia él.

—A los hombres les gusta mucho meditar las cosas para verlas con entera claridad. Yo estoy segura de que tú has pensado detenidamente en todo.

—He estado reflexionando, sí —contestó Giles—. Y creo que podemos llegar a dos conclusiones. Una de ellas es la que ya he sugerido anteriormente. Helen Halliday no estaba muerta cuando Gwennie la vio en el vestíbulo. Recobró el conocimiento y huyó con su amante, fuera quien fuera éste. Así, veríamos justificados los hechos tal como los conocemos. Por ejemplo: la creencia, tan arraigada en Kelvin Halliday, de que había matado a su esposa; la desaparición de la maleta y las prendas de vestir, la existencia de la nota hallada por el doctor Kennedy.

»Ciertos puntos, sin embargo, no quedan explicados. No se explica por qué Kelvin estaba convencido de haber estrangulado a su esposa en el *dormitorio*. Y no queda cubierta, en mi opinión, una cosa que juzgo inquietante: *¿dónde se encuentra Helen Halliday ahora*? Porque a mí se me antoja muy sorprendente, contra toda razón, que no se haya vuelto a saber de Helen. Concedamos que las dos cartas por ella escritas sean auténticas… Bien. ¿Qué sucedió después? ¿Por qué no volvió a escribir? Se llevaba perfectamente con su hermano; éste, evidentemente, de siempre, había sentido mucho cariño por ella. Él podía desaprobar su conducta, pero de eso a desear no volver a tener noticias suyas… Diré más: este extremo, desde luego, ha estado siendo un motivo de preocupación por el propio Kennedy. Supongamos que él aceptó en su día la historia que nos refirió, la huida de su hermana y el derrumbamiento de Kelvin. No pensaría, seguramente, en no volver a saber de Helen. Yo creo que a medida que pasaron los años, sin tener noticias suyas, y Halliday seguía obsesionado con su idea, desembocando en el suicidio, una terrible duda empezó a anidar en su mente. Imaginemos que la historia de Kelvin respondía a la realidad, es decir, que, efectivamente, había asesinado a Helen… Ni

la menor noticia acerca de ésta. Y, seguidamente, de haber fallecido en alguna parte, en el extranjero, Kennedy lo habría sabido, de un modo u otro. Así queda explicado su interés al leer nuestro anuncio. Esperaba averiguar su paradero, saber lo que había estado haciendo. A mi juicio, una desaparición tan radical como la de Helen no es lógica, no es natural. En sí misma, se me figura altamente sospechosa.

—Estoy de acuerdo contigo —contestó miss Marple—. Ahora bien, ¿qué otra alternativa hay?

Giles habló lentamente:

—He pensado en una alternativa. Resulta fantástica, ¿sabe?, e incluso atemorizadora. Todo es debido a que implica…, ¿cómo puedo explicárselo?… cierta *malevolencia*…

Miss Marple le miraba con interés.

—Sí —corroboró Gwenda—. Cabe hablar de eso. Es algo que hasta se sale un tanto de los límites de la razón humana.

La joven pareció sentir un escalofrío.

—No me extraña —declaró miss Marple—. Hay muchas cosas raras a nuestro alrededor, más de las que la gente se imagina. He podido comprobarlo en más de una ocasión…

Miss Marple adoptó una actitud reflexiva.

—No puede ser ésta una explicación *normal* —manifestó Giles—. Pienso ahora en una fantástica hipótesis. Supongamos que Kelvin Halliday no mató a su esposa y que se figuró en cambio, que le había dado muerte. Esto es lo que el doctor Penrose, que parece ser una persona honesta, desea pensar, evidentemente. He aquí su primera impresión de Halliday: se enfrenta con un hombre que ha matado a su esposa y que quiere entregarse a la Policía. Luego, acepta la opinión de Kennedy de que no hubo nada de eso de manera que, ineludiblemente, cree que Halliday era víctima de un complejo, o de una obsesión, o como se llame tal cosa en su jerga profesional… pero no le agrada semejante solución. Tiene experiencia como psiquiatra y Halliday no encaja en el tipo de enfermo abocado a una manía como la suya. Al conocer a Halliday mejor, se da cuenta de que no es un hombre de los capaces de estrangular a una mujer mediando una provocación. Acepta la hipótesis de la obsesión, pero con sus dudas. Y esto significa

realmente que sólo una hipótesis explicará el caso: *alguien* indujo a Halliday a pensar que había matado a su esposa. Así es como llegamos a X.

«Repasando lo hechos cuidadosamente, yo diría que esta hipótesis es posible, por lo menos. Según su propio relato, Halliday entró en la casa aquella noche, pasó al comedor y tomó una copa, *como hacía habitualmente*… Seguidamente, penetró en la habitación contigua, vio una nota sobre la mesa y… su memoria se oscureció de repente.

Giles calló momentáneamente. Miss Marple inclinó la cabeza, con un gesto de aprobación. Él continuó diciendo, luego:

—Digamos que lo último fue una cosa natural, que se trataba, simplemente, de los efectos de una droga puesta en el whisky. La siguiente etapa se ve claramente, ¿no? X había estrangulado a Helen en el vestíbulo, llevándosela luego arriba, disponiéndolo todo para que se pensara en un *crime passionnel*… Es lo que ve Kelvin al recobrar su lucidez mental. El pobre diablo, que se ha visto atormentado anteriormente por los celos, *cree que aquello es obra suya*. ¿Qué hace a continuación? Va en busca de su cuñado, en el otro extremo de la población, a pie. Y tal circunstancia proporciona a X el tiempo necesario para hacer otra treta. Coge una maleta, en la que guarda unas prendas de vestir, y se lleva el cadáver… Sin embargo —añadió, Giles, abatido—, no acierto a comprender qué pudo hacer con el cuerpo.

—Me sorprende mucho en ti tal manifestación —declaró miss Marple—. Yo diría que ese problema presenta pocas dificultades. Pero, por favor, sigue.

—«*¿Quiénes fueron los hombres de su vida*»? —citó Giles—. Leí esta frase en un periódico, cuando regresábamos en el tren. Pensé que en esta cuestión radicaba, quizá, la clave del enigma. Si existe un X, como suponemos, todo lo que sabemos acerca de él es que estaba loco por Helen, completamente loco.

—Por cuya razón —agregó Gwenda— odiaba a mi padre y deseaba verlo sufrir.

—Sabemos qué clase de mujer era Helen… —apuntó Giles.

—Una mujer a la que agradaban los hombres con exceso —completó Gwenda.

Miss Marple levantó la vista de pronto, fue a decir algo, pero calló.

—Sabemos, además, que era una bella mujer. No tenemos, sin embargo, ninguna pista relativa a los hombres que pudo haber en su vida, aparte del esposo. Serían muchos, quizá.

Miss Marple denegó con un movimiento de cabeza.

—No, no es posible. Era joven. Hablemos con precisión, en la medida de lo posible. Sabemos algo acerca del capítulo de «los hombres de su vida», como has dicho tú, Giles. Podemos referirnos al hombre con quien iba a casarse…

—¡Ah, sí! El abogado. ¿Cuál era su nombre?

—Walter Fane —contestó miss Marple.

—Hay que descartarlo. Se encontraba en Malasia, en la India, no sé dónde, concretamente.

—¿De verás? Abandonó el asunto de las plantaciones de té —subrayó miss Marple—. Regresó a Inglaterra, ingresando en la firma de la que ahora es director.

Gwenda preguntó:

—¿Seguiría a Helen hasta aquí?

—Pudo haberlo hecho. No sabemos nada al respecto.

Giles dirigió a la anciana una mirada de curiosidad.

—¿Cómo se ha enterado usted de eso?

Miss Marple sonrió, como excusándose.

—He estado chismorreando un poco. He visitado algunas tiendas… He esperado en las colas de los autobuses. La mujeres entradas en años, como yo, suelen hacer preguntas a diestro y siniestro. Es así como una se entera de las habladurías locales.

—Walter Fane —dijo Giles, pensativo—. Helen lo rechazó. Esto pudo suscitar cierto rencor en él. ¿Se casó más tarde?

—No —contestó miss Marple—. Vive con su madre. Este fin de semana tomaré el té con ella.

—Conocemos la existencia de otra persona también —recordó Gwenda repentinamente—. El doctor Kennedy nos habló de un individuo, de un tipo indeseable que tuvo que ver con ella al abandonar Helen el colegio… ¿Indeseable, por qué?

—Dos son los hombres, pues —resumió Giles—. Cualquiera de ellos pudo llegar a odiarla, a pensar en tramar cualquier cosa… Tal

vez el primer joven padeciera alguna enfermedad mental.

—El doctor Kennedy podía informarnos —dijo Gwenda—. Esta clase de preguntas, no obstante, son delicadas. Me explicaré… Nada tiene de particular que yo pregunte detalles sobre mi madrastra, a la que apenas puedo recordar. Ahora bien, querer ahondar en sus asuntos amorosos me parece excesivo…

—Probablemente, habrá otros medios para informarse —declaró miss Marple—. ¡Oh, sí! Estoy convencida de que con tiempo y paciencia seremos capaces de enterarnos de todo.

—Sea como fuere, tenemos dos posibilidades —señaló Giles.

—Creo que podemos pensar en una tercera —dijo miss Marple —. Sería ésta, desde luego, una pura hipótesis, pero justificada, a mi entender, por el giro de los acontecimientos.

Gwenda y Giles miraron a la anciana, ligeramente sorprendidos.

—Es sólo una sugerencia —aclaró miss Marple, un poco ruborizada—. Helen Kennedy viajó a la India para casarse con el joven Fane. Seguramente no se hallaba locamente enamorada de éste, pero debía tenerle algún afecto, decidiendo unir su vida a la de él. Aun así, tan pronto llega allí, rompe el compromiso y telegrafía a su hermano para que le envíe dinero, con el fin de emprender el regreso. Bueno… ¿Por qué?

—Supongo que cambió de opinión —manifestó Giles.

Miss Marple y Gwenda miraron al joven con cierto desdén.

—Claro que cambió de opinión —confirmó la segunda—. Eso ya lo sabemos. Miss Marple pregunta… ¿por qué?

—Me imagino que las chicas, a veces, cambian de opinión — repuso Giles vagamente.

—*En ciertas circunstancias* —dijo miss Marple.

Algunas ancianas, con una declaración mínima, pueden sugerir mucho. Miss Marple era una de ellas.

—Cualquier cosa que hiciera… —apuntó oscuramente Giles.

Gwenda le interrumpió.

—¡Claro! ¡Otro hombre!

Ella y miss Marple intercambiaron una expresiva mirada. Eran como dos personas a las que se hubiera concedido el derecho a formar parte de una sociedad secreta de la cual estaban excluidos los hombres.

Gwenda añadió, segura de sí misma:

—¡En el buque! ¡Al salir!

—Lo primero que encuentra, ya se sabe… —dijo miss Marple, oscuramente.

—Una cubierta bañada por la luz de la luna —explicó Gwenda —, y todo lo demás. Ahora, esto debió ser algo serio. No hay que pensar en un pasajero idilio…

—Yo también pienso que fue un asunto serio —indicó miss Marple.

—En tal caso, ¿por qué no se casó con él? —preguntó Giles.

—Quizá se mostrara el hombre indiferente. —Gwenda movió la cabeza a un lado y a otro—. No. En estas condiciones todavía se habría casado con Walter Fane. ¡Oh! Soy una estúpida. Está claro: era un individuo casado…

Gwenda miró a miss Marple con aire triunfal.

—Exactamente —contestó la anciana—. Así es como yo he reconstruido la historia. Los dos se enamoraron, locamente quizá. Pero siendo él un hombre casado, con hijos probablemente, siendo, tal vez, un joven honorable… Bueno, eso habría supuesto el fin de todo.

—Y Helen renunciaría a su propósito inicial, a casarse con Walter Fane —remató Gwenda—. Entonces, telegrafió a su hermano, regresando. Sí, esto encaja bien. Y durante el viaje de vuelta, en el barco, conoció a mi padre…

Guardó silencio para reflexionar antes de añadir:

—Ambos se sintieron mutuamente atraídos… Allí estaba yo. Los dos se sentían desgraciados y se dedicaron a consolarse el uno al otro. Mi padre habló de mi madre y quizá ella llegara a referirse al otro hombre. Sí, claro. —Gwenda buscó una de las páginas del Diario—. *«He de ser sincero conmigo mismo. Yo sospechaba que tenía un amante. Había un hombre… Lo sé… Me contó algunas cosas cuando nos encontrábamos todavía en el barco… Era un hombre a quien amaba y con el que no podía casarse»*. Sí, eso es… Helen y mi padre tenían unos puntos comunes. Yo, por otro lado, constituía una preocupación para él… Helen pensó que podría hacerle feliz, que quizás ella misma acabara siendo feliz también.

Gwenda miró a miss Marple, como brindándole en silencio sus

conclusiones.

Giles parecía un tanto exasperado.

—Mi querida Gwenda: te has imaginado un puñado de cosas, considerando luego que han sucedido realmente.

—Estoy segura de que sucedieron. Tuvo que ser todo como he dicho. Ya poseemos una tercera identidad para X.

—¿Te refieres a…?

—Me refiero al hombre casado. No sabemos cómo era. Es posible que no tuviera nada de agradable. Quizá no anduviera bien de la cabeza. Pudo haberla seguido hasta aquí…

—Lo has presentado dirigiéndose a la India.

—Hay quien regresa de allí también, ¿no? Es el caso de Walter Fane, que volvió un año más tarde, casi. Yo no digo que ese hombre regresara, pero afirmo que existe tal posibilidad. Hemos querido reparar en los hombres de su vida. Bien. Ya tenemos tres: Walter Fane, un joven cuyo nombre desconocemos, y el tercero: un hombre casado…

—Cuya existencia ignoramos —remató Giles.

—Insistiremos en nuestras averiguaciones —repuso Gwenda—. ¿No es así, miss Marple?

—Con tiempo y paciencia —señaló miss Marple—, podremos enterarnos de muchas cosas. Vayamos ahora con mi aportación personal. Gracias a una breve conversación en el marco de un establecimiento de la localidad, me he enterado de que Edith Pagett, que trabajó como cocinera en «Santa Catalina» en la época que a nosotros nos interesa, se encuentra en Dillmouth. Su hermana está casada con un comerciante de aquí. A mí me parece, Gwenda, que podrías visitarla con la mayor naturalidad. Puede ser que nos refiera algo que valga la pena.

—¡Magnífico! —exclamó Gwenda—. Se me ha ocurrido algo más… Pienso hacer un nuevo testamento. No te pongas tan serio, Giles. Sigo con la idea de dejarte todo mi dinero. Lo que deseo es valerme de Fane para eso.

—Sé prudente, Gwenda.

—Nada más normal que la decisión de hacer testamento. Mi manera de abordar la cuestión es correcta. De todos modos, lo que yo quiero es verle. Deseo ver cómo es, y si estimo que

posiblemente…

Gwenda no acabó de expresar su pensamiento.

—Lo que a mí me sorprende —declaró Giles— es que no haya contestado nadie más a nuestro anuncio… Por ejemplo, esa Edith Pagett…

Miss Marple movió la cabeza.

—En estos sitios, la gente necesita disponer de tiempo a la hora de tomar una decisión, tratándose de asuntos como el que estudiamos —dijo—. Las mujeres, al igual que los hombres, se muestran recelosas. Y unas y otros gustan de pensarse bien las cosas…

Capítulo XII

Lily Kimble

Lily Kimble extendió sobre la mesa de la cocina unas cuantas hojas de periódicos atrasados. Disponíase a colocar sobre ellos la sartén que tenía al fuego, en la que se estaban friendo las patatas. Tarareando una cancioncilla de moda, se inclinó distraídamente, leyendo algunos de los anuncios.

De pronto se quedó callada. Luego, dijo:

—¡Jim! ¡Jim! Escucha esto, ¿quieres?

Jim Kimble, hombre ya mayor de pocas palabras, estaba lavando en aquellos momentos unos platos en el fregadero. Para contestar a su esposa se valió de su monosílabo favorito.

—¿Sí?

—Es un anuncio de la prensa. Se pide aquí que a quien sepa algo acerca de Helen Spenlove Halliday, Kennedy de soltera, se ponga en contacto con los señores Reed & Hardy, de Southampton Row… A mí me parece que se trata de la señora Halliday, a cuyo servicio estuve en «Santa Catalina». Compró la casa a la señora Findeyson. Eran ella y su marido. Se llamaba Helen, en efecto, siendo hermana del doctor Kennedy, quien me operó en cierta ocasión de vegetaciones.

Se produjo una pausa. La señora Kimble dio unos expertos toques a las patatas de la sartén. Jim Kimble estaba secándose ahora las manos en una toalla.

—Esta hoja del periódico debe ser de hace unos días —manifestó la señora Kimble. Estudió la fecha—. En efecto, es de hace una

semana. ¿A qué vendrá todo esto? ¿Crees que puede haber dinero por en medio, Jim?

El señor Kimble produjo un sonido especial que no quería decir nada.

—Quizá se trate de un testamento —especuló su esposa—. Claro que ha pasado mucho tiempo…

—¿Sí?

—Dieciocho o diecinueve años, seguramente… ¿Para qué removerán eso ahora? ¿Tú crees que puede ser cosa de la policía, Jim?

—¿Por qué? —inquirió el señor Kimble, siempre lacónico.

—Bueno, tú sabes qué fue lo que pensé siempre —declaró la señora Kimble, con aire misterioso—. Te lo dije en su día, al salir de allí. Al parecer, ella se había ido con otro. Es lo que dicen todos los maridos cuando se deshacen violentamente de sus esposas. Es lo que te indiqué a ti, y también a Edie, pero Edie se negó a admitirlo con la intención que di a mis palabras. Edie no tuvo nunca mucha imaginación.

»Estaba la cuestión de las prendas de vestir que, supuestamente, se había llevado ella… Sin embargo, no tenía sentido que guardara las que guardó en una maleta y un bolso, también desaparecidos. Fue entonces cuando dije a Edie: "Acuérdate de esto: el señor asesinó a su esposa, enterrando el cadáver en el sótano".

»Bueno, no tuvo que ser en el sótano, ya que Layonee, la institutriz suiza, había visto algo al asomarse a una ventana. Se fue conmigo al cine, aunque se le tenía ordenado que no se separara de la niña… Para convencerla de que debía acompañarme le recordé lo que ya sabía, que la pequeña era de "oro", que no solía despertarse por la noche. "Y la señora nunca entra en su cuarto de noche —añadí—. Nadie se enterará de que has salido conmigo". Y me hizo caso.

»Cuando entramos en la casa había todo un cuadro allí. El doctor se encontraba en la vivienda. El señor estaba enfermo, acostado, atendido por el médico. Éste me preguntó por las ropas. Todo parecía explicable. Pensé que ella había huido en compañía de aquel hombre que tan agradable le resultaba, por lo que yo había visto… Un hombre casado, además. Edie dijo que esperaba no verse

envuelta en un caso de divorcio… ¿Cómo se llamaba él? Su nombre empezaba por M, creo recordar… O por R… ¡Válgame Dios! ¡Y cómo pierde una la memoria!

El señor Kimble, desentendido por completo de este monólogo, preguntó si tenía ya su cena preparada.

—Voy a terminar con las patatas… Espera… Conservaré esta hoja de periódico. No creo que ande la policía por en medio. Ha transcurrido mucho tiempo. Tal vez sea todo cosa de unos abogados que actúan por motivos de una herencia, de dinero. Me gustaría disponer de alguien con quien consultar… Aquí hay unas señas de Londres… No sé si debo dar este paso. ¿Tú qué piensas, Jim?

El señor Kimble estaba pendiente de sus patatas fritas y del plato de pescado.

La decisión fue aplazada…

Capítulo XIII

Walter Fane

1

Gwenda, al otro lado de la gran mesa de caoba, fijó la vista en el rostro del señor Fane.

Era un hombre de unos cincuenta años de edad, de aire fatigado, con una cara de rasgos corrientes. Gwenda, se dijo que era el tipo clásico difícil de recordar después de haberlo conocido accidentalmente… Tratábase de un hombre carente de personalidad, como suele decirse hoy. Su voz era suave, agradable. Gwenda decidió que debía de ser un profesional eficiente.

Echó un vistazo a su alrededor. Se encontraba en el despacho de la persona que dirigía la firma. La estancia se acomodaba al físico de Walter Fane. Los muebles eran anticuados, pero de gran solidez. Las paredes estaban cubiertas en su casi totalidad por archivadores ordenadamente apilados en estantes. En sus lomos figuraban nombres muy respetables de la región: sir John Vavasour-Trench, lady Jessup, Arthur Foulkes…

Las grandes ventanas de guillotina, cuyos vidrios se veían bastante sucios, daban a un patio de forma cuadrada flanqueado por los macizos muros del edificio contiguo, una construcción de siglo XVII. No había allí nada relevante o moderno, pero tampoco se encontraba nada sórdido. Los objetos de la mesa estaban en

desorden. Una serie de libros sobre leyes se apilaban en precario equilibrio en una estantería. Aquél era un lugar de trabajo, evidentemente, en el que su usuario, pese a cierta aparente anarquía en algunos detalles, sabía hacia dónde tenía que alargar la mano para encontrar lo que necesitaba.

El suave rasgueo de la pluma de Walter Fane sobre el papel cesó. Sonrió agradablemente, fijando la vista en su visitante.

—Creo que todo ha quedado bien claro, señora Reed —manifestó—. Este testamento es de los más sencillos. ¿Cuándo desea pasar por aquí para firmarlo?

Gwenda le pidió que fijara él una fecha. No tenía prisa.

—Hemos adquirido una casa aquí, ¿sabe usted? «Hillside».

Walter Fane contestó, mirando sus notas:

—Ya. Acaba usted de darme las señas.

En su voz no se había operado el menor cambio.

—La casa es preciosa —informó Gwenda—. Nosotros nos sentimos muy a gusto en ella.

—¿De veras? —inquirió Walter Fane, siempre sonriente—. ¿Se encuentra junto al mar?

—No. Creo que antes se llamaba de otro modo… Sí. «Santa Catalina».

El señor Fane se quitó las gafas. Limpió los vidrios con un pañuelo de seda, con la vista fija en el tablero de la mesa.

—¡Ah, ya! En la carretera de Leahapton, ¿verdad?

Al mirarla, Gwenda pensó en lo diferentes que parecen las personas que normalmente usan gafas cuando no las llevan. Sus ojos, de un gris pálido, daban la impresión de ser extrañamente débiles, de no «enfocar» nada.

La joven se dijo también que su rostro presentaba a Walter Fane como ausente por completo de allí.

El abogado volvió a ponerse las gafas. Con el tono de voz preciso, característico del profesional de las leyes, dijo:

—Me ha dicho usted que hizo testamento con ocasión de su matrimonio, ¿verdad?

—Sí. En él dejaba algunas cosas a varios parientes de Nueva Zelanda, fallecidos posteriormente. Entonces, pensé que lo más simple era hacer otro nuevo en su totalidad, sobre todo después de

haber decidido establecernos permanentemente aquí.

Walter Fane asintió.

—Una decisión muy sensata. Creo que todo está claro, señora Reed. ¿Qué le parece para venir por aquí la fecha de pasado mañana? ¿Le vendrá bien a las once?

—Sí, muy bien.

Gwenda se puso en pie. Walter Fane hizo lo mismo.

Ella dijo ahora, adoptando la actitud previamente ensayada:

—He recurrido precisamente a usted… porque… tengo entendido que… usted conoció años atrás a… mi madre.

—¿De verás? —Walter Fane hizo su tono más cálido—. ¿Cómo se llamaba ella?

—Megan Halliday. Creo… Me han dicho que… fueron ustedes prometidos…

Oyóse el tic-tac de un reloj de pared. Uno, dos, uno, dos, uno, dos…

Gwenda notó de repente que su corazón latía aceleradamente. ¡Qué rostro de rasgos tan inmóviles el de Walter Fane! Hacía pensar en una casa con todas las cortinas echadas, con sus ventanas cerradas. Eso equivalía a una vivienda con un cadáver en su interior. («¡Pero qué pensamientos tan estúpidos se te ocurren, Gwenda!»).

Walter Fane, con voz serena, declaró:

—Pues no, señora Reed, no llegué a conocer a su madre. En cambio, estuve comprometido, durante un corto período, con Helen Kennedy, quien contrajo matrimonio luego con el comandante Halliday, del que fue su segunda esposa.

—¡Oh! ¡Qué tonta soy! Me he explicado mal. Era Helen… mi madrastra. Desde luego, es que ha pasado mucho tiempo. Yo era una niña cuando se deshizo el segundo matrimonio de mi padre. Pero yo he oído contar a no sé quién que usted fue prometido de la señora Halliday en la India… Me confundí, pensando en mi madre, a causa de este país… Mi padre la conoció allí.

—Helen Kennedy viajó a la India para casarse conmigo —contestó Walter Fane—. Luego, cambió de opinión. En el buque de regreso conoció a su padre.

Fue ésta una declaración fría, sin la menor inflexión emocional.

Gwenda continuaba pensando en la casa de las ventanas herméticamente cerradas.

—Lo siento. Puedo haberle molestado con mi curiosidad.

Walter Fane sonrió. Éste era su gesto más agradable. Las ventanas se abrían…

—Todo esto sucedió hace diecinueve o veinte años, señora Reed —declaró—. Después de haber transcurrido tanto tiempo, los conflictos sentimentales de la juventud no significan ya mucho para uno. Así, pues, es usted la hija de Halliday. Usted sabrá que su padre y Helen vivieron en Dillmouth durante algún tiempo…

—¡Oh, sí! Por eso vinimos nosotros aquí. Yo no tenía muchos recuerdos de este lugar, naturalmente, pero al decidir quedarnos en Inglaterra visitamos Dillmouth primeramente para ver cómo era la población. La encontramos tan atractiva que ya no pensamos en otro sitio. ¿Y no le parece una suerte que hayamos ido a parar a la misma casa en que vivimos hace tantos años?

—Me acuerdo de esa casa —informó Walter Fane, risueño—. Usted no me recordará, lógicamente, señora Reed, pero lo cierto es que de pequeña ha paseado más de una vez sobre mis hombros.

Gwenda se echó a reír.

—¿Sí? Pues entonces debo considerarlo un viejo amigo… Claro, no puedo acordarme de usted… Tendría yo entonces dos años y medio, o tres, todo lo más… ¿Había usted regresado por aquellas fechas de la India, para pasar aquí sus vacaciones, quizá?

—No. Renuncié a la India para siempre. Había ido allí para probar suerte explotando unas plantaciones de té. Al final, seguí los pasos de mi padre, convirtiéndome en un prosaico abogado de provincias, condenado a vivir una existencia rutinaria. Como había hecho mis estudios con anterioridad, no tuve más que ponerme a trabajar en la firma. Desde entonces, no me he movido de aquí.

Walter Fane hizo una pequeña pausa, repitiendo, en voz baja:

—Sí… Desde entonces.

«Después de todo —pensó Gwenda—, dieciocho años no es un período tan dilatado como se obstina en ver».

Repentinamente, Walter Fane pareció cambiar de actitud.

—Puesto que somos viejos amigos, por lo que hemos visto, ¿por qué no visita a mi madre en compañía de su marido? Pueden

reunirse a la hora del té cualquier día. Le diré que les escriba. Entretanto, ¿la espero aquí el jueves, a las once?

Gwenda salió del despacho, empezando a bajar por la escalera. Descubrió una telaraña en un rincón del descansillo. En el centro se encontraba el insecto, pálido, indefinible. No parecía una araña auténtica, se dijo Gwenda. No era una araña de las gordas, de las que cazan moscas para devorarlas. Allí podía hablarse del fantasma de una araña. Algo semejante a Walter Fane, en efecto.

2

Giles y su esposa se encontraron en el muelle.

—¿Y bien? —preguntó él.

—Se encontraba aquí, en Dillmouth, en aquel tiempo —repuso Gwenda—. Quiero decir que había regresado de la India. Solía montarme en sus hombros… No es posible que ese hombre haya asesinado a nadie. Es demasiado sereno. Es una de esas personas que suelen pasar inadvertidas en todas partes. Me recuerda a esos hombres, o mujeres, que alternan normalmente, pero que en las reuniones nadie nota cuando se van. Yo diría que es un individuo muy recto, que ha dedicado su vida a su madre, que alberga numerosas virtudes. Desde el punto de vista femenino, no obstante, estos seres resultan terriblemente aburridos. Comprendo ya por qué no llegó a entenderse con Helen. Hubiera sido, probablemente, un buen marido… aunque poco apetecible.

—Un pobre diablo —resumió Giles—. Y me imagino que estaría loco por Helen.

—¡Oh, no sé! No creo… De todos modos, no debe de ser nuestro perverso asesino. No encaja en la idea que tengo yo del criminal.

—En definitiva, ¿a cuántos criminales has conocido tú, cariño?

—¿Qué quieres decir?

—Pues mira, estaba pensando en estos momentos en la inconmovible Lizzie Borden, absuelta por el jurado. Y en Wallace,

un hombre muy tranquilo, señalado por un jurado como el asesino de su esposa, aunque la sentencia fue anulada posteriormente, al ser cursada la apelación. También me he acordado de Armstrong, tenido por todo el mundo durante años como un tipo amable, inofensivo. No creo que los criminales respondan a un tipo especial.

—No puedo pensar que Walter Fane…

Gwenda calló de pronto.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Se estaba acordando de Walter Fane en el acto de pulir los cristales de sus gafas, y también de su cara y fija mirada, como sin ver, de sus ojos, la primera vez que ella aludiera a la casa con el nombre de «Santa Catalina».

—Puede ser —añadió, vacilante— que Walter Fane estuviese loco por ella…

Capítulo XIV

Edith Pagett

La salita que la señora Mountford tenía en la parte posterior de la casa era muy confortable. Había allí una mesa redonda, cubierta con un paño, y varios sillones de traza antigua, así como un severo y sorprendente blanco sofá arrimado a una de las paredes. En la repisa de la chimenea veíanse unos perritos de porcelana y otras piezas de adorno, así como unos retratos iluminados y enmarcados de las princesas Elizabeth y Margaret Rose.

En otra pared estaba el rey con uniforme de la Armada, no lejos de una foto en la que el señor Mountford formaba parte de un grupo de panaderos y confiteros. Había, asimismo, un cuadro formado con conchas marinas, y una acuarela con el mar de Capri, intensamente verde. Se descubrían allí otras muchas cosas, ninguna de ellas con pretensiones de ser especiales o de carácter extraordinario, pero en conjunto la salita era muy grata.

La señora Mountford, Pagett de soltera, era de corta talla y redonda. En sus oscuros cabellos campeaban algunos mechones grisáceos. Su hermana, Edith Pagett, era alta, morena y delgada. Sus cabellos se mantenían negros, pese a rondar ya la cincuentena.

—¡Quién había de decírmelo! —exclamó Edith Pagett—. La pequeña señorita Gwennie… Tiene usted que dispensar algunas de mis expresiones, señor, pero es que todo esto me remonta a muchos años atrás. Usted solía entrar en la cocina para pedirme un racimo de uva, o cualquier otra fruta, valiéndose para ello de nombres que a mí me costaba trabajo descifrar…

Gwenda escrutó aquella recta figura, las rojas mejillas, los negros ojos, intentando recordar, recordar… Pero no se le venía nada a la memoria.

—¡Cuánto daría yo por poder recordar…! —exclamó.

—Lo más lógico es que no se acuerde de nada. Usted era entonces una criatura. Actualmente, nadie quiere servir en una casa en la que haya niños. No lo comprendo. Los chiquillos dan vida a aquéllas. Así pienso yo. Claro que a la hora de las comidas, con los pequeños siempre hay buenos zafarranchos. De estas complicaciones, la culpa, normalmente, es de quien cuida de ellos. Las niñeras son siempre muy difíciles. ¿Se acuerda usted de Layonee, miss Gwennie? Bueno, he querido decir señora Reed…

—¿Layonee? ¿Fue mi niñera?

—Una chica suiza… No hablaba muy bien el inglés. Era muy sensible. Lloraba cuando Lily le decía algo que no le gustaba. Lily era la doncella. Era joven, descarada, y bastante frívola. Jugaba frecuentemente con usted, Miss Gwennie, al escondite, en la escalera…

Gwenda no pudo impedir un escalofrío.

En la escalera…

De pronto, anunció:

—Ya me acuerdo de Lily. Le puso un lazo al gato…

—¡Es curioso que se acuerde usted de eso! Ocurrió el día de su cumpleaños. Lily dijo que «Thomas» había de contar con el lazo. Aprovechó la cinta de seda de una de las cajas de bombones. «Thomas» pareció enloquecer. Salió disparado hacia el jardín, restregándose contra los matorrales, hasta que se deshizo del lazo. A los gatos no les gustan ciertas bromas.

—Era un gato blanco y negro.

—Es verdad. ¡Pobre «Tommy»! No se le escapaba un ratón… —Edith Pagett hizo una pausa, tosiendo brevemente—. Perdone que me muestre tan parlanchina, señora. Estos detalles me han hecho pensar en los viejos tiempos. ¿Deseaba usted preguntarme algo?

—Me gusta oír hablar de los viejos tiempos —manifestó Gwenda —. Era lo que yo pretendía, precisamente. Yo me crié en Nueva Zelanda, con unos familiares que no estaban en condiciones de informarme a fondo acerca de mi madrastra, de mi padre… Ella era

una mujer muy agradable, ¿no?

—A usted la quería mucho. ¡Oh, sí! La llevaba a la playa, jugaba con usted en el jardín. Era muy joven. Una muchacha, verdaderamente. Yo creo que disfrutaba tanto como usted cuando jugaban. En cierto modo, fue como una hija única… Sí, porque el doctor Kennedy, su hermano, le llevaba muchos años y siempre andaba enfrascado en sus libros. Cuando no estaba en el colegio se veía obligada a jugar sola…

Miss Marple inquirió:

—¿Siempre ha vivido usted en Dillmouth?

—¡Oh, sí señora! Mi padre era el dueño de la granja que hay al otro lado de la colina, la de Rylands, como fue siempre llamada. Al morir él, mi madre la vendió… Hubiera necesitado tener algún hijo varón para continuar explotándola. Con el dinero que obtuvo compró el pequeño establecimiento situado en un extremo de la calle High. Aquí me he pasado la vida, efectivamente.

—Supongo que con relación a Dillmouth pocas serán las cosas que usted ignore…

—Dillmouth era antes una población muy pequeña, si bien ha acogido un gran número de veraneantes todos los años. Aquí siempre ha venido gente tranquila, no esos tipos alborotadores que padecemos en la actualidad. Aquéllas eran familias excelentes, que ocupaban invariablemente las mismas casas y pisos año tras año.

—Me imagino —aventuró Giles— que usted conoció a Helen Kennedy antes de que se convirtiera en la señora Halliday…

—La conocía, es decir, la había visto en un sitio y otro, pero para trabar relación con ella hube de entrar a su servicio.

—¿Era una persona de su agrado? —preguntó miss Marple.

Edith Pagett se volvió hacia la anciana.

—Sí, señora —repuso. Había un aire de reto en su actitud—. No me importa lo que haya dicho otra gente. Siempre fue muy amable conmigo. Nunca creí que llegara a hacer lo que hizo. Me dejó asombrada… Aunque se ha hablado mucho…

Edith Pagel guardó silencio al llegar aquí, mirando a Gwenda como si deseara excusarse.

La joven habló impulsivamente.

—Quiero estar informada —declaró—. Por favor, no piense que

voy a tomar a mal lo que diga. No era mi madre, a fin de cuentas…

—Es verdad, señora.

—Tenemos mucho interés en… localizarla. Desapareció de aquí y nadie ha vuelto a saber de ella. No sabemos dónde vive. Ni siquiera sabemos si sigue con vida. Y hay razones…

Gwenda vaciló, intervino Giles rápidamente en este punto.

—Razones de puro carácter legal. Ignoramos si hemos de considerarla muerta o…

—Le comprendo, señor. Después de lo de Ypres desapareció el marido de una prima mía y hubo sus complicaciones antes de que fuera declarado muerto. Aquello fue una prueba para ella. Naturalmente, si yo puedo serles útil de alguna manera… Ustedes no son para mí unos desconocidos; no debo considerarles como tales. Está por en medio Miss Gwenda…

—Muchas gracias —respondió Giles—. Si no le importa, empezaré a hacerle preguntas. La señora Halliday abandonó el hogar inesperadamente, de pronto, tengo entendido…

—Sí. Aquello fue un terrible golpe para todos, especialmente para el comandante. ¡Pobre hombre! Se derrumbó para siempre.

—¿Con quién huyó? ¿Tiene usted alguna idea sobre el particular?

Edith Pagett contestó que no con un movimiento de cabeza.

—El doctor Kennedy me hizo la misma pregunta…, que no pude responder. Lo mismo le pasó a Lily. Y Layonee, una extranjera al fin y al cabo, tampoco sabía una palabra sobre el particular.

—Bien. ¿No podría usted hacer una suposición? —insistió Giles —. Ha pasado ya tanto tiempo de todo eso que aún en el caso de que fuese errónea no tendría mucha importancia… Seguramente, usted sospecharía de alguien.

—Todos teníamos nuestras sospechas… Pero no pasamos de ahí. Por lo que a mí respecta, nunca vi nada. Lily, en cambio, una chica que, como ya creo haberle dicho, era muy vivaracha, tenía sus ideas personales, desde hacía algún tiempo. «Fíjate en lo que voy a decirte —solía comentar—: ese hombre está colado por ella. No hay más que ver cómo la mira cuando la señora sirve el té. ¡Y mientras tanto, su mujer lo asesinaría con la mirada si pudiera!».

—¿Y quién era ese… hombre?

—No recuerdo su nombre. Como usted ha dicho, han pasado muchos años. Era el capitán… Esdale… No. Se llamaba… Emery… Tampoco. Me parece recordar que su nombre empezaba por una E. O quizá fuera una H. No era el suyo un nombre corriente. Él y su esposa se hospedaban en el «Royal Clarence».

—¿Eran unos veraneantes más?

—Sí, pero a mí me parece que él, o los dos quizá, conocían a la señora Halliday de antes. Venían por la casa con frecuencia. De todos modos, de acuerdo con lo que decía Lily, él estaba enamorado de la señora Halliday.

—Y a su esposa lo que veía le disgustaba, naturalmente…

—Claro. Ahora, yo nunca pensé que allí hubiera algo censurable. Y todavía no sé a qué atenerme…

Gwenda inquirió:

—¿Continuaban estando hospedados en el «Royal Clarence»… cuando Helen… cuando mi madrastra huyó del hogar?

—Por lo que yo recuerdo, se fueron de aquí al mismo tiempo, un día antes o un día después. La coincidencia dio lugar a algunas murmuraciones. Nunca oí afirmar nada concreto, sin embargo, todo fue llevado muy en secreto, si es que hubo algo. La inesperada desaparición de la señora Halliday produjo una gran sorpresa. Pero la gente decía que siempre había sido un tanto ligera de cascos, cosa que nunca pude comprobar personalmente. No hubiera estado dispuesta de ninguna manera a irme con ellos a Norfolk, de lo contrario.

Por un momento, los tres clavaron sus miradas en Edith Pagett.

—¿Norfolk, ha dicho usted? —preguntó luego Giles—. ¿Pensaban irse a Norfolk?

—Sí, señor. Compraron una casa allí. La señora Halliday me habló de ello tres semanas antes… de que pasara lo que pasó. Me preguntó si quería seguir con ellos cuando se mudaran. Me dije que no me vendría mal un cambio de aires, pues no había salido nunca de Dillmouth. Y como la familia era de mi agrado…

—Es la primera noticia que tengo acerca de esa casa de Norfolk —manifestó Giles.

—En lo tocante a ello, la señora Halliday parecía mostrarse reservada. Me pidió que no hablara del asunto, así que callé… Lo

cierto es que llevaba algún tiempo queriendo salir de Dillmouth. Se lo había propuesto al comandante Halliday, pero él se sentía a gusto aquí. Creo que llegó incluso a escribir a la señora Findeyson, la dueña de «Santa Catalina», preguntándole si abrigaba el propósito de vender la casa. La señora Halliday se opuso radicalmente a la compra de la misma. Daba la impresión de haberse vuelto contra Dillmouth. Era como si le inspirara temor continuar viviendo en ella.

Edith Pagett había hablado con toda naturalidad, pero ahora las tres personas que la escuchaban mirándola con redoblada atención.

—¿Y no pensó usted nunca que ella quería irse a Norfolk con objeto de estar más cerca de… de ese amigo de la familia cuyo nombre no puede recordar? —inquirió Giles.

Edith Pagett pareció sentirse ofendida.

—Nunca me hubiera permitido pensar tal cosa, señor. No creo que… Bueno, ahora me acuerdo que aquel caballero y aquella dama procedían del Norte… De Northumberland, me parece. A ellos les agradaba pasar sus vacaciones en el Sur, por la suavidad del clima.

—A ella le atemorizaba algo, ¿no? O alguien, quizá. Me refiero a mi madrastra —señaló Gwenda.

—Ahora que dice usted eso recuerdo que…

—Siga, siga.

—Lily entró un día en la cocina. Había estado pasando un paño por la barandilla de la escalera, para quitar el polvo. «¡Hay gresca!», exclamó. Lily utilizaba expresiones vulgares a veces, así que tendrán ustedes que dispensarme si…

»Le pregunté qué quería darme a entender con aquellas dos palabras y me explicó que la señora había entrado en la casa, procedente del jardín, en compañía de su marido. Hallándose en el salón, la puerta que comunicaba con el vestíbulo se había quedado abierta, por cuya razón Lily oyó las palabras que se cruzaron entre los dos.

»—*Te tengo miedo* —había dicho la señora Halliday.

»Lily añadió que el tono de su voz confirmaba su declaración.

»—Hace ya mucho tiempo que te tengo miedo. Tú estás loco. Tú no eres un ser normal. Vete de aquí. Déjame en paz. Debes dejarme en paz. Estoy asustada. A mí me parece que siempre me has tenido asustada…

«Algo así le dijo la señora… Desde luego, no puedo citar sus palabras con exactitud. Lily se lo tomó muy en serio, y por tal motivo, después de lo que ocurrió, ella…

Edith Pagett guardó silencio. En sus ojos se observaba ahora una curiosa mirada de temor.

—No he querido decir… Perdóneme, señora. Creo que he hablado ya demasiado.

Giles intervino suavemente:

—Por favor, Edith… Es realmente importante que estemos informados. Han pasado muchos años, pero hemos de saber todo lo que sucedió en aquella casa.

—No sé si sabré explicarme —objetó Edith.

Miss Marple decidió concretar:

—¿Qué fue lo que Lily creyó… o dejó de creer?

Edith Pagett se decidió a contestar:

—Por la cabeza de Lily pasaban muchas ideas. Yo no le hacía mucho caso. Era muy aficionada al cine y de este modo se hizo de una imaginación muy novelera. La noche en que pasó todo aquello estuvo viendo una película precisamente. Y además se llevó a Layonee… Una cosa mal hecha, como yo le hice ver. «¿Qué puede ocurrir?», me contestó. «No voy a dejar a la niña sola por completo en la casa. Tú vas a estar en la cocina y el señor y la señora no tardarán en llegar. Además, esa criatura no se despierta nunca durante la noche». Insistí en que no obraba bien. De la ausencia de Layonee me enteré posteriormente. De haberlo sabido a tiempo me habría apresurado a subir a su habitación, miss Gwenda, para ver si se encontraba usted bien. Desde dentro de la cocina, cuando la puerta está cerrada, no se oye absolutamente nada.

Edith Pagett pareció que tomaba aliento antes de continuar:

—Yo estaba planchando. De repente, se abrió la puerta de la cocina, entrando allí el doctor Kennedy, quien me preguntó dónde estaba Lily. Le contesté que era su noche libre, pero que podía presentarse de un momento a otro. Nada más aparecer ella, se la llevó a la habitación de la señora, arriba. Querría saber si ésta se había llevado algunas prendas suyas. Lily inspeccionó su guardarropa, informándole. Después bajó para ir en mi busca. Estaba muy nerviosa. «Se ha ido con alguien —me dijo—. El señor

está mal. Debe de haber sufrido un ataque. Ha sido un rudo golpe para él. Es un necio. Hubiera debido ver hace tiempo lo que se le venía encima».

»—No debieras hablar así —le reproché—. ¿Quién te dice que no se ha puesto enfermo de repente uno de sus familiares, viéndose obligada a salir enseguida de aquí, pensando que ya tendrá tiempo de avisar?

»—¿Un familiar enfermo? ¡Y un jamón!

»Ya he dicho que Lily empleaba unas expresiones muy vulgares.

»—Ha dejado una nota —añadió.

»—¿Con quién crees tú que puede haberse ido?

»—¿En quién podrías pensar, Edith? Desde luego, no en el señor Fane, el de los ojos de carnero degollado, que la sigue a todas partes como un perro.

»—¿Tú crees que se ha ido con el capitán… no-sé-qué?

»—Apuesto cualquier cosa a que sí. A menos que se trate de nuestro hombre misterioso, el del coche reluciente.

«Esto hacía referencia a una broma que solíamos gastarnos.

»—No me convences. Esto no encaja en el carácter de la señora Halliday. Ella no haría nunca una cosa así.

»—Bueno, pues por lo visto ya la ha hecho —resumió Lily.

«Éstas fueron las palabras que se cruzaron entre nosotras, ¿comprenden?, al principio. Pero más tarde, hallándonos en nuestra habitación, Lily me despertó.

»—Oye —me dijo—, aquí hay algo que no me explico.

»—¿Qué es lo que no te explicas?

»—Lo de las ropas.

»—¿De qué estás hablando?

«—Escúchame, Edie —contestó Lily—: yo revisé las ropas de la señora por indicación del doctor. Ha desaparecido una maleta bastante grande, pero en ella no fueron guardadas las prendas más indicadas.

«—Explícate, mujer.

»—La señora se llevó un vestido de noche, el gris y plata… En cambio, se dejó el cinturón y el sujetador correspondientes… Por otro lado, cogió los zapatos dorados y no los plateados. Asimismo, eligió un vestido verde que reserva normalmente para últimos de

otoño. Olvidó coger uno de sus jerseys de fantasía y por otro lado guardó en la maleta blusas de encajes que solamente utiliza con los vestidos de calle. Las prendas interiores debió tomarlas al azar. Fíjate en lo que voy a decirte, Edie: la señora no se ha ido a ninguna parte. Ha sido asesinada por el señor.

»Esta última frase hizo que me despertara del todo. Me senté en la cama, preguntándole qué demonios estaba diciendo…

»—Es como lo que leí en el argumento de *Noticias del Mundo* de la semana pasada —Lily agregó—: El señor descubrió que su esposa había estado engañándole, por lo cual la mató, enterrándola en el sótano. Tú no pudiste oír nada desde donde te encontrabas… Luego, cogió una maleta, que llenó de ropas, para dar la impresión de que había huido. Sin embargo, ella se encontraba en el sótano.

»No podía dar crédito a aquellas fantásticas afirmaciones. Pero he de admitir que a la mañana siguiente bajé al sótano. Todo estaba como siempre allí. Nadie había estado cavando en el suelo precisamente. Hablé con Lily, queriendo hacerle ver que estaba equivocada. Pero ella siguió aferrada a su idea.

»—Acuérdate de que ella le tenía miedo. Yo se lo he oído afirmar… —me contestó—. Sí, en el curso de la conversación que sorprendí desde la escalera…

»—Has incurrido en un error ahí, amiga mía —repuse—. La señora no hablaba en aquellos momentos con su esposo. Aquel día, después de charlar contigo, vi por la ventana al señor que se acercaba con sus palos de golf. En consecuencia, no podía ser el hombre que estuvo hablando con su esposa en el salón. Era otra persona.

Estas palabras parecieron resonar de un modo especial entre las paredes del cuarto de estar. Giles repitió en voz baja:

—*Era otra persona*…

Capítulo XV

Unas señas

El «Royal Clarence» era el hotel más antiguo de la población. Su fachada principal era de líneas suaves; sus muros albergaban una atmósfera especial, de otro tiempo. Era el refugio clásico de las familias que deseaban pasar un mes junto al mar.

La señorita Narracott, la recepcionista, era una dama de cuarenta y siete años, de generoso busto, peinada a la moda de hacía varios años.

Acogió sonriente a Giles, a quien vio en seguida, con la precisión que le permitía una larga experiencia, como «uno de nuestros agradables clientes». Y Giles, que resultaba ser un hombre locuaz y persuasivo cuando se lo proponía, recurrió a una historia bien urdida. Acababa de cruzar una apuesta con su esposa… Él sostenía que la madrina de ésta había estado hospedada en el «Royal Clarence» dieciocho años atrás. Su mujer habíale dicho que no podría probar nunca su afirmación porque seguramente, en el establecimiento, no eran conservados los libros-registros tan antiguos. ¡Qué disparate! Un hotel como el «Royal Clarence» debía de guardarlos todos. Quizá poseía hasta los de hacía un siglo…

—Bueno, no tanto, señor Reed. Nosotros conservamos todos nuestros libros de visitantes, como preferimos llamarlos. En las páginas de muchos de ellos figuran interesantes nombres. Una vez se hospedó aquí el rey, siendo príncipe de Gales, y la princesa Adelmar de Holstein-Rotz solía pasar en este hotel todos los inviernos, con su dama de compañía. Hemos facilitado alojamiento,

además, a novelistas famosos, y a artistas como el señor Dovery, el pintor retratista.

Giles correspondió a estas manifestaciones mostrando un gran interés por ellas, un profundo respeto. Y, finalmente, vio frente a él el volumen correspondiente al año que había dicho.

La recepcionista le enseñó varios nombres ilustres. Luego, Giles pasó unas páginas, buscando el mes de agosto.

Sí, seguramente era ésta la anotación que intentaba localizar:

«Comandante Setoun Erskine, y señora, Anstell Manor. Daith, Northumberland, 27 de julio-17 de agosto».

—¿Puedo copiar esto?

—Desde luego, señor Reed. Aquí tiene papel y tinta… ¡Oh! Va usted a utilizar estilográfica. Perdóneme. He de apartarme de aquí un momento.

Giles se quedó solo ante el libro abierto, tomando nota de lo que acababa de leer.

Al regresar a «Hillside» encontró a Gwenda en el jardín inclinada sobre unas plantas.

—¿Ha habido suerte?

—Sí. Creo haber dado con él.

Gwenda leyó la nota:

—«Anstell Manor, Daith, Northumberland». Sí, Edith Pagett dijo Northumberland. ¿Seguirán viviendo allí?

—Tendremos que ir a verlo.

—Sí, sí… Será mejor ir… ¿Cuándo?

—Lo antes posible. ¿Mañana? Cogeremos el coche. El viaje te servirá para que conozcas algunas cosas más de Inglaterra.

—Supongamos que los Erskine han muerto, o que se han ido a vivir a otra parte.

Giles se encogió de hombros.

—Pues entonces regresaremos y seguiremos otras pistas. A propósito, he escrito a Kennedy, pidiéndole que me envíe las cartas que le dirigió Helen cuando se fue… si es que todavía obran en su poder… aparte de una muestra de su escritura.

—Me gustaría mucho establecer contacto con la otra criada, con Lily, la que le puso el lazo a «Thomas»…

—Es curioso que te acordaras de ese detalle, Gwenda.

—Sí, ¿verdad? Y recuerdo también perfectamente a «Tommy». Era negro, con algunas manchas blancas, y tuvo tres gatitos adorables.

—¿Cómo puede ser eso? ¿«Thomas»?

—Bueno, se le llamaba «Thomas», pero resultó ser «Thomasina». Ya sabes lo que pasa con los gatos. En cuanto a Lily… ¿Qué habrá sido de ella? Al parecer, Edith Pagett no volvió a saber más de esta mujer. Tras lo sucedido en «Santa Catalina» se colocó en Torquay. Creo que escribió una vez o dos… A Edith le contaron que se había casado, no sabe con quién. Si pudiéramos localizarla nos enteraríamos de bastantes detalles más.

—¿Has pensado, asimismo, en Layonee, la chica suiza?

—Bueno, era una extranjera al fin y al cabo y no captaría muy bien lo que sucedía aquí. He de decirte que no me acuerdo en absoluto de ella. Tengo la impresión de que Lily puede sernos muy útil. Lily era una chica avispada… ¿Por qué no ponemos otro anuncio, Giles? Destinado a ella, por supuesto. Se llamaba Lily Abbott.

—Sí. Daremos ese paso. Y mañana nos trasladaremos al Norte, a ver qué podemos averiguar por mediación de los Erskine.

Capítulo XVI

Hijo de mamá

—Échate, «Henry» —ordenó la señora Fane a un asmático perro de aguas, cuyos húmedos ojos parecieron encenderse ávidamente—. ¿Otro bizcocho, miss Marple, ahora que todavía están calientes?

—Gracias. Son deliciosos. Tiene usted una cocinera magnífica.

—No es mala cocinera Luisa, verdaderamente. Un poco olvidadiza, si acaso, como todas estas jóvenes. No sabe darles variedad a los budines. Dígame: ¿cómo está actualmente Dorothy Yarde de su ciática? Pasaba ante toda la gente por una mártir. Supongo que ahí había más nervios que otra cosa.

Miss Marple se apresuró a suministrar a su interlocutora detalles sobre las dolencias de las personas conocidas de ambas. Había sido una suerte, pensó, que entre sus muchas amigas, esparcidas por toda Inglaterra, hubiese logrado dar con una que conocía a la señora Fane. Esta última había recibido una carta de la amiga común en la que le hablaba de miss Marple, por aquellos días en Dulmouth, esperando que Eleanor tuviera alguna atención con la visitante.

Eleanor Fane era una mujer alta, de aire enérgico, con los ojos grises y los cabellos blancos. El tono rosado de su piel y la expresión de su rostro le permitían ocultar, a primera vista, la ausencia de blanduras de su carácter.

Hablaron de las contrariedades de la salud, verdaderas o imaginadas, de miss Marple. El estado general de ésta fue el tema principal de la conversación, en unión de los aires de Dillmouth y

las características de la joven generación, cuyos representantes no solían ser tan fuertes como los pertenecientes a otras anteriores.

—A estos chicos de ahora se les permiten demasiadas cosas —sentenció gravemente la señora Fane—. Los míos no se criaron con tantos mimos.

—¿Tiene usted varios hijos? —inquirió miss Marple.

—Tres. El mayor, Gerald, se encuentra en Singapur, estando colocado en el «Far East Bank». Robert es militar. —La señora Fane dio un pequeño resoplido—. Se casó con una católica. Ya sabe usted lo que esto significa: todos los hijos son católicos. No sé qué hubiera hecho ante eso el padre de Robert. Mi esposo era poco religioso… Apenas tengo noticias de Robert actualmente. No encaja bien las cosas que yo le decía sólo por su bien, por supuesto. Yo siempre he pensado que las personas han de ser sinceras, que deben decir en todo momento lo que piensan. Su casamiento, en mi opinión, fue un tremendo error. Él finge ser feliz, pobre muchacho… Ahora bien, estimo muy poco satisfactorias las circunstancias de su matrimonio.

—Su hijo más joven es soltero, ¿no?

La faz de la señora Fane se tornó radiante.

—En efecto. Walter vive conmigo. No es un hombre muy fuerte. Estuvo frecuentemente delicado, de niño, y me he visto obligada a vivir pendiente de su salud. Ya lo verá luego… Es un hijo muy reflexivo y cariñoso. Por él, me considero una madre verdaderamente afortunada.

—¿Nunca pensó en casarse? —preguntó miss Marple.

—Walter ha dicho siempre que las mujeres de ahora no le llaman la atención, o le atraen. Él y yo tenemos muchas cosas en común. Me preocupa, sin embargo, que salga tan poco. Por las noches me lee algunas páginas de Tackeray y, habitualmente, jugamos una partida de picquet. Walter es muy casero.

—¿Sí? ¿Siempre ha pertenecido a la firma que ahora regenta? No sé quién me dijo que tenía usted un hijo en Ceilán, explotando unas plantaciones de té… Quizá sea una confusión…

La señora Fane arrugó ligeramente el entrecejo. Empujó hacia su visitante el plato de bizcochos antes de contestar:

—Eso fue hace bastantes años. Se dejó llevar de un juvenil impulso. A todos los chicos les gusta ver mundo. Lo cierto es que

había una muchacha en aquel asunto. A veces, las mujeres son más inquietas que los hombres.

—Así es. Yo recuerdo que mi sobrina…

La señora Fane se desentendió por completo de la sobrina de miss Marple. Se atuvo a lo suyo y no quería perder la oportunidad de hacer hincapié en determinados detalles de la vida de su hijo ante aquella simpática amiga de su querida Dorothy.

—Una chica nada adecuada… como la mayoría de ellas, hoy, a menudo. ¡Oh! No vaya usted a pensar que era una actriz o algo por el estilo. Se trataba de la hermana del médico de la localidad… Bueno, más bien parecía su hija, porque le llevaba bastantes años. El pobre, naturalmente, no tenía la menor idea sobre la forma de educar a una joven. Los hombres son seres completamente desvalidos en ciertas situaciones, ¿verdad?

»Se crió con mucha libertad, sosteniendo relaciones primeramente con un joven de la oficina, un simple empleado… Era un tipo nada recomendable, además. Tuvieron que desembarazarse de él. Solía airear informaciones confidenciales. Bueno, esta chica, Helen Kennedy se llamaba, era, según decían, muy bonita. Yo no opinaba lo mismo. Siempre pensé, por ejemplo, que sus cabellos carecían de vida, parecían artificiales.

»Pero mi pobre Walter se enamoró de ella. No le convenía, en absoluto. Allí no había dinero ni perspectivas de que lo tuviera… No era la muchacha en quien yo había pensado como nuera. No obstante, ¿qué puede hacer una madre en tales situaciones? Walter se le declaró y la chica lo rechazó. Mi hijo concibió entonces la absurda idea de trasladarse a la India para probar suerte con las plantaciones de té. Mi esposo se disgustó mucho. Había estado acariciando la ilusión de que Walter ingresara en la firma, puesto que acababa de terminar sus estudios de derecho. Había que resignarse… Esta clase de mujeres hacen en algunas familias verdaderos estragos.

—Cierto. Mi misma sobrina —Una vez más, la señora Fane se desentendió por completo de la sobrina de miss Marple.

—En consecuencia, mi pobre hijo se trasladó a Assam, o a Bangalore… No recuerdo el lugar ahora. ¡Han pasado tantos años! Yo me sentía más preocupada todavía porque pensaba que su salud

no resistiría aquello. (Cuando llevaba fuera del país un año, cumpliendo perfectamente con su cometido, ya que Walter lo hace todo siempre bien… ¿querrá usted creerlo?… aquella caprichosa joven cambió de parecer, escribiéndole para hacerle saber que estaba dispuesta a ser su esposa.

—Es sorprendente —manifestó miss Marple, moviendo expresivamente la cabeza.

—La joven embaló su *trousseau*, encargó un pasaje y… ¿A que no sabe usted qué hizo después?

—Soy incapaz de imaginármelo —repuso miss Marple, pendiente por entero de las palabras de su interlocutora.

—Pues tuvo un idilio con un hombre casado… A bordo del buque en que viajaba. Creo que era un hombre con tres hijos, casado, naturalmente. Walter la esperaba en el muelle y lo primero que oyó de sus labios fue que no podía casarse con él. ¿No consideraría usted esto, como yo, una acción perversa?

—Por supuesto. Era imposible que en el futuro su hijo tuviera alguna fe en la naturaleza humana.

—Entonces, Walter debió verla como era ella realmente. Y reaccionar. Pero Helen Kennedy se apartó de mi hijo sin más, sin que él le diera una merecida lección. Esta clase de mujeres suelen tener suerte…

—¿Y él no… —miss Marple vaciló, eligiendo cuidadosamente sus palabras— no acusó el golpe? En una situación de ese tipo son muchos los hombres que se dejarían llevar de su indignación… que harían algo…

—Walter ha sabido dominar muy bien sus impulsos siempre. Por muy preocupado que esté, por grande que sea su enojo, nunca lo demuestra.

Miss Marple contempló a la señora Fane especulativamente. Lentamente, alargó un *tentáculo*…

—Es que en esos jóvenes los sentimientos calan muy hondo. Los niños, a veces, la dejan a una asombrada con sus cosas. En ocasiones, saltan violentamente con algo, cuando una creía que no habían sufrido la menor impresión. Hay caracteres muy sensibles, que sólo «explotan», por así decirlo, cuando llegan a los límites máximos de resistencia.

—¡Oh! Es muy curioso, miss Marple, que usted haya dicho eso. Porque me acabo de acordar de un hecho que guarda relación con su idea. Gerald y Robert fueron siempre chicos de genio muy vivo, dispuestos en todo momento a pasar a las manos. Algo muy natural, por supuesto, en unos niños llenos de salud…

—Completamente natural.

—Contrastaba con ellos Walter, siempre tranquilo y paciente. Un día, Robert se apoderó de un avión pequeño, un modelo que su hermano construyera tras varios días de trabajo (creo haber dicho ya que era muy hábil)… Robert, un chiquillo muy descuidado, acabó rompiéndoselo. Bueno, pues cuando entré en la habitación de la casa en que solían jugar vi a Robert tumbado en el suelo. Walter, encima de él, empuñaba uno de los hierros de la chimenea… Tuve que hacer acopio de fuerzas para apartarlo de su hermano, mientras repetía, furioso: «Lo hizo a propósito… Lo hizo a propósito. Lo voy a matar». Yo me asusté mucho. Los chicos sienten las cosas, generalmente, con mucha intensidad.

—En efecto —repuso miss Marple, pensativa.

Volvió al tema anterior.

—Así pues, el compromiso quedó roto definitivamente. ¿Y qué fue de la chica?

—Regresó. Durante este viaje tuvo otro idilio, contrayendo matrimonio con el hombre que conoció. Era viudo, con una hija. Un hombre que acaba de perder a su esposa es siempre un objetivo fácil… El matrimonio se instaló en una casa situada al otro lado de la población, en «Santa Catalina», junto al hospital. No duró mucho, claro. Ella abandonó a su marido al cabo de un año. Creo qué huyó con un hombre…

Miss Marple tornó a mover la cabeza.

—¡De buena se escapó su hijo!

—Eso es lo que le he dicho siempre.

—¿Y renunció a abrirse paso en la vida con las plantaciones de té a causa de algún quebranto de salud?

La señora Fane frunció el ceño.

—No era de su agrado la vida que se veía obligado a llevar allí —explicó—, regresó a casa seis meses después de haber vuelto la joven.

—Debió de enfrentarse con una situación embarazosa —aventuró miss Marple—, por el hecho de vivir ella aquí, en la misma población…

—Walter es maravilloso —dijo la señora Fane—. Se comportó exactamente igual que si no hubiese ocurrido nada entre los dos. En su momento, pensé y dije que lo más conveniente era cierto apartamiento… Sus encuentros podían resultar molestos para ambas partes. Pero Walter insistió en comportarse con la mayor naturalidad, en mostrarse cordial, incluso, con ellos. Visitaba la casa y jugaba a menudo con la niña… A propósito, y esto sí que es curioso… La chica ha vuelto. Bueno, es ya una mujer, casada, además. El otro día fue a ver a Walter a su despacho, con el fin de redactar su testamento. Ahora es la señora Reed… Reed, sí.

—¿Se refiere usted al matrimonio Reed? Él y ella son amigos míos. Es una pareja muy simpática. ¡Qué cosas ocurren! Y la joven es realmente aquella niña que…

—Hija de la primera esposa. Esta mujer murió en la India. ¡Pobre comandante… No recuerdo bien su apellido… Hallway!, me parece que era… Algo así… Fue un duro golpe para él la huida de su esposa. Nadie se explica por qué razón estas mujeres perversas dan siempre con hombres intachables.

—¿Y qué fue del joven que tuvo que ver con ella en cierto momento de su vida? Usted me ha dicho que era uno de los empleados de la oficina de su hijo. ¿Adónde fue a parar?

—Se ha abierto paso. Explota una agencia de viajes, la «Coach Tours». Los vehículos van pintados de amarillo rabioso. Su clientela es de lo más vulgar. Todo el mundo conoce los coches de Afflick.

—¿Afflick? —inquirió miss Marple.

—Jackie Afflick. Es un desagradable sujeto, que parece dispuesto a prosperar como sea. Probablemente, por eso se fijó en Helen Kennedy, en primer lugar. Era hermana de un médico… Pensó que haciendo de ella su mujer ganaría en posición social.

—¿Y esa Helen no ha vuelto a dejarse ver nunca más por Dillmouth?

—No. Ha sido una suerte. Estará hundida por completo, ahora. Yo lo sentí por el doctor Kennedy. No se le puede culpar de nada. La segunda esposa de su padre fue una persona débil de carácter,

mucho más joven que su marido. Supongo que Helen heredó de ella su veleidoso carácter. Siempre pensé…

La señora Fane no terminó su última frase.

—Aquí está Walter —declaró.

Había percibido unos sonidos muy familiares en el vestíbulo. La puerta de la estancia se abrió, entrando Walter Fane.

—Te presento a miss Marple, hijo mío. Toca el timbre y tomaremos unas tazas de café.

—No te preocupes, mamá. Ya lo he tomado.

—Desde luego que tomaremos un poco de té… Acompañado de unos bizcochos, Beatrice —añadió la señora Fane, dirigiéndose a la doncella, que acababa de aparecer.

—Sí, señora.

Con una sonrisa de resignación, Walter Fane comentó:

—Como verá usted, mi madre me mima mucho.

Miss Marple estudió a Walter Fane mientras correspondía a sus palabras con un cortés comentario.

Era un hombre de aire tranquilo, ligeramente desconfiado… incoloro. Una persona vulgar. El tipo clásico del joven que las mujeres suelen ignorar, con el que terminan casándose una vez que se convencen de que el ser amado no corresponde a su cariño. Walter siempre estaba en casa. ¡Pobre Walter! Era el típico hijo de mamá… Pero, de pequeño, Walter Fane había atacado a su hermano mayor, armado con un hierro de la chimenea, dispuesto a matarlo…

Miss Marple estaba sumida en un mar de dudas.

Capítulo XVII

Richard Erskine

1

«Anstell Manor» tenía un sombrío aspecto. Era una casa blanca cuyos contornos se perfilaban contra un fondo de oscuras colinas. Por entre una espesa vegetación serpenteaba un camino no muy amplio. Giles preguntó a Gwenda:

—¿A qué hemos venido aquí? ¿Qué pretexto podemos esgrimir?

—Tendremos que inventárnoslo.

—Sí… Sobre la marcha. Es una suerte que la cuñada de la tía de la hermana de la amiga de miss Marple, o lo que sea, viva por las cercanías… Ahora, creo que se sale un poco de los límites de una relación social el propósito de hablar con ese hombre de sus pasados asuntos amorosos.

—Y más habiendo transcurrido tanto tiempo. Es posible… es posible que ni siquiera se acuerde de ella.

—Desde luego. Y también pudiera ser que no hubiese habido nunca una relación de tipo amoroso.

—Giles: ¿no estaremos haciendo un poco el tonto?

—No sé… A veces, tengo esa impresión. ¿Por qué andamos tan preocupados con todo esto? ¿Qué más da una cosa que otra ahora?

—Han pasado muchos años, sí, no lo pierdo de vista… miss Marple y el doctor Kennedy nos dijeron: «Debierais desentenderos

de esto». ¿Por qué no obramos de acuerdo con sus indicaciones, Giles? ¿Qué es lo que nos impulsa a seguir? ¿Será ella?

—¿Ella?

—Helen. ¿Por qué se han avivado mis recuerdos? ¿Son éstos el único punto de contacto que ella tiene con la vida… con la verdad? ¿Será que Helen se vale de mí… y de ti… con el fin de que sea conocida la verdad?

—¿Piensas que sufrió una muerte violenta?

—Sí. Se dice… los libros lo han dicho… que, en ocasiones, esas personas no pueden encontrar el descanso…

—Creo que te estás dejando llevar por la imaginación, Gwenda.

—Es posible. De todos modos, podemos escoger. Ésta es solamente una visita de cortesía. No tiene por qué ser algo más… a menos que nosotros queramos que se convierta en…

Giles movió la cabeza.

—Seguiremos adelante. No podemos evitarlo.

—Sí… Tienes razón. No obstante, Giles, creo que estoy atemorizada…

2

—¿Andan ustedes buscando una casa? —preguntó el comandante Erskine.

Ofreció a Gwenda un plato con bocadillos. Gwenda cogió uno, fijando la vista en el hombre. Richard Erskine era un tipo menudo, de una talla aproximada de un metro sesenta y dos centímetros. Tenía los cabellos grises y unos ojos reflexivos, que delataban su cansancio. Hablaba lentamente, arrastrando un poco las palabras. No había nada sobresaliente en su persona, pero Gwenda se dijo que era una persona atractiva.

Se le antojó que no era tan bien parecido como Walter Fane. Ahora bien, éste podía pasar inadvertido ante las mujeres; Erskine, en cambio, interesaba. Fane era un hombre muy corriente; Erskine,

pese a sus lentos modales, tenía personalidad. Hablaba de las cosas ordinarias de una manera también ordinaria, pero había algo en sus gestos y ademanes que las representantes del sexo opuesto identificaban, reaccionando con un estilo puramente femenino. Casi inconscientemente, Gwenda se ajustó la falda, ordenó un mechón rebelde de sus cabellos y se retocó los labios. Diecinueve años atrás, Helen Kennedy había podido enamorarse de este hombre. Gwenda estaba segura en cuanto a tal posibilidad.

La mirada de su anfitrión se había fijado en ella, y Gwenda, involuntariamente, se ruborizó. La señora Erskine estaba hablando con Giles, pero observaba a Gwenda. Estudiaba a la joven y se notaba una expresión de recelo en sus ojos. Jane Erskine era una mujer alta, de voz profunda… casi como la de un hombre. Poseía un cuerpo atlético, y llevaba un vestido gris dotado de amplios bolsillos. Parecía mayor que su esposo, si bien, pensó Gwenda, tal impresión no se correspondía probablemente con la realidad. Su rostro macilento, ojeroso. Gwenda la juzgó una mujer nada feliz, una persona insatisfecha.

«Me imagino que será un tormento para su esposo», pensó la joven.

La conversación discurría por los cauces previstos.

—Buscar una casa constituye una tarea agotadora —declaró—. Las descripciones que facilitan los agentes responden a extraordinarios optimismos… Luego, cuando una visita la vivienda recomendada, se queda perpleja…

—¿Piensa instalarse por aquí?

—Bueno, éste es uno de los sitios en que hemos pensado. Y todo por su proximidad al Muro de Adriano. El Muro de Adriano ha ejercido siempre una gran fascinación sobre Giles. Le parecerá raro, pero lo mismo nos da un punto que otro de Inglaterra. Me explicaré… Yo me he criado en Nueva Zelanda; no hay nada que me ate a un lugar determinado del país. A Giles le ocurre otro tanto porque ha pasado sus veranos en distintas poblaciones, en las casas de algunos familiares suyos. Lo que nosotros no queremos es vivir cerca de Londres, ni de otra hacinación urbana.

Erskine sonrió.

—Ciertamente, aquí podrán vivir como en plena campiña. Se

goza de un aislamiento perfecto, razonable. Tenemos pocos vecinos y nos hallamos separados de otros por prudentes distancias.

Gwenda creyó notar una leve inflexión de tristeza en la agradable voz. De repente, se imaginó cómo sería aquella solitaria existencia; pensó en los oscuros días invernales, con el sonoro acompañamiento del viento soplando en las chimeneas; las cortinas estarían corridas; Erskine pasaría horas y horas encerrado en aquella casa, en compañía de la mujer de aire insatisfecho, de ojos que no revelaban ninguna felicidad… Y los vecinos, pocos y a prudente distancia…

Luego, esta visión se desvaneció. Volvía a enfrentarse con el verano, con unas ventanas que daban a alegres terrazas; percibía los perfumes de las flores, oía los mil sonidos del mundo exterior.

—Esta casa será muy antigua, ¿verdad? —preguntó.

Erskine asintió.

—Fue construida en la época de la reina Ana. Mi familia lleva habitándola trescientos años, casi.

—Es una casa preciosa. Deben de sentirse muy orgullosos de ella.

—Deja mucho que desear ahora. Los fuertes impuestos dificultan su mantenimiento. Pero como los hijos andan ya por el mundo, la etapa más trabajosa de nuestra vida llegó a su fin.

—¿Cuántos hijos tienen ustedes?

—Dos varones. Uno está en el ejército. El otro saldrá pronto de Oxford para ingresar en una firma publicitaria.

Erskine volvió la cabeza hacia la repisa de la chimenea y Gwenda siguió la dirección de su mirada. Había en aquélla una fotografía de los dos chicos, de dieciocho y diecinueve años de edad. La joven pensó que había sido tomada hacía algún tiempo. Sorprendió en el rostro de Erskine una expresión de orgullo y afecto.

—Son unos muchachos excelentes —manifestó—, aunque quizá no esté bien que lo diga yo…

—Lo parecen —comentó Gwenda, cortésmente.

—Sí… Creo que vale la pena sacrificarse por los hijos —añadió él, como si reflexionara en voz alta.

—Supongo que los hijos, normalmente, obligan a renunciar a

muchas cosas —apuntó Gwenda.

—En efecto, a muchas, a veces…

A Gwenda le pareció detectar una inflexión especial en estas palabras. La señora Erskine intervino de pronto en la conversación, diciendo con su tono autoritario característico:

—Así que ustedes buscan una casa que les convenga en esta región… La verdad es que yo no sé de ninguna que pudiera interesarles.

«Y si supieras de alguna no me lo dirías —pensó Gwenda, maliciosa—. Esta mujer es celosa. Siente celos porque estoy hablando con su esposo, porque soy joven y atractiva».

—Todo depende de la prisa que lleven ustedes —opinó Erskine.

—No llevamos ninguna prisa —señaló Giles, alegremente—. Tenemos que dar con alguna que esté bien. De momento, ocupamos una vivienda en Dillmouth, en la costa meridional.

El comandante Erskine se apartó de la mesita de té, acercándose a un estante situado junto a una ventana, sobre el cual había una caja de cigarrillos.

—Dillmouth… —murmuró la señora Erskine.

Su voz era inexpresiva. Fijó la mirada en la espalda de su esposo.

—Es un lugar muy bonito —dijo Giles—. ¿Lo conocen ustedes?

Hubo un momento de silencio. Luego, la señora Erskine manifestó en el mismo tono de voz:

—Hace muchos, muchos años, pasamos unas semanas allí, durante el verano… No nos agradó demasiado… Encontramos que su clima era algo relajante, llegando a producir cierta depresión en definitiva.

—Es lo que nosotros pensamos —declaró Gwenda—. A Giles y a mí nos agradan los aires más tónicos, más fortificantes.

Erskine había vuelto con la caja de cigarrillos. Se la ofreció a Gwenda.

—Éstos de aquí se les figurarán excesivamente tónicos —dijo con cierta tristeza.

Gwenda lo miró mientras él acercaba a su cigarrillo la llama del encendedor.

—¿Se acuerda usted todavía de Dillmouth? —inquirió con

naturalidad.

Los labios de él se movieron como en un repentino espasmo de dolor, contestando:

—Sí… Nos hospedamos… a ver… en el «Royal George»… no, en el «Royal Clarence Hotel».

—¡Ah, sí! Es un hotel de otro tiempo. Nuestra casa queda bastante cerca de él. La casa se llama «Hillside», pero antes fue denominada «Santa… Santa María», ¿no es así, Giles?

—«Santa Catalina» —corrigió Giles.

Esta vez se produjo verdaderamente una reacción. Erskine miró repentinamente a otro lado. La cucharilla de la señora Erskine tintineó en el plato.

—Quizá les agrade ver nuestro jardín —dijo ella, de pronto.

—¡Oh, sí!

Salieron de la casa por una de las terrazas. El jardín estaba bien cuidado. Contenía muchas plantas y los senderos estaban enlosados. Gwenda dedujo que era el comandante Erskine quien se ocupaba de él. El rostro de éste se iluminó al empezar a hablar de sus rosas, de sus árboles. Evidentemente, aquella actividad suscitaba su entusiasmo.

Finalmente, se despidieron del matrimonio. Ya dentro del coche, cuando se alejaban de la casa, Giles preguntó a su esposa:

—¿Lo… lo dejaste caer?

Gwenda hizo un gesto afirmativo.

—Junto al segundo grupo de las espuelas de caballero.

Fijó la vista en uno de sus dedos, haciendo girar el anillo de boda distraídamente.

—Supongamos que no pudieras encontrarlo…

—Bueno, no es realmente mi anillo de compromiso. No iba a exponerme a tanto.

—Me alegro de oírte decir eso.

—Ese anillo tiene para mí un valor sentimental enorme. ¿Te acuerdas de lo que dijiste cuando me lo pusiste en el dedo? Una esmeralda verde porque yo era una intrigante gatita de verdes ojos.

—Yo me atrevería a decir que estas expresiones cariñosas deben causar una gran extrañeza en las personas de la generación de… miss Marple, por citar un ejemplo.

—Me pregunto qué estará haciendo esa simpática anciana. ¿Se habrá dedicado a tomar el sol en el muelle?

—Algo llevará entre manos… ¡La conozco ya muy bien! Estará husmeando aquí y allá, haciendo preguntas y más preguntas. Espero que no se exceda…

—En una mujer de sus años, esa curiosidad parece a todo el mundo natural. Nosotros llamaríamos la atención si adoptáramos su proceder, seguro.

La cara de Giles recobró su expresión normal.

—Por eso no me gusta… —dijo— que seas tú quien lleve a cabo lo que hemos pensado… Me desagrada la idea de estar yo tan tranquilo en casa mientras tú te echas a la calle para hacer lo peor.

Gwenda pasó, afectuosa, una mano por la mejilla de su marido.

—Ya lo sé, querido. Hay que convenir que todas las preguntas que pueden dirigírsele a un hombre sobre su pasado amoroso han de parecerle impertinentes. Ahora bien, este atrevido paso puede permitírselo una mujer, para lograr su propósito con grandes probabilidades de éxito… si es inteligente. Y yo voy a comportarme de una manera inteligente.

—Me consta que tú lo eres. Pero si Erskine fuera el hombre que buscamos…

Gwenda contestó, ensimismada:

—En mi opinión, no es él ese hombre.

—¿Quieres decir que hemos apuntado mal?

—No del todo. Pienso que estuvo enamorado de Helen, sin más. Es un hombre correcto, Giles, muy agradable. No acierto a ver en él al estrangulador…

—No creo que tú hayas conocido en el curso de tu vida a muchos estranguladores, Gwenda.

—Es verdad. Pero dispongo de mi femenino instinto.

—Me figuro que las víctimas de esos tipos suelen hablar así antes de morir en sus manos. Bueno, Gwenda, bromas aparte, deseo pedirte que tengas mucho cuidado.

—Descuida. Ese pobre hombre me da lástima. Veo en su esposa a una especie de dragón. Apuesto lo que quieras a que Erskine lleva una vida insoportable.

—Es una mujer rara, sí. Asusta, casi.

—Yo diría que resulta siniestra. ¿Te fijaste en ella? No me perdió de vista un momento.

—Espero que el plan salga bien.

3

El plan fue llevado a la práctica a la mañana siguiente.

Giles, sintiéndose, como dijo él, una especie de detective ocupado con un caso de divorcio, se situó en un punto estratégico, desde el cual se veía la puerta principal de «Anstell Manor». Alrededor de las once y media informó a Gwenda que todo había marchado bien. La señora Erskine había salido de la finca conduciendo un pequeño «Austin». Dirigíase al mercado de la ciudad, seguramente, a unos cinco kilómetros de distancia. El camino estaba libre de obstáculos.

Gwenda se plantó ante la puerta de la casa, oprimiendo el botón del timbre. Preguntó por la señora Erskine y le contestaron que había salido. Entonces preguntó si el comandante Erskine se hallaba allí. El comandante estaba en el jardín. Se incorporó al oír los pasos de Gwenda, junto al macizo de flores que había acaparado su atención en los últimos minutos.

—Siento molestarle —dijo Gwenda—. Ayer se me debió de caer un anillo por aquí. Me consta que lo llevaba puesto en este dedo cuando terminamos de tomar el té. Siempre me ha venido un poco ancho. Tengo mucho interés en encontrarlo porque es mi anillo de compromiso.

Comenzó en seguida la búsqueda. Gwenda recordó sus pasos el día anterior, las flores que se había parado a observar de cerca. Finalmente, el anillo apareció junto a unas espuelas de caballero. La joven suspiró, aliviada.

—¿Me permite que la invite a beber algo, señora Reed? ¿Le apetece una cerveza? ¿Prefiere una copa de jerez? Bueno, tal vez le agradará más una taza de café…

—Muchas gracias, pero la verdad es que no tengo ganas de nada. Un cigarrillo, en todo caso…

Sentóse en un banco y Erskine se acomodó a su lado.

Durante unos momentos, fumaron en silencio. A Gwenda le latía el corazón cada vez más de prisa. No tenía más remedio que actuar. Y decidió lanzarse, sin más rodeos.

—Quiero hacerle una pregunta —dijo—. Quizá me juzgue una impertinente, pero quiero saber a qué atenerme… y usted es la única persona que puede informarme. Creo que en otro tiempo usted estuvo enamorado de mi madrastra.

Él la miró, atónito.

—¿De su madrastra?

—Sí. Helen Kennedy, de casada Helen Halliday.

El hombre que tenía al lado Gwenda no se movió. Sus ojos contemplaban, sin ver, la pequeña extensión de césped que tenía delante. Del cigarrillo se elevaba, absolutamente vertical, una fina columna de humo. Pese a aquella inmovilidad, o quizás a causa de ella, la joven creyó notar una tremenda agitación en su interior, un confuso tropel de sentimientos encontrados, seguramente. El brazo de él estaba ahora en contacto con el suyo.

Como contestando a una pregunta que él se había planteado a sí mismo, Erskine murmuró:

—Supongo que hay algunas cartas por medio…

Gwenda no dijo nada.

—No le escribí muchas… Dos, tres, quizá. Me dijo que las había destruido. Pero las mujeres nunca rompen las cartas que reciben, ¿verdad? Y por eso habrán ido a parar a sus manos. Usted ahora quiere saber…

—Quiero saber más cosas acerca de ella. La… la quería mucho. Si bien, yo era muy pequeña cuando… se fue.

—¿Se fue?

—¿No se enteró usted?

Los ojos de Erskine, ingenuos, sorprendidos, buscaron los de Gwenda.

—No volví a saber de ella —manifestó— desde… desde aquel verano en Dillmouth.

—Entonces, ¿usted no sabe dónde se encuentra ahora?

—¿Cómo voy a saberlo? Han pasado años…, muchos años. Todo aquello terminó, lo olvidé.

—¿Lo olvidó totalmente?

Erskine sonrió con amargura.

—Bueno, olvidado del todo no… Es usted muy observadora, señora Reed. Pero, háble me de ella. Helen no ha muerto, ¿verdad?

Se levantó un poco de viento fresco que pareció helarles el rostro…

—No sé si ha muerto o no —exclamó Gwenda—. No sé nada de ella. Pensé que quizá usted estuviera en condiciones de informarme sobre su paradero.

Él movió la cabeza a un lado y a otro, y Gwenda continuó hablando:

—Helen huyó de Dillmouth aquel verano. De repente, una noche. Sin decir nada a nadie. Y ya no regresó.

—¿Y usted pensó que yo podía tener noticias de ella?

—Sí.

Erskine denegó con la cabeza.

—Pues no, nunca supe nada de Helen. Ahora bien, su hermano, el médico, que vive en Dillmouth… Él tiene que estar enterado. Es decir, si no ha muerto…

—El doctor vive, pero tampoco posee noticias… Todos se figuran que huyó… con alguien.

Él miró atentamente a Gwenda, muy entristecido.

—¿Pensó alguien acaso que huyó conmigo?

—Bueno, era una posibilidad…

—¿Era una posibilidad? No lo creo. Nunca existió. O tal vez fuéramos unos necios… unos escrupulosos necios que prefirieron despreciar la oportunidad que se les deparaba de ser felices.

Gwenda guardó silencio. Erskine continuó diciendo:

—Quizá sea mejor que se lo cuente todo, si bien no hay realmente mucho que contar… Lo que pretendo es que no juzgue mal a Helen. Nos conocimos a bordo de un buque. Nos dirigíamos a la India. Uno de los chicos se había puesto enfermo y mi esposa me seguiría en el siguiente barco. Helen iba a casarse con un hombre que trabajaba en la zona rural… Ella no le amaba. Era un antiguo amigo, una buena persona, y Helen deseaba salir de su casa, donde

no se sentía feliz. Nos enamoramos.

Erskine hizo una pausa.

—Una delicada declaración, ¿no? Pero deseo poner bien claro una cosa: no fue la clásica aventura pasajera de un viaje por mar. Lo nuestro fue serio. Los dos nos sentimos… destrozados. Y no podíamos hacer nada para remediar nuestra situación. Yo no podía desentenderme de Janet y los niños. Helen lo vio también así. De haberse tratado únicamente de Janet… Pero estaban por medio los niños. No había solución. Acordamos separarnos y ver de olvidar…

El comandante Erskine dejó oír una risita en la que no había la menor inflexión alegre.

—¿Olvidar? Nunca la olvidé… Ni por un solo momento. La vida se me antojaba un infierno. Pensaba a todas horas en Helen…

—Bueno, ella no llegó a casarse con el joven que la esperaba en la India. En el último momento, no pudo enfrentarse con aquello. En el viaje de regreso a Inglaterra conoció a otro hombre… a su padre, supongo. Me escribió un par de meses más tarde, explicándome lo que había hecho. Él se había sentido muy afectado por la muerte de su esposa, y tenía una hija. Helen creía poder hacerle reliz y que era el mejor camino a seguir por su parte. Me escribió desde Dillmouth. Ocho meses más tarde falleció mi padre y yo vine aquí. A nuestro regreso a Inglaterra pensamos en tomarnos unas vacaciones de varias semanas de duración, hasta que pudiéramos instalarnos en esta casa. Mi esposa sugirió Dillmouth. Una amiga le había hablado de esta población, diciéndole que era tranquila, ideal para descansar. No estaba enterada, desde luego, de lo mío con Helen. ¿Se imagina la tentación? Iba a verla de nuevo. Conocería al hombre que había elegido por marido…

Un breve silencio y Erskine siguió hablando:

—Nos hospedamos en el «Royal Clarence». Este paso fue un error. Ver a Helen de nuevo supuso para mí un tormento… Parecía ser feliz… No sé… ella evitaba quedarse a solas conmigo… Yo no sabía si aún le inspiraba algún sentimiento, o si me había olvidado definitivamente… Creo que mi esposa sospechaba algo… Es una mujer muy celosa… Siempre lo ha sido… —El comandante añadió, bruscamente—: Eso es todo. Salimos de Dillmouth…

—El día 17 de agosto —apuntó Gwenda.

—¿El día 17 de agosto? Probablemente. No recuerdo con exactitud la fecha.

—Era sábado —señaló Gwenda ahora.

—Sí. Tiene usted razón. Recuerdo que Janet me dijo que coincidiríamos con mucha gente en el viaje al Norte… pero no creo que fuera entonces cuando…

—Por favor, haga memoria, comandante Erskine. ¿Cuándo vio usted por última vez a mi madrastra, a Helen?

Los labios de él se dilataron en una suave sonrisa de cansancio.

—No tendré que esforzarme mucho para recordar eso. La vi la noche anterior a nuestra partida. En la playa. Fui allí después de cenar… Allí estaba, sí. No había ninguna otra persona por aquel lugar. La acompañé hasta su casa. Cruzamos el jardín…

—¿A qué hora ocurría eso?

—No sé… Serían las nueve.

—¿Y luego se dijeron adiós?

—Luego nos despedimos uno del otro, en efecto. —Otra sonrisa de Erskine—. ¡Oh! La nuestra no fue esa despedida en que usted, seguramente, está pensando. Resultó muy brusca y breve. Helen me dijo: «Por favor, vete ya. Vete en seguida. Prefiero que no…». Guardó silencio y yo… me fui.

—¿Regresó al hotel?

—Sí… Pero primeramente di un largo paseo… por el campo.

Gwenda señaló:

—Es difícil barajar fechas… habiendo transcurrido tantos años. Sin embargo, creo que ésa fue la noche en que ella huyó… para no volver jamás.

—Ya. Y como mi esposa y yo abandonamos la población al día siguiente, la gente daría en decir que huyó conmigo.

—Así que ella no huyó con usted.

—¡Santo Dios, no! Nunca se suscitó una cuestión de ese tipo.

—Entonces, ¿por qué cree usted que huyó?

Erskine frunció el ceño. Había cambiado de actitud, mostrándose ahora muy interesado.

—Lo comprendo… Es un problema, un enigma. ¿No facilitó ella… ¡ejem!… ninguna explicación?

Gwenda consideró la pregunta. Seguidamente, manifestó su

opinión:

—No creo. ¿Piensa usted que huyó con alguien?

—No, por supuesto que no.

—Parece estar usted muy seguro en cuanto a este extremo…

—Estoy seguro, sí.

—Entonces, ¿por qué se fue?

—Si ella huyó así… de repente… sólo acierto a descubrir una razón. Helen huía de mí.

—¿De usted?

—Sí. Seguramente, temía que yo intentara verla de nuevo… que no la dejara en paz. Debió de darse cuenta de que todavía… la quería, de que estaba loco por ella. Ésta debe ser la explicación.

—No queda explicado por qué no regresó ya —objetó Gwenda —. Vamos a ver… ¿Le dijo a Helen algo acerca de mi padre? ¿Había suscitado éste alguna preocupación en ella? ¿Le inspiraba temor?

—¿Por qué había de inspirarle temor su padre? ¡Oh, ya comprendo! Él pudo mostrarse celoso. ¿Era un hombre celoso?

—Lo ignoro. Mi padre murió siendo yo una niña.

—A mí me pareció siempre un hombre normal, afable. Evidentemente, quería a Helen, sentíase orgulloso de ella… No sé más. Quien sentía celos, en todo caso, era yo.

—¿Le dieron la impresión de ser felices?

—Sí. Y yo me alegré de eso… si bien, al propio tiempo, me sentía dolido… Helen no me habló nunca extensamente de su padre. Tuvimos muy pocas ocasiones de vernos a solas, de intercambiar confidencias. Pero ahora que usted ha aludido a la actitud de ella, recuerdo haber pensado que Helen parecía preocupada.

—¿Preocupada?

—Sí. Me figuré que era por causa de mi esposa… —Erskine se interrumpió—. Era algo más que eso, sin embargo.

El comandante miró fijamente a Gwenda.

—¿Temía ella a su esposo? ¿Sentíase éste celoso?

—Usted parece pensar que no.

—Los celos constituyen un sentimiento muy extraño. Pueden mantenerse ocultos, de suerte que nadie conozca su existencia. —Erskine pareció estremecerse—. No obstante, pueden llegar a

infundir miedo… mucho miedo…

—Quisiera saber otra cosa… —dijo Gwenda.

En aquel momento se acercaba un coche a la casa.

—Mi esposa regresa de la población, a donde fue para efectuar unas compras —declaró Erskine.

En unos instantes, se transformó en otra persona. Su tono de voz era frío, su cara inexpresiva. Un ligero temblor delataba su nerviosismo.

La señora Erskine dobló una de las esquinas de la casa.

Su esposo le salió al encuentro.

—Ayer perdió la señora Reed un anillo en el jardín —explicó.

La señora Erskine, muy seca, respondió:

—¿De veras?

—Buenos días —medió Gwenda—. Pues sí… Afortunadamente, ya lo he encontrado.

—Sí que ha tenido suerte.

—Efectivamente. Es una joya que tengo en gran aprecio, aunque no por su valor material. Debo dejarles ahora…

La señora Erskine no dijo nada. Su marido repuso:

—La acompañaré hasta su coche.

Siguió a Gwenda lentamente. De pronto, llegó a oídos de los dos la voz, profunda y áspera, de la señora Erskine.

—¡Richard! Si la señora Reed pudiera excusarte… Hay que hacer una llamada importante…

Gwenda dijo, apresuradamente:

—Conforme, desde luego. Por favor, señor Erskine, no se moleste…

La joven apretó el paso, saliendo a los pocos segundos del jardín.

Después, se detuvo. La señora Erskine había dejado aparcado su coche en la explanada que había frente a la casa, de forma que dificultaba la maniobra que se vería obligada a hacer Gwenda para enfilar el camino de salida. Vaciló un momento… Luego, poco a poco, volvió sobre sus pasos.

Situóse en las proximidades de una de las terrazas. Oyó con más claridad que nunca la potente voz de la señora Erskine.

—Me tiene sin cuidado lo que digas… Tú lo arreglaste todo ayer, para que esa chica se presentara aquí mientras yo me encontraba en

Daith. Sigues siendo el de siempre. Cualquier muchacha agraciada que… No estoy dispuesta a soportar estas cosas. ¡No, ni hablar!

La voz del comandante Erskine sonaba serena, pero cargada de desesperación:

—A veces, Janet, sinceramente, creo que estás loca.

—¡Tú si que estás loco! Siempre andas detrás de las mujeres.

—Tú sabes que eso no es cierto, Janet.

—¡Es verdad! Sin ir más lejos, hace años, en la población en que vive esa joven, en Dillmouth, tuviste una aventura. ¿Vas a decirme que no es verdad que estuviste enamorado de aquella rubia que se apellidaba Halliday?

—¿Por qué te atormentas con estas cosas? Lo único que consigues es destrozar tus nervios y…

—Tú tienes la culpa. Me has destrozado… No puedo soportarlo. No lo aguantaré más. Planeando citas con… ¡Te ríes de mí a mis espaldas! Claro, yo no te inspiro nada… Nunca me has querido. ¡Terminaré matándome! Me tiraré a un barranco… Ojalá me hubiera muerto cuando…

—Janet… Janet… Por el amor de Dios.

La voz profunda se había quebrado. Oyóse el rumor de unos angustiosos sollozos.

Andando de puntillas, Gwenda se encaminó nuevamente hacia la explanada. Reflexionó unos instantes. Luego, oprimió el botón del timbre…

Abrióse la puerta de la casa.

—¿No habría nadie que moviera este coche? —inquirió al servidor que se plantó delante de ella—. Creo que no voy a poder sacar el mío.

El criado entró en la vivienda. Luego, apareció un hombre por una de las esquinas del edificio. Tocó con dos dedos la visera de su gorra para saludar a Gwenda, acomodóse ante el volante del «Austin» y lo apartó convenientemente. Gwenda entró en su automóvil para dirigirse rápidamente al hotel en que Giles la esperaba.

—Has tardado mucho en volver —dijo él al saludarla—. ¿Has logrado algo?

—Sí. Estoy bien informada de todo ahora. El caso es bastante

patético. Ese hombre estaba verdaderamente enamorado de Helen.

Gwenda procedió a narrar los acontecimientos de la mañana.

—Yo creo —añadió— que la señora Erskine no anda muy bien de la cabeza. Se comportó como una loca. Ahora sé lo que quería decir él al hablar de los celos. Estos deben de ser un infierno para una persona. Bueno, ya sabemos que Erskine no es el hombre con quién huyó Helen. No tiene la menor noticia acerca de su muerte. Helen estaba viva cuando se separó de ella, aquella noche.

—Sí —repuso Giles—. Al menos… eso es lo que él dice.

Gwenda miró, irritada, a su esposo.

—Eso —repitió Giles, con firmeza— *es lo que él dice*.

Capítulo XVIII

Malas hierbas

Miss Marple, frente a la terraza, se inclinó para ocuparse de unas insidiosas correhuelas. Tratábase de una victoria menor, ya que bajo la superficie visible las correhuelas se imponían, como siempre. Pero al menos, los delfinios podrían disfrutar de un temporal respiro.

La señora Cocker apareció en la ventana del salón.

—Perdone usted, señora, pero está aquí el doctor Kennedy. Tiene interés por saber cuánto tiempo va a durar la ausencia de los señores Reed. Le he contestado que no lo sé, pero que usted, probablemente, estaría informada. ¿Le digo que pase aquí?

—¡Oh, sí! Haga el favor, señora Cocker…

Éste reapareció poco después en compañía del doctor Kennedy.

Un tanto aturdidamente, miss Marple se presentó a sí misma:

—… y comuniqué a Gwenda que mientras estuviera fuera, yo me entretendría arrancando en este jardín las malas hierbas. Foster, su jardinero, está engañando a mis jóvenes amigos. Viene aquí dos veces por semana, se bebe gran cantidad de tazas de té, habla por los codos… y no hace nada.

—Sí —contestó el doctor Kennedy, con aire ausente—. Todos ellos son iguales…

Miss Marple estudió a su interlocutor. Era un hombre mayor de lo que ella se había imaginado ateniéndose a la descripción de Reed. «Un viejo prematuro», pensó. Daba la impresión de hallarse muy preocupado, además, sumamente nervioso. Permaneció

inmóvil, acariciándose la saliente barbilla.

—Así que se han ausentado —comentó—. ¿Van a estar fuera de aquí mucho tiempo?

—¡Oh, no creo! Tenían que visitar a unos amigos que viven en el norte de Inglaterra. Los jóvenes son siempre inquietos. No saben parar en ningún lado.

—Sí, es cierto —corroboró el doctor Kennedy.

Hizo un pausa, agregando luego, deferente:

—Giles Reed me escribió pidiéndome unos papeles… ¡hum!… Unas cartas, si podía encontrarlas…

Miss Marple le atajó serenamente.

—¿Las cartas de su hermana?

—¡Oh! Así, pues, usted goza de su confianza… ¿Es usted de la familia?

—No soy más que una buena amiga —repuso miss Marple—. Les he aconsejado con el mayor desinterés. Lo malo es que nadie suele aceptar consejos, por muy desinteresados que sean… Una lástima, pero esto es lo que pasa normalmente…

—¿Qué les ha aconsejado usted? —inquirió él, curioso.

—Que dejen al crimen… dormir —repuso miss Marple.

El doctor Kennedy se dejó caer pesadamente sobre un incómodo y rústico banco.

—Eso no está mal expuesto —dijo él—. Gwennie me inspira un gran afecto. Era muy buena, de niña. Y veo que con los años se ha convertido en una juiciosa mujer. Temo que acabe por enfrentarse con algún grave problema.

—Hay muchas clases de problemas —manifestó miss Marple.

—¿Cómo? Sí, sí… Es verdad.

El hombre suspiró, agregando después:

—Giles Reed me escribió preguntándome si podía facilitarle las cartas escritas por mi hermana tras su marcha de aquí… así como una muestra de su escritura. —El doctor Kennedy miró fijamente a miss Marple—. ¿Se da cuenta de lo que esto significa?

Miss Marple asintió.

—Creo que sí.

—Se aferran a la idea de que Kelvin Halliday al decir que había estrangulado a su esposa no hacía más que expresar la verdad de lo

ocurrido. Piensan que las cartas de mi hermana Helen no fueron escritas por ella… que eran falsas. Se figuran que no salió de esta casa con vida.

Miss Marple contestó, suavemente:

—Y usted, ahora, duda…

—No fue esto lo que me pasó en su día. —La mirada de Kennedy se había fijado en el vacío—. Todo se me antojó muy claro. Juzgué que me enfrentaba con una alucinación por parte de Kelvin. Allí no había ningún cadáver. Habían desaparecido unas ropas, una maleta… ¿Qué otra cosa cabía pensar?

—¿Y es verdad que su hermana… —miss Marple tosió para disimular su indiscreción— se interesaba entonces… ¡ejem!… por cierto caballero?

—Yo amaba a mi hermana. Ahora bien, he de admitir que en la vida de Helen siempre había un hombre en perspectiva. Hay mujeres que están hechas así… No pueden evitarlo.

—Todo lo vio usted muy claro en su día —subrayó miss Marple —. Pero en la actualidad no le parece evidente aquello. ¿Por qué?

—Porque estimo increíble que Helen no haya querido ponerse en comunicación conmigo, de estar con vida, pese a los años transcurridos. De la misma forma, si ha muerto, es igualmente extraño que no me haya sido notificado el hecho. Bien…

El doctor Kennedy se puso en pie.

Extrajo de uno de sus bolsillos unos papeles.

—He aquí todo lo que puedo hacer. Seguramente, destruí la primera de las cartas que me escribió Helen. No me ha sido posible hallarla. Pero conservé la segunda, la carta en que me indicaba como señas una lista de correos. Y esto es la única muestra de escritura que he podido localizar de Helen. Es una lista de bulbos, plantas, etcétera, para una plantación, la copia de algún pedido, quizás. El tipo de letra de la lista y el de las cartas me parecen iguales, si bien yo no soy ningún experto en estas cosas. Voy a dejarlo todo aquí para que Giles y Gwenda lo examinen cuando vuelvan. Probablemente, no vale la pena enviárselo por correo.

—Desde luego que no. Me parece que esperaban estar de regreso mañana… o pasado mañana.

El doctor inclinó la cabeza, afirmando. Luego, miró a su

alrededor, todavía con aire ausente, para decir, de pronto:

—¿Sabe usted qué es lo que me preocupa? Si Kelvin Halliday dio muerte a su esposa, tuvo que ocultar el cadáver en alguna parte, tuvo que desembarazarse de él de una manera u otra… Y esto significa que la historia que me contó (¿qué otra cosa puede significar?) fue un cuento inteligentemente urdido… Él había escondido oportunamente una maleta con ropas para poder hacer creer a los demás que Helen había huido, él había dispuesto lo necesario para que fuesen enviadas las cartas desde el extranjero… Todo eso nos dice que aquél fue un crimen premeditado, cometido a sangre fría. La pequeña Gwennie era una niña deliciosa. Debió ser doloroso para ella tener por padre a un paranoico, pero es diez veces peor un padre capaz de cometer un crimen con todos los agravantes.

Kennedy dio media vuelta. Miss Marple impidió su rápida partida con una pregunta.

—¿A quién temía su hermana, doctor Kennedy?

Él la miró a los ojos, fijamente.

—¿A quién temía? A nadie, que yo sepa.

—Solamente me preguntaba si… Por favor, dispense si le hago alguna pregunta indiscreta… Ella tuvo que ver con un joven, ¿no? Quiero decir que tuvo relaciones, siendo muy joven, con un individuo llamado… Afflick, me parece.

—¡Ah! Las tonterías de la juventud de la mayor parte de las chicas… Era un tipo indeseable aquél… Desde luego, no pertenecía a su clase social. Luego, se vio metido en ciertos líos.

—He estado preguntándome si ese joven decidiría posteriormente… vengarse.

El doctor Kennedy sonrió escépticamente.

—Bueno, no creo que calara mucho este asunto en él. Después, como ya he dicho, se metió en algunos líos y abandonó la población para siempre.

—¿Qué clase de líos?

—¡Oh! Nada de índole criminal. Fueron indiscreciones. Habló más de la cuenta acerca de los negocios de su jefe.

—¿Era su jefe el señor Walter Fane?

El doctor se mostró sorprendido.

—Sí… Ahora que ha dicho usted eso, recuerdo que trabajaba en la firma «Fane & Watchman», como un empleado más.

«¿Como un empleado más?», se preguntó miss Marple, inclinándose de nuevo para seguir arrancando las malas hierbas, después de haberse marchado el doctor Kennedy…

Capítulo XIX

Habla el Señor Kimble

El señor Kimble mostró la taza a su mujer. La irritación soltó su lengua.

—¿En qué estás pensando, Lily? —preguntó—. ¡Esto no tiene azúcar!

La señora Kimble se apresuró a reparar el fallo. Luego, continuó aferrada a su tema.

—Estoy pensando en este anuncio —respondió—. En él se menciona *a* Lily Abbott, añadiendo que «trabajó como doncella en "Santa Catalina" de Dillmouth». Ésa soy yo, por supuesto.

—Ya —convino el casi siempre lacónico señor Kimble.

—Han pasado muchos años… Tienes que convenir conmigo que esto es raro, Jim.

—Sí.

—¿Y qué crees que debo hacer?

—Olvidarlo.

—¿Y si en este asunto hubiera dinero por en medio?

El señor Kimble produjo unos sonidos de gorgoteo al apurar la taza. Se estaba preparando adecuadamente para el esfuerzo mental que representaba en su caso pronunciar un largo discurso. Adelantó la taza y estableció el prefacio de sus observaciones con un lacónico: «Más». Seguidamente, se lanzó:

—Hubo un tiempo en que no parabas de hablar de lo sucedido en «Santa Catalina». Yo no te hacía caso… Me figuraba que eran habladurías de mujeres Quizá me equivocara. Es posible que pasara

algo raro allí. En tal caso hay que pensar en la intervención de la Policía, y tú, me imagino, que no querrás verte complicada en nada sucio, ¿eh? Se acabó, pues. Olvídate de eso, muchacha.

—Claro, y ya no hay más que hablar. ¿Y si hubiera algún testamento en el que me dejaran dinero? Puede ser que la señora Halliday haya vivido hasta ahora, dejándome algo…

—¿Y por qué había de acordarse ella de ti? ¡Bah!

El señor Kimble sabía dar a sus monosílabos una especial inflexión de desdén.

—Y si fuera cosa de la Policía… Tú sabes, Jim, que existen grandes recompensas a veces para quienes facilitan información para la captura de un criminal.

—¿Y qué información podrías dar tú? Todo lo que crees saber te lo inventaste…

—Eso es lo que tú piensas. Sin embargo, estaba diciéndome…

—¿Sí? —inquirió el señor Kimble, disgustado.

—Todo empezó en el momento en que vi el anuncio en el periódico. Quizá comprendiera yo mal las cosas. Layonee era una estúpida, como todas las extranjeras… No comprendía lo que le decías, y hablaba el inglés de una manera horrible. Si ella no quiso dar a entender lo que yo me figuré… He estado intentando recordar el nombre de aquel individuo… Bueno, si fue a él a quien ella vio… ¿Recuerdas la película de que te hablé? *El Amante Secreto*. Muy emocionante. Fue localizado finalmente, gracias a su coche. Pagó cincuenta mil dólares al hombre del garaje para que no se acordara de que habíase abastecido de combustible aquella noche. No sé cuántas libras son esos dólares… Y el otro estaba allí también, y el esposo como enloquecido por causa de los celos. Todos andaban locos por ella. Y por último…

El señor Kimble echó hacia atrás su silla, arrancando a las losas como un chillido humano. Púsose en pie lenta, pesadamente. Antes de abandonar la cocina, decidió pronunciar su ultimátum, el de un hombre que no dejaba de poseer cierta astucia… pese a no delatarlo, principalmente por su mutismo.

—Desentiéndete de toda esa historia, muchacha —dijo—. Puede ser que lo sientas si no me haces caso. Es lo más probable.

El señor Kimble entró en la habitación contigua, calzándose sus

botas (Lily era muy especial en lo tocante al piso de la cocina) y saliendo de la casa.

Lily se sentó, apoyando los codos en la mesa. Por su pequeño y necio cerebro pasaban muchas cosas. Desde luego, ella no podía ir contra su esposo, pero… Jim era tan timorato, tan poco emprendedor… Le hubiera gustado poder dirigirse a una persona capaz de informarla, alguien que entendiese de recompensas, de procedimientos policíacos, que supiese decirle qué significaba todo aquello. Era una lástima despreciar una ocasión que se le ofrecía de ganar dinero.

Aquel receptor de televisión… una casa bien arreglada… aquel abrigo de color cereza que viera en los escaparates de «Russell's»… unas piezas jacobinas, quizá, para el cuarto de estar…

Avariciosa, codiciosa, corta de vista, continuó soñando… ¿Qué era exactamente lo que Layonee le dijera, muchos años atrás?

Tuvo una idea. Se levantó y fue en busca del tintero, de la pluma y de un bloc de papel de escribir.

«Ya sé lo que voy a hacer —pensó—. Escribiré al doctor, al hermano de la señora Halliday. Él me dirá cómo debo proceder… es decir, si aún vive. De todos modos, me remuerde la conciencia no haberle hablado nunca de Layonee… ni de aquel coche».

Durante un buen rato sólo se oyó en aquella habitación el rasgueo de la pluma de Lily deslizándose laboriosamente por el papel. Escribía cartas muy de tarde en tarde y aquel trabajo representaba para ella un gran esfuerzo.

Sin embargo, logró dar forma a su escrito y terminarlo. Metió el papel en un sobre y cerró éste.

No experimentaba la satisfacción que habíase imaginado sentir al principio de todo. Lo más probable era que el doctor hubiese fallecido, o que se hubiera ausentado de Dillmouth.

¿Había alguien más?

¿Cuál era el nombre de aquel tipo?

Si al menos ella hubiera podido recordar *aquello*…

Capítulo XX

Helen, la joven

Giles y Gwenda acababan de desayunar, aquella mañana de su regreso de Northumberland, cuando les fue anunciada la presencia de miss Marple. Les abordó con unas palabras de excusa:

—Ciertamente, es muy temprano para ir de visita. Es algo que no tengo la costumbre de hacer. Ahora bien, deseaba explicaros una cosa.

—Nosotros nos sentimos encantados de verla —contestó Giles, ofreciéndole una silla—. Le serviré una taza de café.

—¡Oh, no! Muchas gracias… No voy a tomar nada. He desayunado muy convenientemente. Y ahora dejadme hablar… Vine aquí a hacerlo; estuve entreteniéndome en el jardín con la labor de supresión de malas hierbas…

—Es usted un ángel —comentó Gwenda.

—Pensé que con dos días de trabajo a la semana no es posible tener en las debidas condiciones este jardín. En cualquier caso, creo que Foster se está aprovechando de vosotros. Toma demasiado té y habla excesivamente. Habiendo sabido que él no puede dedicaros otro día más, opté por contratar por mi cuenta los servicios de otro hombre, quién vendrá un día por semana, los miércoles… Hoy, en efecto.

Giles fijó la vista con curiosidad en el rostro de miss Marple. Sentíase ligeramente sorprendido. Indudablemente, la intención de miss Marple había sido buena, pero tenía algo de intromisión. Y nunca habíala tenido por una entrometida.

Manifestó, pensativo:

—Foster es demasiado viejo para poder realizar trabajos duros, desde luego.

—Lo malo, querido Giles, es que Manning es todavía mayor que él. Setenta y cinco años, me ha dicho que tiene. Ahora bien, he creído que al procurarnos su colaboración dábamos un paso adelante en nuestras indagaciones, ya que hace mucho tiempo trabajó para el doctor Kennedy. ¡Ah! Afflick se apellidaba el joven con quien Helen estuvo comprometida…

—Mentalmente —dijo Giles—, he estado dudando de usted, miss Marple. Ahora reconozco que es usted genial. ¿Sabe ya que Kennedy me ha facilitado las muestras que necesitaba de la escritura de Helen?

—Lo sé. Estaba aquí cuando las trajo.

—Pienso enviarlas por correo a un buen grafólogo, cuyas señas me procuré la semana pasada.

—Pasemos al jardín. Manning andará trabajando ya por ahí —señaló Gwenda.

Manning era un viejo de encorvado cuerpo y gesto malhumorado. Tenía unos ojos muy húmedos, de astuta expresión. Al notar que los dueños de la casa se aproximaban a él aceleró notablemente el ritmo de los movimientos del rastrillo que manejaba.

—Buenos días, señor. Buenos días, señora. Su amiga me indicó que deseaban que les ayudara en el jardín los miércoles. Por mi parte, encantado. Veo, sin embargo, muy descuidado todo esto.

—El jardín lleva ya algunos años en el mismo estado, en general.

—Efectivamente. Recuerdo haber trabajado aquí cuando la casa pertenecía a la señora Findeyson. Un cuadro, parecía entonces. La señora Findeyson era muy aficionada a la jardinería.

Giles, con toda naturalidad, utilizó el astil de la primera herramienta que halló a mano como punto de apoyo. Gwenda se dedicó a apreciar el olor de algunas rosas. Miss Marple se apartó unos pasos con el fin de inclinarse sobre el suelo y arrancar algunas malas hierbas más. El viejo Manning continuó operando con su rastrillo. Todo quedaba preparado para una ociosa conversación matinal sobre la jardinería en los viejos tiempos.

—Supongo que usted conocerá la mayor parte de los jardines de por aquí —apuntó Giles.

—Pues sí, conozco este lugar bastante bien. Y algunas de las manías de las gentes que han ido habitando sucesivamente estas casas. La señora Yule, de Niagra, tenía un seto recortado de manera que ofrecía la figura de una ardilla. Un capricho… Si hubiera pensado en un pavo real, todavía… Al coronel Lampard se le daban muy bien las begonias. Las suyas eran preciosas. Una cosa que parece haber pasado de moda es la plantación en macizo. En los últimos seis años me he visto obligado a hacer muchos cambios en las superficies de césped… A la gente, por lo visto, ya no le agradan los geranios mezclados con las lobelias en los setos…

—Usted trabajó también con el doctor Kennedy, ¿verdad?

—Hace mucho tiempo. Por el año 1920, quizá, y después… Se mudó, renunciando a estas cosas. Ahora, en «Crosby Lodge», se encuentra el joven Brent. ¡Qué ideas más chocantes las suyas! Todo lo cura con sus tabletas blancas. «Vitapinas», las llama.

—Me imagino que usted se acordará de miss Helen Kennedy, la hermana del doctor…

—Claro que me acuerdo de ella. Era una joven muy bonita, de largos y rubios cabellos. Al casarse se instaló en esta misma casa, con su esposo, un militar del ejército de la India.

—Lo sabíamos —declaró Gwenda.

—He oído decir… el sábado por la noche… que usted y su esposo eran parientes de ella. Cuando volvió del colegio, miss Helen era una muñeca. Y le gustaba mucho divertirse. Deseaba ir a todas partes. No se perdía ningún baile. Practicaba el tenis. Por cierto que tuve que poner en condiciones el campo de tenis, que llevaba sin ser usado veinte años, diría yo. Había matas por todas partes. Hubo que arrancarlas, naturalmente. Me vi obligado a marcar con una mezcla de cal y agua las líneas. Trabajé lo mío allí… para que al final apenas se jugara en ese campo. Siempre me chocó esto…

—¿Qué es lo que le chocó concretamente?

—Lo de la red de tenis… Alguien se coló una noche allí para… hacerla pedazos. La hizo pedazos, sí. Debió de ser alguien que pretendía vengarse.

—Pero ¿quién podía ser capaz de realizar una acción semejante?

—Es lo que el doctor quería saber. Estaba indignado. Y yo creo que con razón. Llegó hasta ofrecer una recompensa con tal de conocer la identidad del autor de la fechoría. No pudimos averiguarlo. Nunca lo supimos. Entonces, él decidió dejar el campo sin red, para no exponerse a otra acción semejante. Miss Helen se sintió muy disgustada. La pobre no tenía suerte. Primero, lo de la red, y luego lo del pie…

—¿Qué fue lo del pie? —inquirió Gwenda.

—Pisó un rastrillo o no sé qué herramienta por el estilo y se hizo un corte. Era poco más que un arañazo, pero no llegaba a curarse. El doctor se sintió muy preocupado con aquello. La vendaba adecuadamente el pie después de sanear la herida, pero ésta seguía igual. «No lo entiendo —decía el doctor—. Las púas de ese rastrillo debían de estar muy sucias u oxidadas… La herida se ha infectado. Por otro lado —solía añadir—, ¿qué hacía ese rastrillo en medio del camino?». Porque allí estaba cuando miss Helen tropezara con él, al encaminarse a su casa una noche oscura como boca de lobo. La pobre muchacha tuvo que pasarse una temporada sentada en una silla, con el pie en alto, perdiéndose los bailes y reuniones a que era tan aficionada. Tenía mala suerte, sí…

Giles se dijo que había llegado el momento indicado para formular determinada pregunta, en la cual estaba pensando desde hacía unos minutos.

—¿Se acuerda usted de alguien apellidado Afflick?

—¿Se refiere usted a Jackie Afflick? ¿El que trabajaba en las oficinas de «Fane & Watchman»?

—Sí. Era muy amigo de Miss Helen, ¿eh?

—Un disparate, tal amistad. El doctor cortó aquellas relaciones, e hizo muy bien. Jackie Afflick no tenía la menor clase. Era demasiado avispado, de los que acaban mal por ser tan listos. Pero estuvo aquí poco tiempo. Se metió en un lío. De buen ejemplar nos libramos… En Dillmouth, esta clase de individuo no agrada. Creo que se dedicó a aplicar sus habilidades en otras panes…

Gwenda preguntó:

—¿Se encontraba él aquí cuando fue destrozada la red del campo de tenis?

—¡Ah! Ya sé lo que está usted pensando. Sin embargo, yo pienso

a mi vez que él era incapaz de hacer algo tan insensato. Ya he dicho que Jackie Afflick era un joven muy despierto. Lo de la red sería una venganza…

—¿Había alguien que detestaba a miss Helen, quizás?

El viejo Manning exteriorizó una burlona risita.

—Entre sus amigas, por supuesto, no caía muy bien. Ninguna podía compararse con ella. Sin embargo, yo me inclino a pensar que aquella acción debió ser obra de algún vagabundo, en un arranque de estúpido mal humor.

—¿Se sintió muy afectada Helen por lo de Jackie Afflick? —quiso saber Gwenda.

—Miss Helen apenas se interesaba por los chicos que solían acompañarla. Limitábase a divertirse… Y eso que los había muy devotos de su persona. Walter Fane, por ejemplo. La seguía a todas partes como un perro.

—¿Y a ella le tenía sin cuidado el joven?

—Completamente sin cuidado. Ya he dicho que miss Helen sólo pensaba en pasarlo lo mejor posible: Walter Fane se marchó al extranjero, pero volvió más tarde. Ahora dirige la firma de su padre. Se quedó soltero. No me parece mal. Las mujeres suelen causar numerosos problemas a los hombres.

—¿Es usted casado? —inquirió Gwenda.

—Llevo enterradas dos mujeres —replicó el viejo Manning—. Bueno, no puedo quejarme. Ahora puedo fumar mis pipas en paz allí donde me place.

Todos guardaron silencio. Manning empuñó de nuevo su rastrillo.

Giles y Gwenda dieron media vuelta, encaminándose a la casa. Miss Marple decidió desentenderse temporalmente de las malas hierbas para unirse a la pareja.

—Miss Marple —dijo Gwenda—: se le ha puesto mala cara de pronto. ¿Le ocurre algo?

—No, nada, querida. —La anciana se detuvo un instante, agregando luego, con rara firmeza—: Eso de la red del tenis no me ha gustado nada… Fue destrozada… Ya entonces…

Giles escrutó el rostro de la anciana, curioso.

—No comprendo del todo… —empezó a decir.

—¿No lo entiendes? A mí se me antoja terriblemente claro. Pero quizá sea mejor que no lo entiendas. Por otro lado… puedo estar equivocada. Contadme ahora qué tal os fue por Northumberland.

Gwenda y Giles procedieron a referir a miss Marple sus actividades allí escuchándoles ella con toda atención.

—Realmente es una historia muy triste —comentó Gwenda—, una auténtica tragedia.

—En efecto. ¡Pobre!

—Es lo que yo me dije… ¡Cómo debe de sufrir ese hombre!

—¿Él? ¡Oh, sí, desde luego!

—¿Se refería usted acaso…?

—Pues sí… Yo estaba pensando en ella, en la esposa. Probablemente, estaba muy enamorada de él. Y él iría al matrimonio porque le convenía, quizás, o porque la mujer le inspiraba compasión, o por una cualquiera de esas amables y sensatas razones que los hombres aducen; razones que, en definitiva, son terriblemente injustas.

Giles citó, en voz baja:

—*Conozco un centenar de formas de amar, y cada una de ellas hace que el ser amado se sienta arrepentido*.

Miss Marple se volvió hacia él.

—Sí. Eso es cierto. Los celos, habitualmente, no constituyen un asunto basado en una serie concreta de «causas». Son algo mucho más… ¿cómo lo diré?… más fundamental. Se basan en el conocimiento de que el amor de una persona no es correspondido. Entonces, esta persona se dedica a esperar, a observar, a mirar… cómo el ser amado se vuelve hacia otra parte. Lo cual, invariablemente, sucede. De este modo, la señora Erskine ha convertido en un infierno la vida de su marido, y éste, sin poder evitarlo, ha hecho que ella habite en otro infierno. Pero estimo que el sufrimiento de la mujer ha sido superior. Y, no obstante, me atrevería a decir que él la quiere.

—No puede ser —objetó Gwenda.

—¡Ah, querida! Tú eres muy joven todavía. Él no ha llegado a abandonar a su esposa, y esto ya representa algo.

—Por los hijos. Porque él entendió que estaba obligado a atenderlos.

—Los hijos influyen en tales cosas, quizá —reconoció miss Marple—. He de confesar, pese a todo, que no parecen los caballeros muy preocupados por sus deberes en lo que a sus esposas atañe… Lo del «servicio público» es ya otra cuestión.

Giles se echó a reír.

—Se está usted mostrando maravillosamente irónica miss Marple.

—¡Oh! Espero que no me veas realmente así, Giles. Una siempre ha abrigado esperanzas en cuanto a la humana naturaleza. Yo intento ser…

—Sigo teniendo la impresión de que nada tuvo que ver Walter Fane con la desaparición de Helen —resumió Gwenda, pensativa—. Y estoy segura de que en el mismo caso se encuentra el comandante Erskine. Segura, sí, lo sé.

—No siempre puede una dejarse guiar por las impresiones personales —contestó miss Marple—. Hay personas que obran a veces de una manera sorprendente, completamente inesperada… Todavía me acuerdo de la sensación que produjo en la población en que vivo el gesto del tesorero del «Christmas Club», cuando se descubrió que había apostado todos los fondos a favor de un caballo de carreras. Siempre había desaprobado las apuestas, toda clase de juegos. Su padre, por ser un jugador precisamente, había dado muy mala vida a su esposa, de suerte que intelectualmente hablando era sincero por completo. Pero un día, conduciendo su coche por las inmediaciones de Newmarket, vio varios caballos que estaban siendo entrenados. La tentación le dominó de pronto… La sangre manda.

—Los antecedentes de Walter Fane y Richard Erskine les colocan por encima de toda sospecha —señaló Giles, gravemente, pero con una casi imperceptible sonrisa al mismo tiempo—. Además, este crimen, si lo hay, está lejos de ser la obra de un asesino *amateur*.

—Lo importante —subrayó miss Marple— es que ellos estuvieron allí, en el sitio. Walter Fane vivía en Dillmouth. El comandante Erskine, si hemos de atenernos a sus palabras, debió de haber estado con Helen Halliday muy poco antes de su muerte… y tardó algún tiempo en regresar a su hotel aquella noche.

—Pero él me habló con franqueza. Él…

Gwenda calló. La mirada de miss Marple era ahora muy, pero muy severa.

—Solamente pretendo realzar la importancia de hallarse *en el sitio* —dijo miss Marple.

La anciana miró a los dos jóvenes alternativamente, diciendo a continuación:

—Creo que no tendréis problemas a la hora de localizar las señas de Jackie Afflick. Esto ha de ser bastante fácil, puesto que sabemos que es el propietario de «Daffodil Coaches».

Giles asintió.

—Yo me preocuparé de ello. Miraré en el anuario telefónico. —Hizo una pausa y agregó—: ¿Cree usted que debemos ir a verle?

Miss Marple reflexionó unos instantes, contestando:

—Si lo hacéis… habréis de andar con pies de plomo. Acordaos de lo que el anciano jardinero dijo… Jackie Afflick es un nombre inteligente… Por favor, tened mucho cuidado…

Capítulo XXI

J.J. Aflick

1

J. J. Afflick, «Daffodil Coaches», «Devon & Dorset Tours», etcétera, estaba registrado en la guía telefónica con dos números. Tenía una oficina en Exeter. Su casa quedaba en las inmediaciones de esta población.

Fue concertada una cita para el día siguiente.

En el preciso instante en que Giles y Gwenda se alejaban de la casa en su coche, la señora Cocker salió corriendo de la misma, gesticulando. Giles, al verla, paró el vehículo.

—El doctor Kennedy al teléfono, señor.

Giles se apeó, entrando en la vivienda para atender la llamada.

—Giles Reed al habla.

—Buenos días. Acabo de recibir una carta bastante rara. La ha escrito una mujer llamada Lily Kimble. He estado hurgando un buen rato en mi memoria para tratar de recordarla… Pensé que sería una de mis pacientes, primero… Esto me despistó. Ahora me inclino a creer que estuvo trabajando en esa casa. Seguro, casi, que su nombre era Lily, si bien no me acuerdo del apellido.

—Aquí hubo una Lily. Gwenda se acuerda de ella. Recuerda que le puso un lazo al gato.

—Gwennie debe gozar de una memoria muy feliz.

—Sí, desde luego…

—Bueno, yo quisiera hablar unas palabras con usted acerca de este caso…, pero no por teléfono. ¿Estará usted ahí si yo voy a verle?

—Nos disponíamos a salir para Exeter. Si lo prefiere, podríamos pasar por su casa. Nos coge de camino.

—Perfectamente. Les espero.

A su llegada allí, el doctor les explicó:

—No me gusta hablar de ciertas cosas por teléfono. Siempre he tenido la impresión de que las operadoras de nuestra centralita escuchan las conversaciones. Aquí está la carta de la mujer.

Extendió el papel sobre la mesa. Aquel texto, evidentemente, era obra de una persona carente de instrucción. Lily Kimble había escrito lo siguiente:

Muy señor mío:

Le agradeceré si me pudiera orientar sobre el anunzio que he recortado del periódico y le envío aquí. He estado pensando en eso y hablé con el señor Kimble, pero no se que hacer, si usted cree que puede representar dinero estoy segura de poder ganármelo aunque no quiero que se mezcle la policía en el asunto ni nada por el estilo. He pensado muchas veces en la noche en que huyó la señora Halliday, cosa que no creí que hiciera porque la cuestión de las ropas estaba mal. pensé primero que el señor había hecho todo aquello pero luego ya no estuve tan segura por el coche que vi desde la ventana. un coche de primera era que yo había visto antes, pero no quisiera hacer nada sin que antes me dijera usted que obraba bien y que no mediara la policía ya que nunca he tenido que ver con ella y al señor Kimble no le gustaría. Podría ir a verle si puedo el jueves que viene que es día de mercado y sale el señor

Kimble, muy agradecida si puede ayudarme.
Le saluda respetuosamente.
LILY KIMBLE.

—En el sobre figuraban las señas de mi antigua casa de Dillmouth —manifestó Kennedy—, llegando a mi poder después de ser reexpedida. El recorte corresponde a su anuncio.

—Es maravilloso —comentó Gwenda—. Esta Lily… ¿se da cuenta?… no cree que fuese mi padre quien lo hizo…

Sus palabras estaban cargadas de júbilo. El doctor Kennedy fijó en ella una fatigada mirada.

—Me alegro por ti, Gwennie —dijo, afablemente—. Espero que aciertes. Bueno, creo que lo mejor que se puede hacer es lo siguiente: voy a contestar ahora mismo esta carta para decirle que se presente aquí el jueves. La comunicación por ferrocarril es buena. Si cambia de tren en el empalme de Dillmouth podrá presentarse en este lugar poco después de las cuatro y media. De esta forma, en el caso de que esa tarde vengáis vosotros, podremos charlar con ella todos.

—Magnífico —repuso Giles, consultando su reloj—. Vamonos, Gwenda. Tendremos que darnos prisa. Estamos citados —explicó— con el señor Afflick, de «Daffodil Coaches», un hombre normalmente ocupado, según nos ha dicho él mismo.

—¿Afflick? —Kennedy frunció el ceño—. ¡Desde luego! Se trata de la carretera. Sin embargo, ese apellido se me ha antojado vagamente familiar en otro sentido…

—Helen… —sugirió Gwenda.

—¡Dios mío! No será aquel tipo, ¿eh?

—Pues… sí, sí que lo es.

—Era una rata, un miserable… ¿Cómo ha podido abrirse paso en el mundo un hombre como ése?

—Desearía hacerle una pregunta, señor —declaró Giles—. Usted impidió que continuara relacionándose con Helen… ¿Por qué? ¿Fue esto debido solamente a la… posición social de Afflick?

El doctor Kennedy miró con severidad al joven.

—Soy un hombre anticuado, amigo mío. De acuerdo con el

estilo actual, un hombre vale tanto como otro cualquiera. Indudablemente, esta idea tiene un gran sentido moral. Ahora bien, yo estimo que cada uno nace en un estrato social y que manteniéndose dentro del mismo tiene las máximas probabilidades de conseguir la felicidad. Por otro lado, juzgué desde el principio que ese tipo era un indeseable. Lo cual, por otra parte, resultó quedar demostrado más tarde.

—¿Qué es lo que hizo, concretamente?

—No lo recuerdo con exactitud. En líneas generales, parece ser que intentó facilitar información reservada, referente a un cliente, que había obtenido en las oficinas de la firma Fane, empresa donde trabajaba, a cambio de dinero.

—Encajaría muy mal aquel golpe, al ser despedido, ¿verdad?

Kennedy respondió seco, lacónico:

—En efecto.

—Habría otro motivo, seguramente de más peso, para que a usted no le agradara como amigo de su hermana… ¿Observó algunas irregularidades o algo extraño en su conducta?

—Puesto que ha sacado a colación el tema, le contestaré con toda franqueza. A mi parecer, y según pudo observarse sobre todo después de haber sido despedido de la firma Fane, Jackie Afflick dio muestras de hallarse un tanto desequilibrado. Se observó en él una incipiente manía persecutoria. Es posible que esto se corrigiera posteriormente, al lograr ir adelante en la vida, pero nunca me gustó.

—¿Quién lo despidió? ¿Walter Fane?

—No sé si fue él personalmente quien lo echó de la firma. Simplemente, perdió su empleo…

—¿Alegó acaso que había sido tratado injustamente?

Kennedy asintió.

—Ya… Bueno, Gwenda, es tarde, tendremos que correr como el viento. Hasta el jueves, señor.

2

La casa era de reciente construcción. Sus blancos muros de recio hormigón presentaban muchas curvas, campeando en ellos numerosas ventanas. Entraron en un amplio y lujoso vestíbulo, desde donde pasaron a un estudio, en el cual la pieza dominante entre cuantas había era una cromada mesa de grandes dimensiones.

Gwenda murmuró, nerviosa, al oído de Giles:

—En realidad, no sé cómo nos las hubiéramos arreglado sin miss Marple. Vamos apoyados en ella a cada paso. Primeramente, mediaron sus amigos de Northumberland y ahora la esposa del pastor de su población de residencia, que regenta el «Club de los Jóvenes»…

Giles levantó rápidamente una mano… La puerta se abrió en aquel instante, entrando J. J. Afflick en la espaciosa estancia.

Era un hombre corpulento, de mediana edad, vestido con un traje a cuadros, violentamente marcados. Los ojos, oscuros, tenían una expresión de astucia; la faz era rojiza y de natural expresión. Respondía a la imagen popular del escritor de libros famoso.

—¿El señor Reed? Buenos días. Encantado de conocerle.

Giles le presentó a Gwenda. Ella sintió que la mano le era oprimida con más fuerza de lo normal.

—¿En qué puedo servirle, señor Reed?

Afflick se sentó ante su gran mesa. Ofreció a sus visitantes los cigarrillos que contenía una tabaquera de ónix.

Giles empezó a hablar del «Club de los Jóvenes». Unos amigos suyos dirigían el mismo. Tenía interés en organizar una excursión de dos días de duración por Devon…

Afflick replicó a sus peticiones inmediatamente. Dominaba aquello. Citó precios, hizo algunas sugerencias… Pero en su faz se veía ahora un gesto de perplejidad.

Finalmente, manifestó:

—Bueno, señor Reed, esto queda bastante aclarado, y además le escribiré confirmándole todos los detalles que acabo de facilitarle. Nos hemos referido a una cuestión puramente del negocio… Mi empleado no obstante me había dicho que usted deseaba hablar conmigo de un asunto personal, sin embargo…

—Nosotros deseábamos verle, señor Afflick, para tratar con usted de dos cosas. La primera está zanjada ya, en efecto. La otra es

de índole privada. Mi esposa tiene mucho interés en establecer contacto con su madrastra, a la que lleva muchos años sin ver, y nos hemos preguntado si usted podría ayudarnos de alguna forma.

—Bueno, si me dicen el nombre de esa señora… Supongo que ha de ser alguna conocida mía…

—La conoció usted en cierta época. Se llama Helen Halliday, siendo su nombre de soltera Helen Kennedy.

Afflick se quedó inmóvil. Cerró los ojos y se recostó lentamente en su sillón, haciendo memoria.

—Helen Halliday… No recuerdo… Helen Kennedy…

—Vivió en Dillmouth —aclaró Giles.

Afflick se inclinó con viveza hacia delante.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. Desde luego. ¡La pequeña Helen Kennedy! Sí, naturalmente que la recuerdo. Pero de eso hace mucho tiempo… Deben de haber pasado veinte años.

—Dieciocho.

—¿De verás? El tiempo vuela, verdaderamente. Ahora, creo que no voy a poder serles de utilidad, señora Reed. No he vuelto a ver a Helen desde aquella época. Ni siquiera he tenido noticias de ella.

—¡Qué contrariedad! —se lamentó Gwenda—. Esperábamos que usted pudiera facilitarnos alguna pista.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Hay algún problema? —La mirada de Afflick fue de un rostro a otro—. ¿Se ha producido alguna riña? ¿Abandonó su hogar? ¿Se enfrentan con un problema de dinero?

Gwenda respondió:

—Huyó… de repente… de Dillmouth… hace dieciocho años… lo hizo con alguien…

Jackie Afflick respondió, divertido:

—Y ustedes han pensado que pudo huir conmigo, ¿no? ¿Por qué?

Gwenda contestó, sin más rodeos:

—Porque nos hemos enterado de que usted… y ella… en otro tiempo… fueron… bien… fueron muy amigos.

—¿Helen y yo? Sí, pero aquello no tuvo nada de particular. Cosas de jóvenes. Ninguno de los dos tomó aquello en serio —Afflick añadió, secamente—. Lo cierto es que no nos animaron precisamente para que obráramos en otro sentido al respecto.

—Estará usted pensando de nosotros que somos muy impertinentes… —comenzó a decir Gwenda.

Él la interrumpió.

—Es igual. Su comportamiento me parece muy natural. Ustedes desean encontrar a cierta persona y se han debido figurarse que yo podría ayudarles a encontrarla. Pregúnteme lo que se le antoje. Yo no tengo nada que ocultar —Afflick miró, pensativo, a la joven—. Así que usted es la hija de Halliday…

—Sí. ¿Conoció usted a mi padre?

Él movió la cabeza.

—Una vez, habiendo ido a Dillmouth con motivo de un negocio, quise ver a Helen. Me enteré de que se había casado y de que vivía allí. Helen me atendió cortésmente, pero no me invitó a cenar. No, no llegué a conocer a su padre.

Gwenda creyó haber rastreado una sutil inflexión de vago rencor en la frase «no me invitó a cenar».

—¿Tuvo usted la impresión… de que era feliz?

Afflick se encogió de hombros.

—Yo creo que sí. Bueno, ha pasado mucho tiempo… Seguramente, me acordaría si me hubiese parecido lo contrario.

Seguidamente, el hombre, como impulsado a ello por una natural curiosidad, inquirió:

—¿Es que no han tenido ninguna noticia sobre Helen a lo largo de dieciocho años, tras su salida de Dillmouth?

—No hemos sabido nada de ella.

—¿No recibieron ninguna carta?

—Hubo dos cartas —señaló Giles—, pero tenemos razones para pensar que realmente no fueron escritas por Helen.

—¿Ustedes creen que no las escribió ella? —Afflick se mostraba levemente divertido—. Verdaderamente esto parece uno de esos misterios de las novelas policíacas.

—Igual opinamos nosotros.

—Bueno, y su hermano, el doctor, ¿tampoco sabe nada acerca de su paradero, tampoco ha tenido noticias?

—No.

—¡Vaya! ¿Por qué no ponen un anuncio en los periódicos? Suele ser efectivo y quizá de resultado.

—Ya lo hemos hecho.

Afflick comentó, espontáneamente:

—Todo indica que ha muerto, seguramente. De otro modo, habrían sabido algo de ella.

Gwenda se estremeció.

—¿Tiene frío, señora Reed?

—No. Estaba pensando en Helen. Lo cierto es que no me agrada imaginármela muerta.

—Tampoco a mi. Era una mujer sumamente atractiva.

Gwenda contestó, impulsivamente.

—Usted la conoció. Usted la conoció bien. Yo sólo conservo leves recuerdos de la infancia. ¿Cómo era Helen? ¿Qué pensaban los demás de ella? ¿Qué sentimientos le inspiró a usted?

Afflick miró a su interlocutora durante unos segundos, sin acertar a decir nada.

—Seré sincero con usted, señora Reed —repuso luego—. Puede creerme o no, pero a mí aquella chica me inspiraba realmente una gran compasión.

—¿Compasión? —inquirió Gwenda, sorprendida.

—Exactamente. La muchacha acababa de regresar del colegio. Le gustaba pasarlo bien, como a cualquier chica, tropezando en seguida con su hermano, un hombre de mediana edad, con unas ideas muy raras o anticuadas sobre lo que debía y no debía hacer una joven de sus años… Se aburría. Yo la acompañé en algunas ocasiones… le mostré unos cuantos retazos de la existencia que palpitaba a su alrededor. Yo no estaba enamorado de ella, ni ella de mí. Simplemente, lo pasaba bien a mi lado. Luego él se enteró de nuestros encuentros y decidió poner fin a los mismos. Era natural… Ella quedaba bastante por encima de mí. No fuimos novios… ¡Oh! No hubo nada de eso. Yo pensaba casarme algún día, sí, pero cuando tuviera algunos años más. Deseaba prosperar en la vida y dar con una esposa que me ayudara a ir adelante. Helen no tenía dinero; no era la compañera ideal en ningún aspecto. Fuimos, sencillamente, buenos amigos, con una amistad en la que hubo leves toques de idilio…

—Sin embargo, usted debió de sentirse enojado por la actitud del doctor…

Afflick respondió:

—Admito que estuve irritado. A nadie le agrada verse despreciado. Pero, claro, estas cosas pasan cuando un joven pasa por una situación como la mía entonces.

—Y posteriormente, perdió usted su empleo —apuntó Giles.

El gesto de Afflick ya no era ahora de complacencia.

—Efectivamente, me despidieron de «Fane & Watchman». Y estoy convencido de saber quién fue el responsable de eso.

—¿Sí?

Afflick movió la cabeza.

—No estoy diciendo nada. Tengo mis ideas. Me despidieron y me figuro quién fue el autor de aquella sucia jugada —Afflick tenía ahora las mejillas encendidas—. Fui espiado… se me pusieron trampas, se dijeron mentiras acerca de mi persona. ¡Oh! Siempre he tenido enemigos. Pero nunca pudieron conmigo. Siempre estuve a la altura de las circunstancias. Y yo soy de las personas que no olvidan nada fácilmente.

El hombre guardó silencio. De pronto, su arranque de violencia cesó. Volvía a ser el hombre complaciente de unos minutos antes.

—Así que no puedo ayudarles. Helen y yo fuimos buenos amigos. En nuestra relación no entraron sentimientos más hondos.

Gwenda escrutó la faz de Afflick. Era la suya una historia muy normal, muy comprensible. ¿Respondía a la realidad?, se preguntó la chica. Algo no encajaba en ella, no obstante…

—Pero usted buscó a Helen cuando volvió a Dillmouth más tarde, ¿no es cierto? —objetó Gwenda.

Él se echó a reír.

—Ha reparado usted en el detalle, ¿eh, señora Reed? Pues sí. Quería demostrarle que yo no había sido vencido por la vida sólo porque un abogado de cara muy larga me echara fuera de su oficina. Poseía un negocio próspero, conducía un coche de lujo, había sabido abrirme paso por mí mismo…

—Fue usted a verla más de una vez, ¿verdad?

Él vaciló un momento.

—Fui a verla dos… tres veces, quizá —dijo Afflick con una inflexión especial, queriendo dar a entender a sus visitantes que daba la entrevista por terminada—. Lo siento, no puedo ayudarles.

Giles se puso en pie.

—Hemos de pedirle que nos dispense por haberle entretenido durante tanto tiempo.

—No se preocupe. Hay que recordar de vez en cuando el pasado. Se aparta uno de los monótonos quehaceres cotidianos.

Abrióse la puerta interior de la estancia, plantándose en el umbral una mujer.

—¡Oh! Lo siento… No sabía que tenías visita…

—Entra, querida, entra. Les presento a mi esposa. Estos son el señor y la señora Reed.

La señora Afflick se apresuró a estrechar las manos de Gwenda y Giles. Era una mujer alta, esbelta, de aire un poco deprimido, que vestía unas prendas muy bien cortadas.

—Hemos estado evocando los viejos tiempos —explicó Afflick—, de una época anterior a mi relación contigo, Dorothy.

Volvióse hacia la pareja.

—Conocí a mi esposa durante un crucero. Ella no es de aquí. Es prima de lord Polterham.

Afflick dio a sus palabras una cierta inflexión de orgullo. La mujer se ruborizó ligeramente.

—Resultan muy agradables, en general, los cruceros —manifestó Giles.

—Son, sobre todo, sumamente instructivos —remató Afflick.

—Le he dicho muchas veces a mi esposo que debiéramos hacer uno con base en Grecia —declaró su mujer.

—No dispongo de tiempo. Soy un hombre sumamente ocupado.

—Por cuya razón no debemos entretenerle más —dijo Giles—. Adiós y muchas gracias por su atención. No deje de enviarme el presupuesto de la excursión a que nos hemos referido al principio.

Afflick les acompañó hasta la puerta. Gwenda volvió la cabeza en cierto momento. La señora Afflick se había quedado en la puerta del estudio. Acababa de fijar la mirada en la espalda de su marido y en su rostro se dibujaba un gesto extraño de aprensión.

Giles y Gwenda se encaminaron por fin a su coche.

—¡Qué fastidio! He dejado olvidado ahí dentro mi pañuelo del cuello —declaró ella.

—Siempre vas dejando cosas a tu paso —comentó Giles.

—No te las des de víctima. Yo me encargaré de recuperarlo.

Tornó a entrar en la casa. La puerta del estudio se había quedado abierta y a sus oídos llegaron unas palabras de Afflick:

—¿A qué viene entrometerte así? Ha sido una torpeza por tu parte.

—Lo siento, Jackie. De verdad que no sabía que estaban ellos en el estudio. ¿Quiénes son? ¿Por qué te han puesto nervioso?

—No me he puesto nervioso. Yo…

Afflick calló al ver a Gwenda plantada junto a la puerta principal.

—Perdone, señor Afflick. ¿Me he dejado aquí el pañuelo de cuello?

—¿Un pañuelo de…? No, señora Reed. Aquí no está —contestó él después de buscarlo a su alrededor.

—¡Qué estúpida soy! Debe de estar en el coche.

Gwenda salió de la casa.

Giles había maniobrado para salir. Vieron junto a la acera un gran turismo amarillo, esplendoroso, con cromados por todas partes.

—Eso es un coche —dijo Giles.

—Un coche «de primera» —repuso Gwenda—. ¿Te acuerdas, Giles? Edith Pagett nos refirió algo que Lily había dicho… Ésta había afirmado, muy convencida, de que el capitán Erskine no era «nuestro misterioso hombre del resplandeciente coche»… ¿No te das cuenta de que el hombre misterioso del resplandeciente coche era nuestro Jackie Afflick?

—Sí —replicó Giles—. Y en su carta al doctor, Lily mencionaba un coche «de primera»…

Los dos se miraron en silencio.

—Él estaba allí… «en el sitio», como diría miss Marple… aquella noche. ¡Oh, Giles! Tengo ganas de saber lo que Lily Kimble tiene que decirnos… No sé si tendré paciencia para esperar hasta el jueves.

—Supón que ella se arrepiente, que no se deja ver…

—Vendrá, no lo dudes, Giles; si ese coche tan reluciente estaba allí aquella noche te aseguro que vendrá…

—¿Crees que sería un turismo amarillo, como éste?

—¿Qué? ¿Admirando mi autobús?

La inesperada voz del señor Afflick les causó un tremendo sobresalto. Acababa de asomarse por encima de un seto limpiamente recortado que bordeaba el jardín.

—Mi pequeño «Botón de Oro» le llamo yo siempre. Me gusta el ejercicio, y la jardinería me obliga a moverme… Llama la atención, ¿eh?, ¿no creen que es hermoso?

—Ciertamente —confirmó Giles.

—Soy muy aficionado a las flores —agregó Afflick—. Siento una debilidad especial por los narcisos trompones, por los botones de oro, por las calceolarias… Aquí tiene su pañuelo, señora Reed. Fue a parar debajo de la mesa. Adiós. Encantado de conocerles.

—¿Crees que habrá oído nuestra conversación? —preguntó Gwenda a su marido cuando se alejaban ya de allí.

Giles se sentía algo inquieto.

—No. Se ha mostrado muy cordial…

—Sí, pero no creo que eso quiera decir nada… Giles, su esposa… le tiene miedo. Vi el miedo reflejado en su cara.

—¿Qué dices? ¿Cómo puede inspirar miedo a su propia mujer un hombre tan jovial, alguien tan afable?

—Quizá no sea tan jovial, ni tan afable en la intimidad del hogar… Giles: el señor Afflick no me gusta en absoluto… ¿Cuánto tiempo llevaría allí, escuchando lo que nos decíamos? ¿Qué fue lo que dijimos, concretamente?

—No mucho —repuso Giles.

Pero él también se sentía inquieto.

Capítulo XXII

Lily tiene una cita

1

Giles profirió una exclamación de extrañeza.

Acababa de abrir un sobre llegado con el correo de primera hora de la tarde. Repasó, atónito, su contenido.

—¿Qué ocurre?

—Es el informe de los grafólogos.

Gwenda preguntó, interesada:

—¿Y qué? Helen no escribió la carta que envió desde el extranjero, ¿verdad?

—Ahí está lo raro: que *sí* la escribió.

Se quedaron los dos silenciosos.

Gwenda declaró, incrédula:

—Pues entonces las cartas no eran falsificadas, sino auténticas. Helen huyó de la casa aquella noche. Y escribió desde el extranjero. En consecuencia, no fue estrangulada, ¿eh?

Giles respondió, reflexivo:

—Al parecer… Me he quedado sorprendido. No lo entiendo. Precisamente cuando todo apuntaba en otro sentido.

—¿No podría ser que los grafólogos se hubiesen equivocado?

—Existe el riesgo. Ahora, ellos muestran mucha seguridad en lo que dicen. Bueno, Gwenda, es que no comprendo ya una sola

palabra de todo esto. A ver si es que hemos estado haciendo los tontos al correr de un sitio para otro, pensando cosas raras.

—¿A partir de mi estúpido y extraño comportamiento en el teatro? Mira, Giles: ¿por qué no vamos a ver a miss Marple? Hasta las cuatro y media, que es cuando hemos de ver al doctor Kennedy, disponemos de algún tiempo.

Miss Marple, sin embargo, reaccionó de una manera muy diferente a la por ellos esperada. Comentó:

—¡Vaya, vaya! ¡Qué bien marcha todo!

—Mi querida miss Marple —repuso Gwenda—: ¿qué quiere usted decirnos con eso?

—Simplemente, que ha habido alguien que no fue todo lo inteligente que cabía esperar…

—Inteligente… ¿en qué aspecto?

—Quiero decir que… resbaló —indicó miss Marple asintiendo, muy satisfecha.

—Sí, pero ¿cómo?

—Tú, Giles, debes de estar viendo ya cómo se estrecha nuestro campo de observación.

—Aceptando el hecho de que Helen escribiera realmente las cartas… ¿piensa usted que ella pudo, aun así, haber sido asesinada?

—Pienso que a alguien le parecía muy importante que en las cartas se viera la escritura de Helen.

—Ya comprendo… Bueno, creo que comprendo. Pudieron darse unas circunstancias durante las cuales Helen, quizá, fue inducida a escribir esas especiales misivas… Esto simplificaría las cosas. No obstante, ¿en qué circunstancias?

—Vamos, vamos, Giles. No te lo has pensado bien. En realidad, es muy sencillo.

Giles pareció irritarse.

—Puedo asegurarle que para mí no es tan evidente…

—Si te detuvieras a reflexionar…

—Vámonos, Giles —dijo Gwenda—. Llegaremos tarde. Recuerdo que…

Miss Marple sonreía enigmáticamente cuando se separaron de ella.

—Esa anciana me enoja, a veces —declaró Giles—. No sé a

dónde demonios quería llevarme.

Llegaron a la casa del doctor Kennedy antes de la hora convenida.

—Le he dicho a mi ama de llaves que podía disponer de esta tarde —explicó—. He pensado que era bastante mejor así.

Pasaron al cuarto de estar. Sobre una mesita había un servicio de té completo, con pan, mantequilla y galletas.

—Una taza de té a tiempo es muy útil —manifestó el doctor, mirando a Gwenda—. Servirá para que esa señora Kimble se relaje.

—Tiene usted razón.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer? ¿Queréis que os presente a ella de buenas a primeras? ¿Deseáis manteneros aparte?

Gwenda repuso, pensativa:

—Las gentes de las poblaciones pequeñas suelen ser recelosas. Yo creo que sería mejor que usted la recibiera a solas.

—Yo opino lo mismo —declaró Giles.

El doctor Kennedy manifestó:

—Si esperáis en la habitación contigua y dejamos esta puerta de comunicación ligeramente entreabierta podréis oír todo lo que hablemos. Dadas las circunstancias actuales, creo que está justificado este comportamiento.

—Esto no es correcto, quizá, pero me da igual —aclaró Gwenda.

El doctor Kennedy sonrió levemente, diciendo:

—Me figuro que no se atenta aquí contra ningún principio ético. No me propongo en ningún caso prometer reserva, si bien estoy dispuesto a dar mi consejo si es solicitado.

Consultó su reloj de pulsera.

—El tren llega normalmente a Woodleigh Road a las cuatro y treinta y cinco minutos. Ya se habrá detenido allí, o no tardará en hacerlo. Luego, ella necesitará unos cinco minutos para remontar la colina.

El doctor empezó a pasear, inquieto, de un lado a otro de la estancia. Tenía mal color. Sus arrugas eran más perceptibles que antes.

—No lo entiendo… —dijo—. No sé qué significa todo esto. Si Helen no huyó con nadie, si las cartas que me escribió eran falsas, entonces…

Gwenda se movió hacia el doctor, pero Giles hizo un gesto para que desistiera. Y Kennedy continuó hablando:

—Si el pobre Kelvin no la mató, ¿qué pasó en definitiva?

—Que fue asesinada por otra persona —contestó Gwenda.

—Pero, mi querida niña, si la asesinó otra persona, ¿por qué había de insistir Kelvin en presentarse como el autor de la muerte de su esposa?

—Porque él estaba convencido de haberla matado. La encontró muerta en el lecho y creyó que todo era obra suya. Esto puede suceder, ¿no?

El doctor Kennedy se pasó una mano por la cara, irritado.

—¿Cómo voy a saberlo? No soy un psiquiatra. Medió, ciertamente, una impresión brutal, que destrozó sus nervios… Sí, supongo que es posible. Pero ¿quién podía querer matar a Helen?

—Nosotros hemos pensado en tres personas. Una de ellas tuvo que ser —informó Gwenda.

—¿Tres personas? ¿Quiénes eran? Nadie tenía razones para matar a Helen… A menos que se tratara de alguien que hubiese perdido la cabeza. Helen no tenía enemigos. La quería todo el mundo.

El doctor abrió el cajón de una mesita, rebuscando en su interior.

—Vino a parar a mis manos el otro día, cuando buscaba las cartas…

Era una fotografía que amarilleaba un poco, por efecto del tiempo. Veíase en ella una chica con atuendo de gimnasia, los cabellos echados hacia atrás, la faz radiante. Kennedy, un Kennedy bastante más joven, se hallaba a su lado, sonriendo muy feliz, con un perrito en los brazos.

—He estado pensando mucho en ella últimamente —dijo—. He pasado muchos años sin acordarme de Helen… Casi había logrado olvidarla… Ahora me paso los días recordándola a todas horas. Esto es obra *vuestra*.

Sus palabras sonaron acusadoras, casi.

—Yo creo que es obra de *ella* —corrigió Gwenda.

El doctor giró en redondo, con viveza.

—¿Qué quieres decir?

—Eso tan sólo. No puedo explicarlo. Pero no ha sido cosa nuestra. Es cosa de la propia Helen.

Sonó en la lejanía el melancólico silbido de una locomotora. El doctor Kennedy salió a una terraza y Giles y Gwenda le siguieron. Una columna de humo se desvanecía lentamente sobre el valle.

—Ahí está el tren —señaló Kennedy.

—¿Entrando en la estación?

—No. Saliendo de ella. —Kennedy hizo una pausa, agregando después—: Esa mujer se presentará aquí de un momento a otro ya.

Pasaron unos minutos. Pero Lily Kimble seguía sin llegar.

2

Lily Kimble se apeó del tren en el empalme de Dillmouth, cruzando el puente de peatones para trasladarse al andén en que estaba esperando el pequeño convoy local. Habían subido a éste seis o siete personas. Aquélla era una hora de poco movimiento. Además, había escogido casualmente para su desplazamiento el día en que se celebraba el mercado de Helchester.

El tren arrancó por fin… La locomotora avanzaba entre continuos resuellos a lo largo de un serpenteante valle. Había tres paradas antes de llegar a la estación término, en Lonsbury Bay; Newton Langford, Matchings Halt (para seguir a Woodleigh Camp), y Woodleigh Bolton.

Lily Kimble miró por la ventana, pero sus ojos no contemplaban la verdosa campiña. Estaba viendo en realidad una estancia de estilo jacobino, con algunas piezas tapizadas en verde jade…

Fue la única persona que se apeó en la diminuta estación de Matchings Halt. Entregó su billete y salió del recinto. Cerca de allí vio un rótulo que rezaba: «A Woodleigh Camp». A continuación venía un sendero y una empinada cuesta.

Lily Kimble echó a andar con paso vivo por aquél. Luego el camino aparecía bordeado por una espesura de árboles a su derecha

y una frondosa vegetación a la izquierda, con mucho brezo y aulagas.

Alguien conocido salió de entre los árboles, y Lily Kimble dio un salto.

—Me ha asustado usted —declaró—. No esperaba verle por aquí.

—Esto supone una sorpresa para ti, ¿verdad? Pues aún te reservo otra.

La soledad era absoluta por los alrededores. Nadie hubiera podido oír un grito, ni el rumor de una lucha. En realidad, nadie llegó a gritar, y el forcejeo duró muy poco.

Una paloma, inquieta, levantó el vuelo desde la rama de un árbol…

3

—¿Qué puede haberle pasado a esa mujer? —preguntó el doctor Kennedy, enojado.

Las manecillas del reloj marcaban las cinco menos diez minutos.

—¿Se habrá extraviado al abandonar la estación?

—Le expliqué qué camino debía seguir. En todo caso es muy fácil llegar hasta aquí. Tenía que torcer a la izquierda nada más salir de la estación, siguiendo el primer camino a la derecha. Como ya he dicho, es una distancia que se recorre en cinco minutos.

—Tal vez haya cambiado de idea —sugirió Giles.

—Todo parece indicar eso.

—Puede ser que se perdiera en el tren —apuntó Gwenda.

Kennedy manifestó ahora:

—No. Lo más probable es que haya decidido no venir al final. Quizá le hiciera desistir su marido. No hay manera de prever las reacciones de ciertas personas.

Continuó paseando por la habitación.

Por último, cogió el teléfono, dando un número.

—¡Oiga! ¿Es la estación? Soy el doctor Kennedy. Estoy esperando a una mujer que debió de llegar en el tren de las cuatro y treinta y cinco minutos. ¿Preguntó acaso alguien por mí? ¿Qué? ¿Cómo dice?

Giles y Gwenda estaban lo suficientemente cerca de Kennedy como para oír la voz de un hombre, con el acento blando y perezoso de la gente de Woodleigh Bolton.

—No creo que haya llegado nadie aquí, doctor, a esa hora, con la intención de dirigirse a su casa. No vi ninguna cara forastera en el tren de las cuatro treinta y cinco minutos. Recuerdo haber saludado al señor Narracots, de Meadows, a Johnnie Lawes, y a la hija del viejo Benson. Éstos fueron los únicos pasajeros.

—Así pues, la mujer cambió de opinión —concluyó el doctor Kennedy—. Puedo ofrecerles una taza de té, amigos. Voy por él…

Regresó con una tetera y se sentaron los tres.

—Esta ha sido una comprobación provisional —indicó Kennedy, más animado ahora—. Tenemos las señas de ella. ¿Y si fuéramos a verla, más adelante?

Sonó el timbre del teléfono y el doctor atendió la llamada.

—¿El doctor Kennedy?

—Al habla.

—Soy el inspector Last, de la comisaría de Policía de Langford. ¿Esperaba usted esta tarde la visita de una mujer llamada Lily Kimble… la señora Lily Kimble?

—Sí. ¿Por qué? ¿Ha sufrido algún accidente?

—Bueno, no se trata de eso, exactamente… Está muerta. Encontramos una carta suya con el cadáver. Por eso le he llamado. Haga el favor de presentarse en esta comisaría lo antes posible.

—Iré inmediatamente.

4

—Bueno, ordenemos todos nuestros datos… —estaba diciendo en

aquel momento el inspector Last.

Miró a Giles y a Gwenda, quienes habían acompañado al doctor. La joven estaba muy pálida, oprimiendo una mano contra la otra nerviosamente. —Ustedes estaban esperando a esta mujer, que iba a viajar en el tren que sale del empalme de Dillmouth a las cuatro y cinco minutos, llegando a Woodleigh Bolton a las cuatro y treinta y cinco…

El doctor Kennedy asintió.

El inspector Last fijó la vista en la carta encontrada en el cadáver. Todo estaba muy claro.

El doctor Kennedy había escrito lo siguiente:

> *Estimada señora Kimble:*
>
> *Tendré sumo gusto en aconsejarle lo mejor posible. Como verá por el membrete de esta carta, ya no vivo en Dillmouth. Si usted toma el tren 5 que sale de Coombeleigh a las 3,30, cambia en el empalme de Dillmouth, y utiliza el convoy de Lonsbury Bay hasta Woodleigh Bolton, mi casa queda a su alcance con sólo unos cinco minutos de paseo. Gire a la izquierda cuando salga de la estación y tome luego la primera carretera a la derecha. Mi casa queda al final. En la puerta verá mi nombre.*
>
> *Suyo affmo. s.s.*
>
> *JAMES KENNEDY.*

—¿No se habló para nada de que pudiera tomar un tren que saliera antes?

—¿Un tren…?

El doctor Kennedy miró, atónito, al inspector.

—Es que eso fue lo que hizo. Dejó Coombeleigh, no a las tres y media sino a la una y media… A continuación utilizó el convoy de las dos y cinco, en el empalme de Dillmouth, apeándose, no en Woodleigh Bolton sino en Matchings Halt, la estación anterior.

—Pero… ¡eso es sorprendente!

—¿Deseaba verle a usted como médico, doctor Kennedy?

—No. Dejé de ejercer la profesión hace varios años.

—¿La conocía bien?

—Llevaba sin verla casi veinte años.

—Pero usted la identificó… ¡ejem!… hace poco.

Gwenda se estremeció, pero un cuerpo muerto no puede impresionar a un médico, y Kennedy respondió, pensativo:

—En las presentes circunstancias es difícil decir si la reconocí o no. Fue estrangulada, supongo…

—Fue estrangulada. Se encontró el cadáver en una espesura que hay junto al camino que va de Matchings Halt a Woodleigh Camp. Lo descubrió un excursionista alrededor de las cuatro menos diez minutos. Nuestro forense ha fijado la hora de la muerte entre las dos y cuarto y las tres. Evidentemente, fue asesinada poco después de haber salido de la estación. Ningún otro viajero se apeó en Matchings Halt. Sólo ella abandonó el tren aquí.

»Bien. ¿Por qué se apeó en Matchings Halt? ¿Se confundió de estación? No creo… Lo cierto es que se anticipó en dos horas a la cita con usted y no utilizó el tren que usted le sugirió, pese a haber recibido su carta.

»¿Quiere explicarme, doctor, cuál era el objeto de su visita?

El doctor Kennedy tentó sus bolsillos, extrayendo de uno de ellos un recorte.

—He traído esto… El recorte corresponde a un anuncio puesto en el periódico local por el señor Reed y su esposa, aquí presentes.

El inspector Last leyó la carta de Lily Kimble y el papel adjunto. Su mirada abandonó el rostro de Kennedy para fijarse alternativamente en los de Gwenda y Giles.

—¿Pueden referirme la historia que hay detrás de todo esto? Me parece advertir que se remonta a varios años atrás.

—Data de hace dieciocho años —replicó Gwenda.

Lentamente, entre continuas enmiendas y adiciones, con muchos paréntesis, la historia fue saliendo. El inspector Last era de las personas que saben escuchar. Dejó que las tres personas que tenía delante contaran las cosas a su modo. Kennedy era seco, ateniéndose a los hechos; Gwenda resultaba algo incoherente, pero

en lo que contaba se observaba una potente imaginación. Giles facilitó la mejor aportación, quizás. Era claro, puntualizaba. Era menos reservado que Kennedy y más coherente que Gwenda. La conversación se alargó considerablemente.

Luego, el inspector Last suspiró, paciente, procediendo a resumir todas las explicaciones.

—La señora Halliday era hermana del doctor Kennedy y madrastra de la señora Reed. Desapareció de la casa en que vive usted actualmente con su esposo, el señor Giles Reed, hace dieciocho años. Lily Kimble (cuyo apellido de soltera era Abbott) trabajó como criada en dicha casa por algún tiempo. Por una razón u otra, Lily Kimble, con el paso de los años, se inclina a pensar que allí se produjo un raro juego. En su momento, se supuso que la señora Halliday había abandonado el hogar con un hombre cuya identidad se desconoce. El comandante Halliday murió en una clínica para enfermos mentales hace quince años, gobernado todavía por la obsesión de que había estrangulado a su esposa… Es decir, si se trataba de una obsesión…

Tras una pausa, el policía continuó hablando:

—Todos estos hechos son interesantes, pero se presentan algo desperdigados. El punto crucial parece ser éste: ¿vive todavía la señora Halliday o ha muerto? Si ha muerto, ¿cuándo falleció? ¿Y qué sabía Lily Kimble?

»Todo parece indicar que ella conocía algún dato importante hasta el extremo de costarle la vida. Alguien estaba interesado en que no hablara.

Gwenda preguntó:

—¿Quién podía saber que se disponía a hablar… aparte de nosotros?

El inspector Last fijó su preocupada mirada en la joven.

—Es un hecho muy significativo, señora Reed, que la mujer tomara el tren de las dos y cinco minutos en lugar del de las cuatro y cinco en el empalme de Dillmouth. Tiene que existir alguna razón para que obrara así. Asimismo, se apeó en la estación anterior a Woodleigh Bolton. ¿Por qué? Puede ser, a mi juicio, que *después* de escribir al doctor escribiera a *otra persona*, sugiriéndole un encuentro en Woodleigh Camp, quizá, y que se propusiera tras esta

cita, de no ser satisfactoria, continuar viaje para ir a ver al doctor Kennedy y solicitar su consejo. Es posible que ella sospechara de una persona concretamente y que le escribiera dándole a entender lo que sabía y proponiéndole una entrevista.

—Chantaje —sentenció Giles, bruscamente.

—No creo que la mujer viera su acción así —contestó el inspector Last—. Era ambiciosa, quería algo… Y actuaba algo confusamente, no viendo con claridad lo que podía obtener en definitiva de todo… Ya veremos. Tal vez su esposo pueda contarnos algo más.

5

—La puse en guardia —dijo el señor Kimble, con un gesto de cansancio—. «Desentiéndete de eso. Olvídalo», fueron mis palabras. Se movió a espaldas mías. Pensó que sabía mejor que yo lo que tenía que hacer. Así era Lily. Se las daba de lista.

El interrogatorio reveló que el señor Kimble podía aportar muy poco a aquel asunto.

Lily había estado trabajando en «Santa Catalina» antes de que él la conociera y comenzaran a salir juntos. A Lily le gustaba mucho el cine… Habíale dicho en varias ocasiones que había prestado sus servicios como criada en una casa en la que se cometiera un crimen.

—Yo no le hacía mucho caso. Pensé que todo aquello era pura imaginación. Lily era de esas mujeres que siempre le buscan tres pies al gato. Me refirió un cuento que era un galimatías… Su señor había matado a la esposa, enterrando su cadáver en el sótano… Me habló también de una chica francesa que al asomarse por una ventana había visto a alguien o a algo. «No hagas caso de los extranjeros, muchacha —le decía yo—. Nueve de cada diez son unos embusteros. No son como nosotros». Después, como insistiera en aquello, terminé por no escucharla. De nada estaba haciendo una montaña. Y es que a Lily le gustaban mucho las historias de

crímenes. Compraba el *Sunday News*, que estaba publicando una serie sobre asesinos célebres. Tenía la cabeza llena de estas cosas… Bueno, si a ella le agradaba pensar que había estado en una casa en la que se cometiera un crimen, ¿qué más daba? Pensando no se hace daño a nadie. Pero cuando me preguntó qué me parecía lo de contestar al anuncio le aconsejé que se olvidara de él, que procurara no meterse en líos. Y si me hubiera hecho caso todavía viviría.

El hombre guardó silencio durante unos momentos.

—Pues sí —declaró luego, como si hubiera llegado a una conclusión—: todavía viviría. Se las daba de lista, Lily…

Capítulo XXIII

¿Quién de ellos?

Giles y Gwenda no habían acompañado al inspector Last y al doctor Kennedy cuando su entrevista con el señor Kimble. Llegaron a casa alrededor de las siete. Gwenda estaba muy pálida, como si se encontrara enferma. El doctor había aconsejado a Giles:

—Déle usted una copita de coñac y oblíguela a comer algo. Seguidamente, que se acueste. Ha experimentado un fuerte *shock*.

Gwenda no cesaba de decir:

—Ha sido terrible, Giles, terrible. Esa pobre mujer se citó con un asesino, fue en busca de él confiadamente, para que la matara, como una oveja camino del matadero…

—Bueno, no pienses más en ello, querida. Después de todo, sabíamos que, andaba por en medio… un asesino…

—Pero referido al pasado, a dieciocho años atrás. Nos lo figurábamos. Podía haber quedado reducido todo a un error.

—Bien, esto prueba que no hay tal error. Estuviste siempre en lo cierto.

Giles se alegró de encontrar a miss Marple en «Hillside». Ella y la señora Cocker se ocuparon de Gwenda, quién rechazó el coñac, pero en cambio aceptó un poco de whisky caliente con limón. Después, y obligada por la señora Cocker, tomó asiento y se comió una tortilla.

Giles hubiera preferido hablar de otras cosas, pero miss Marple, que le superaba siempre en cuestiones de táctica, según él mismo había reconocido, se refirió al crimen con toda naturalidad, sin

forzar el tema.

—Ha sido terrible, querido —dijo—. Y, desde luego, hay que admitir lo interesante del hecho, desentendiéndonos por un momento de la fuerte impresión que tenía que producir. Sucede, Giles, que yo soy tan vieja que la muerte no me impresiona tanto como a ti… A mí, lo que me da miedo es una de esas enfermedades largas y atormentadoras… Lo importante es que esto prueba de una manera definitiva que la pobre Helen Halliday fue asesinada. Es lo que nos figurábamos; ahora ya lo sabemos.

—Debiéramos saber, ya de acuerdo con sus teorías, miss Marple, dónde para el cadáver —contestó Giles—. Me imagino que en el sótano…

—No, no. Tú recordarás que Edith Pagett dijo que había llegado a bajar allí, pensando en las afirmaciones de Lily, sin encontrar la menor huella de nada… Y las habría, ¿sabes?, de buscarlas alguien realmente.

—Entonces, ¿qué fue del cadáver? ¿Se lo llevaron en un coche con el propósito de arrojarlo al mar desde uno de los acantilados?

—No. Vamos a ver… ¿Qué os llamó la atención?… mejor dicho, ¿qué te llamó la atención, Gwenda, antes de nada, la primera vez que llegaste aquí? El hecho de que desde la ventana del salón no se viera el mar. El lugar en el que tú creíste, muy acertadamente, que debía de haber unos escalones conducentes al césped, carecía de ellos, habiendo sido utilizado para plantar, unos arbustos. Averiguaste después que había habido unos peldaños allí, transferidos posteriormente al extremo de la terraza. ¿Por qué se realizó este cambio?

Gwenda miró fijamente a miss Marple, empezando a comprender.

—Usted quiere decir que es ahí dónde…

—Tiene que existir una razón para llevar a cabo un cambio así, y éste parece no tener sentido. Francamente, es una estupidez situar en tal punto los escalones. Pero ese extremo de la terraza es un punto muy recogido, que sólo es visible desde la casa por una ventana, la ventana del cuarto de los niños, en la primera planta. ¿No te das cuenta? Si tú quieres enterrar un cuerpo, la tierra se verá removida y ha de haber una razón para justificar tal apariencia. La

razón era ésta: había sido decidido el desplazamiento de los peldaños, desde la parte de enfrente del salón hasta el extremo de la terraza. Sé ya por el doctor Kennedy que Helen y su esposo estaban pendientes del jardín, trabajando mucho en él. El jardinero que contrataron se limitaba a hacer lo que ellos le indicaban. De encontrarse con tal camino en marcha, con algunas de las losas ya quitadas, habría pensado que los Halliday habían iniciado la labor en su ausencia. El cuerpo, desde luego, pudo haber sido enterrado en otro lugar, pero creo que podemos tener la seguridad de que se halla realmente en ese extremo de la terraza y no enfrente de la ventana del salón.

—¿Por qué podemos estar seguros de eso? —inquirió Gwenda.

—Por lo que la pobre Lily Kimble dijo en su carta: que había cambiado de opinión en cuanto a la presencia del cuerpo en el sótano a causa de lo que viera Layonee al asomarse por la ventana. Esto lo aclara todo, ¿no? La chica suiza se asomó por la ventana en algún momento durante la noche, viendo entonces que estaba siendo abierta la tumba. Es posible incluso que viera al que hacía el trabajo.

—¿Y por qué no dijo nunca nada sobre el particular a la Policía?

—Mi querida Gwenda: por entonces, nadie pensaba en la posibilidad de que se hubiera cometido un crimen. La señora Halliday había abandonado el hogar en compañía de un amante… Esto fue todo lo que Layonee acertó a comprender. Probablemente, no sabía mucho inglés. Contó el hecho a Lily, quizá no en aquellos momentos, sino más tarde, como algo curioso que había observado aquella noche y que estimuló la creencia de Lily en que se había cometido un crimen en la casa. Indudablemente, Edith Pagett dijo a Lily que se abstuviera de referir insensateces, y la chica suiza acabaría aceptando su punto de vista y no querría, por supuesto, verse obligada a establecer contacto con la Policía. Los que viven en un país que no es el suyo procuran que sus relaciones con los representantes de la ley y el orden sean tan sólo las indispensables. En consecuencia, la joven volvería a Suiza para no volver a acordarse, seguramente, de aquel asunto.

—Si vive aún… si puede ser localizada… —aventuró Giles.

Miss Marple asintió.

—Es posible que se logre dar con ella.

Giles preguntó ahora:

—¿Qué podríamos hacer con tal fin?

—La Policía está en condiciones, mejor que nosotros, de llevar a buen término esa tarea.

—¿Y qué hay sobre lo que yo vi… o creí ver… en el vestíbulo? —inquirió Gwenda, intrigada.

—Ya, querida… Has obrado muy prudentemente al no referirte a eso hasta ahora. Sin embargo, pienso que ha llegado el momento de hablar de esa cuestión.

Giles fue diciendo, lentamente:

—Ella fue estrangulada en el vestíbulo. El asesino, luego, la llevó a la habitación superior, tendiéndola en el lecho. Llegó a la casa Kelvin Halliday, quien se quedó inconsciente por haber ingerido un whisky preparado con una droga. A su vez, fue trasladado al dormitorio. El asesino debió de mantenerse al acecho desde un sitio a propósito. Cuando Kelvin se fue en busca del doctor Kennedy, aquél cogió el cadáver, escondiéndolo probablemente entre las matas, en el extremo de la terraza, esperando a que todos se acostaran y se quedasen dormidos, tras lo cual cavó la tumba, depositando el cuerpo de ella. ¿Significa eso que debió de estar aquí, en las cercanías de la casa, durante casi toda aquella noche?

Miss Marple hizo un gesto afirmativo.

—Tenía que estar… *en el sitio*, sobre el terreno. Recuerdo haber oído decir a usted que esto era importante. Vamos a ver cuál de nuestros tres sospechosos encaja mejor en el cuadro que desconocemos. Pensemos en Erskine, primeramente. Desde luego, estaba allí. Él mismo admitió haber acompañado a Helen Kennedy, a partir de la playa, alrededor de las nueve. Se despidió de ella. Digamos que, en lugar de decirle adiós, la estranguló…

—Todo había terminado entre los dos, sin embargo —objetó Gwenda—, hacía tiempo. Erskine señaló que tuvo muy pocas ocasiones de hablar a solas con Helen.

—Pero ¿es que no comprendes, Gwenda, que dada la forma con que hemos de mirar las cosas ahora ya no podemos confiar en nada de lo que se nos diga?

—Bueno, me alegro de oírte decir eso —medió miss Marple—.

He de confesar que he estado algo preocupada al observar la facilidad con que vosotros dabais el valor de hechos reales a las cosas que os contaban los demás. Temo ser una persona desconfiada por naturaleza… Esta desconfianza se acentúa al enfrentarme con un crimen, como en este caso. Entonces acostumbro recurrir a una regla de oro: no dar nada por cierto, a menos que pueda ser probado.

—Por ejemplo: es cierto el comentario de Lily Kimble con respecto a las ropas de su señora, señalando que no eran las prendas que faltaban las que Helen Kennedy se hubiera llevado, y es cierto no solamente porque Edith Pagett dijo que Lily le había hablado en tal sentido, sino también porque la propia Lily mencionó eso en su carta al doctor Kennedy. En consecuencia, nos enfrentamos con un «hecho». El doctor Kennedy nos dijo que Kelvin Halliday abrigaba la creencia de que su esposa le administraba drogas secretamente, y Kelvin Halliday nos confirma esto en su Diario… He aquí otro hecho, y de los más curiosos ciertamente, ¿no creéis? Sin embargo, no nos ocuparemos del mismo por ahora.

»Quisiera poner de relieve que muchas de las suposiciones que habéis hecho se basan en lo que se os ha dicho.

Giles no apartaba la vista del rostro de miss Marple, algo sorprendido.

Gwenda, con un color de cara más natural ya, tomó un sorbo de café, inclinándose sobre la mesa atentamente.

Giles dijo:

—Repasemos lo que nos han dicho tres personas. Fijémonos en Erskine primero. Éste nos contó…

—Has concentrado tu atención en él —manifestó Gwenda—. Supone una pérdida de tiempo tal actitud, ya que Erskine queda fuera del caso. No pudo haber asesinado a Lily Kimble.

Giles continuó hablando, imperturbable:

—Erskine nos ha contado que conoció a Helen a bordo de un buque que se dirigía a la India, y que se enamoraron, pero que él no se sentía capaz de abandonar a sus hijos y a su esposa. Los dos decidieron separarse amistosamente. Supongamos que las cosas no discurrieron así. Supongamos que fue él quien se enamoró locamente de Helen y que ésta se negó a huir con él. Supongamos

que Erskine entonces la amenazó, diciéndole que si se casaba con otro hombre la mataría…

—Todo esto es muy improbable —objetó Gwenda.

—Estas cosas, no obstante, suelen pasar. Recuerda lo que le oíste decir a su esposa, dirigiéndose a él. Tú lo atribuiste al demonio de los celos, pero pudiera existir un fundamento real. Es posible que Erskine esté pensando siempre en las mujeres, que sea, en cierto modo, un maniático de tipo sexual.

—No lo creo…

—No lo crees porque le consideras un hombre de gran atractivo desde el punto de vista femenino. En mi opinión, existe algo un poco raro en Erskine. Pero continuemos con mis cargos contra él… Helen rompe su compromiso con Fane, vuelve, se casa con tu padre y los dos instalan su casa aquí. De repente, luego, aparece Erskine. Aparentemente, ha venido a este lugar para pasar unas vacaciones de verano, en compañía de su esposa. Es un proceder extraño. Admite que vino aquí para ver a Helen de nuevo. Supongamos ahora que Erskine fuera el hombre que estaba en el salón de la casa hablando con Helen cuando Lily oyó que ésta decía: *«Te tengo miedo… Siempre te he tenido miedo… Creo que estás loco*».

»Y como Helen está atemorizada, hace planes para irse a vivir a Norfolk. Pero es muy reservada en lo tocante a este punto. Nadie tiene que saber sus propósitos. Es decir, hasta que los Erskine hayan salido de Dillmouth. Bien. Llegamos a la noche fatal. Ignoramos lo que los Halliday estaban haciendo esa noche, a primera hora…

Miss Marple tosió sin ganas.

—La verdad es que vi a Edith Pagett de nuevo… La mujer se ha acordado de que aquella noche fue servida la cena muy temprano, a las siete, debido a que el comandante Halliday iba a asistir a una reunión en el club de golf, o en la parroquia… De esto, Edith no se acuerda bien… La señora Halliday salió después de la cena.

—Perfectamente. Helen se encuentra con Erskine en la playa. Se han citado, quizás. Él se marcha al día siguiente. Quizá no quiera irse aún. Apremia a Helen para que huya con él. Helen vuelve aquí y Erskine la acompaña. Finalmente, en un curioso arrebato, la estrangula. Sobre lo que viene después ya nos hemos puesto de acuerdo. Está algo loco… Quiere que Kelvin Halliday crea que ha

sido él quien la ha matado. Más tarde, Erskine entierra el cadáver. Recordemos lo que dijo a Gwenda: que regresó al hotel a hora bastante avanzada porque estuvo paseando por las inmediaciones de Dillmouth.

—Habría que preguntarse qué era lo que estaba haciendo en tales momentos su esposa —subrayó miss Marple.

—Probablemente, se sentiría atormentada por los celos —contestó Gwenda—. Y le haría una escena nada más entrar en su habitación.

—Ésta es mi explicación del caso —declaró Giles—. Y estimo todos los hechos señalados muy posibles.

—Pero es que él no pudo haber asesinado a Lily Kimble, ya que vive en Northumberland. Pensar en él, por consiguiente, es perder el tiempo. Vamos con Walter Fane…

—De acuerdo. Walter Fane es el clásico tipo reprimido. Se ve en él un hombre de maneras suaves, tranquilo, fácilmente manejable. Ahora bien, miss Marple ha aportado un testimonio valioso referente a él. Walter Fane, en cierta ocasión, tuvo una reacción tan violenta que estuvo a punto de matar a su hermano. Era un niño, sí, cuando ocurrió esto, pero siempre se había caracterizado por su dulce carácter. Bueno… Walter Fane se enamora de Helen Halliday. No es un enamoramiento corriente. Está loco por ella. Helen no quiere saber nada del joven y éste se va a la India.

»Más adelante, Helen le escribe. Está decidida a trasladarse a la India y a casarse con él. Se pone en camino. Y luego viene el segundo golpe. Nada más llegar, lo rechaza. La joven ha conocido a *alguien* en el buque, durante el viaje. Vuelve a Inglaterra y se casa con Kelvin Halliday. Probablemente Walter Fane piensa que Kelvin Halliday fue la causa original de su primer fracaso. Está caviloso, los celos lo atormentan, empieza a odiar… Acaba por regresar a su patria. Después se comporta como un amigo, frecuenta esta casa, es como un gato, que circula libremente por ella. Pero puede ser que Helen no juzgue tal actitud sincera. Ha acertado a ver, probablemente, lo que alienta bajo aquella aparente calma. Es posible que tiempo atrás sorprendiera algo inquietante en Walter Fane. Y le dice: “Siempre te he tenido miedo”. Helen hace planes, reservadamente, para salir de Dillmouth e instalarse en Norfolk.

¿Por qué? Porque teme a Walter Fane…

»Detengámonos nuevamente en la noche fatal. Aquí no pisamos terreno muy firme. No sabemos qué estuvo haciendo Walter Fane aquella noche… Y tengo la impresión de que no lo sabremos nunca. Pero en él se da la circunstancia interesante e imprescindible señalada por miss Marple: se encuentra *en el sitio*, sobre el terreno. Vive en una casa situada a dos o tres minutos de distancia, andando. Pudo haber dicho que se acostaba temprano porque tenía un fuerte dolor de cabeza; pudo haberse encerrado en su estudio con el pretexto de que tenía unos trabajos urgentes entre manos… Las excusas podrían ser muchas. Todas las cosas que hemos considerado que llevó a cabo el asesino, pudo haberlas realizado él. Añadamos a esto que, de los tres hombres estudiados, a Walter Fane lo veo como el más propenso a cometer errores a la hora de guardar unas prendas femeninas en una maleta. Seguro que ignora lo que una mujer necesitaría en la situación de Helen… y hasta en otra cualquiera.

—¡Qué raro! —exclamó Gwenda—. El día en que visité su despacho tuve la extraña impresión de que era como una casa con las cortinas corridas… E incluso me sentí asaltada por la fantástica idea de… de que había alguien muerto en la vivienda.

Miró a miss Marple.

—Le parecerá a usted esto una tontería, tal vez… —agregó.

—No, querida. Pienso que quizás estuvieras en lo cierto.

—Y llegamos, por fin, a Afflick, el de «Afflick Tours» —dijo Gwenda—. Lo primero que hay contra Jackie Afflick es la opinión del doctor Kennedy, quien lo considera víctima de una incipiente manía persecutoria. En otras palabras: nunca fue un hombre normal del todo. Nos ha hablado de él y de Helen, pero tendremos que convenir ahora que cuanto contó era un montón de mentiras. No la consideraba, simplemente, una chica de mucho atractivo. Había algo más: estaba locamente enamorado de ella. Pero Helen no le amaba. Limitóse a divertirse un poco con Afflick. A Helen los hombres la llevaban de cabeza, como ha dicho miss Marple.

—No, querida, yo no he dicho eso, en absoluto.

—Bueno, era una ninfomaníaca, si usted prefiere que utilice este vocablo. Sea lo que fuere, tuvo que ver con Jackie Afflick y después

quiso desprenderse de él. Y Afflick no estaba dispuesto a retirarse, sin más. El hermano de Helen logró librarla de sus zarpas, pero Afflick nunca olvidó esto, nunca lo perdonó. Perdió su empleo… Fue despedido de la oficina en que trabajaba con Walter Fane. Aquí hay otros indicios de su manía persecutoria.

—Sí —convino Giles—. Pero, por otro lado, de ser eso cierto, damos con otro punto en contra de Fane… Y es un dato de valor.

Gwenda continuó hablando.

—Helen sale del país, y él abandona Dillmouth. Pero no la olvida, y cuando ella regresa a Dilmouth, casada, Afflick viene a visitarla. Primeramente admitió haber venido una vez, y después admitió haber venido más de una… ¡Oh, Giles!… ¿No te acuerdas? De Edith Pagett es la frase «nuestro misterioso hombre del reluciente coche». ¿Te das cuenta? Vino a menudo, como para dar lugar a que las criadas murmuraran. Pero Helen no se molestó en invitarle a comer nunca… ni le preparó un encuentro con Kelvin. Quizá le temiera. Quizá…

Giles interrumpió a su esposa.

—Supongamos que Helen estuviera enamorada de él, que hubiera sido el primer hombre que amaba… Imaginemos que ese enamoramiento continuó. Quizá se estableciera una relación íntima entre ellos, mantenida, naturalmente, en secreto por Helen. Pudiera ser que él quisiera que abandonara el hogar, y que ella entonces ya se hubiera cansado de Jackie Afflick, negándose… Por tal motivo, la mató. Y aquí viene todo lo demás. Lily dijo en su carta al doctor Kennedy que aquella noche, fuera de la casa, había un «coche de primera». Era el de Jackie Afflick. También éste se encontraba *en el sitio*, sobre el terreno.

»Se trata de una suposición tan sólo, pero la considero razonable. Hablemos ahora de las cartas de Helen, para ver de encajarlas en nuestra reconstrucción. He estado estrujándome los sesos, esforzándome para descubrir las «circunstancias», como dijo miss Marple, en que Helen pudo haber sido inducida a escribir esas cartas. Para explicarlas, hemos de admitir que ella, realmente, tenía un amante, y que esperaba el momento de huir con él. Repasemos los tres casos… Primeramente, Erskine. Digamos que éste seguía negándose a abandonar a su esposa, a deshacer su hogar, pero que

Helen se había avenido a dejar a Kelvin Halliday para instalarse en algún lugar donde Erskine pudiera visitarla de vez en cuando. El primer paso consistirá en acabar con las sospechas de la señora Erskine, decidiendo entonces escribir Helen un par de cartas que llegarán a manos de su hermano en el momento oportuno, las cuales harán ver que ha huido al extranjero con alguien. Esto explica por qué se muestra misteriosa acerca del hombre en cuestión.

—Pero si ella estaba dispuesta a abandonar a su marido, ¿por qué la mató el otro? —inquirió Gwenda.

—Es posible que ella, repentinamente, cambiara de idea. Pensó que en realidad estaba más encariñada con su marido de lo que había creído. Él se cegó, estrangulándola. Luego, cogió las ropas y la maleta, utilizando a su conveniencia las cartas. Ésta es una explicación muy buena, que lo justifica todo.

—Lo mismo puede ser aplicado a Walter Fane. Me imagino que un escándalo protagonizado por un abogado, un hombre público, en una ciudad como Dillmouth, ha de ser de consecuencias desastrosas para el interesado. Helen pudo haber convenido con Fane instalarse en una ciudad no muy lejana, que él pudiera visitar fácilmente, fingiendo a la vez que había huido al extranjero con alguien. Las cartas estaban preparadas… Luego, ella cambió de opinión, como ha quedado sugerido. Walter, ciego de ira, la asesinó.

—¿Qué hay acerca de Jackie Afflick?

—Pensando en él resulta más difícil explicar la cuestión de las cartas. No creo que el escándalo llegara a afectarle. Es posible que Helen temiera a mi padre, por lo que estimó que sería mejor aparentar que se había ido al extranjero… Puede ser que la esposa de Afflick dispusiese ya de dinero en aquel tiempo, y que él estuviese interesado en que lo invirtiera en su negocio. Pues sí, existen varias posibles explicaciones para justificar la existencia de las extrañas cartas.

»¿Cuál de ellas le agrada más, miss Marple? Yo no creo realmente que Walter Fane…, si bien…

En este preciso instante entró en la habitación la señora Cocker para llevarse las tazas.

—No me había acordado de una cosa, señora… La verdad es que

no veo bien que usted y el señor anden mezclados con lo del asesinato de esa pobre mujer. No es propio… El señor Fane estuvo aquí esta tarde, preguntando por usted. Esperó más de media hora. Al parecer, creía que le estaban esperando…

—¡Qué raro! —exclamó Gwenda—. ¿Cuándo fue eso?

—Debió de ser alrededor de las cuatro, o poco después. Luego, llegó otro caballero en un coche grande, amarillo. Estaba seguro de que usted le esperaba. No quiso aceptar mi negativa. Esperó durante veinte minutos… Me pregunté si usted había pensado en asistir a alguna reunión, olvidando luego su compromiso.

—No, nada de eso. ¡Qué extraño!

—Lo mejor será que telefoneemos a Fane ahora mismo. Giles acompañó sus palabras con la acción.

—¡Oiga! ¿Es Fane? Aquí, Giles Reed. Acabo de saber que ha estado usted aquí esta tarde para vernos… ¿Cómo? No… no… Seguro. Es muy raro, sí. A mí también me extraña.

Giles colgó.

—Ha pasado algo extraño —declaró—. Esta mañana le telefonearon al despacho, pasándole un recado para que viniera a vernos esta tarde, ya que se trataba de una cosa muy importante.

Giles y Gwenda se miraron fijamente. Luego, ella dijo:

—Llama en seguida a Afflick.

Giles buscó el número de teléfono de aquél. Tuvieron que aguardar unos instantes.

—¿El señor Afflick? Soy Giles Reed. Yo…

Giles guardó silencio. Le estaban hablando desde el otro extremo del hilo telefónico. Por fin, pudo decir:

—Pero es que nosotros no… Le aseguro que no ha habido nada de eso… sí, sí. Sé que es usted un hombre muy ocupado. Nunca se me hubiera ocurrido… Vamos a ver: ¿quién le telefoneó? ¿Fue un hombre? No, ya le he dicho que no fui yo. Sí… Estamos de acuerdo. Esto es sorprendente.

Terminada la comunicación, Giles procedió a explicar a su mujer y a miss Marple lo que ocurría.

—Esto ha pasado: alguien, un hombre que se hizo pasar por mí, telefoneó a Afflick, pidiéndole que viniera aquí, alegando que se trataba de un asunto muy urgente, con una gran suma de dinero por

en medio.

Se miraron los tres mutuamente en silencio.

—Estoy pensando que pudo haber sido uno de ellos… —manifestó Gwenda, reflexiva—. ¿No te das cuenta, Giles? Uno u otro pudo haber matado a Lily, viniendo aquí para hacerse de una coartada.

—Es una coartada sin ninguna consistencia, querida —objetó miss Marple.

—Bueno, no he querido decir eso precisamente… Pensaba en que hubieran querido disponer de una excusa para justificar una ausencia de sus lugares habituales de trabajo. Yo creo que uno de ellos está diciendo la verdad, en tanto que el otro miente. Uno de ellos pidió al otro por teléfono que viniera aquí, a fin de desviar las sospechas hacia él… Pero no sabemos quién ha obrado así. La cosa está clara ahora, a mi juicio: todo ha quedado entre los dos. Fane o Afflick… Yo me inclino un tanto por Jackie Afflick.

—Yo por Walter Fane —contestó Giles.

Los dos miraron a miss Marple. La anciana movió la cabeza.

—Existe otra posibilidad —indicó.

—Erskine, naturalmente.

Giles se dirigió apresuradamente hacia el teléfono.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Gwenda.

—Pedir una conferencia con Northumberland.

—¡Oh, Giles! No pensarás que…

—Tenemos que saber a qué atenernos. Si se encuentra allí no pudo haber matado a Lily Kimble esta tarde. No podemos pensar en el empleo de un avión particular, ni en cosas tan fantásticas por el estilo.

Aguardaron en silencio, hasta que sonó el timbre del teléfono.

Giles atendió la llamada.

—¿Estaba usted esperando que le pusieran en comunicación con el comandante Erskine? Hable, por favor. El señor Erskine le escucha.

Giles se aclaró nerviosamente la garganta.

—¿Er… Erskine? Aquí, Giles Reed… Reed, sí.

El joven miró angustiado a Gwenda. «¿Y ahora, qué demonios le digo yo a este hombre?», estaban preguntando sus ojos.

Gwenda tomó el aparato:

—¿El comandante Erskine? Habla usted con la señora Reed. Hemos recibido información sobre… sobre una casa. «Linscott Brake», es su nombre. ¿Sabe usted algo acerca de ella? Creo que queda no muy lejos de la suya.

—¿«Linscott Brake»? —inquirió Erskine—. Me parece que ni siquiera he oído hablar de ella. ¿Cuál es su distrito postal?

—Esto está terriblemente borroso —contestó Gwenda—. Tengo delante una de esas notificaciones hechas de cualquier manera que suelen cursar los agentes. Parece ser que queda a unos veinticinco kilómetros de Daith, así que pensamos…

—Lo siento, no puedo servirles. ¿Quién vive allí?

—¡Oh! La casa esta vacía. Bueno, es igual… De todas maneras, estábamos apunto de tomar una decisión con respecto a otra casa que nos han ofrecido. Lamentó haberle molestado. Supongo que estará ocupado.

—No, no crea. Me enfrento, eso sí, con algunos quehaceres domésticos. Mi esposa se ha ausentado. Y nuestra cocinera tuvo que ir a ver a su madre… Lo malo es que no se me dan muy bien estas cosas. Me desenvuelvo mejor en el jardín.

—A mí me han gustado también más las labores de jardinería que las del hogar. Espero que su esposa se encuentre perfectamente.

—Ha tenido que ir a ver a una hermana suya. Sí, está bien. Mañana estará de vuelta.

—Buenas noches, señor Erskine. Siento haberle molestado.

Gwenda se apartó del teléfono.

—Erskine queda eliminado —manifestó con aire triunfal—. Su esposa no se encuentra en su casa y él anda ocupado con las tareas cotidianas. Todo queda, entre los dos, ¿no es así, miss Marple?

Ésta había adoptado una grave expresión.

—Me parece, queridos, que no habéis dedicado a este asunto toda la reflexión que aún exige. ¡Oh! Estoy verdaderamente preocupada. Daría cualquier cosa por saber ahora qué es lo que debemos hacer…

Capítulo XXIV

Las garras del mono

1

Gwenda apoyó los codos en la mesa y la barbilla en las palmas de las manos mientras su mirada se paseaba, indiferente, por lo que había allí quedado tras el apresurado almuerzo. Bien. Tendría que decidirse a llevar todo aquello al fregadero, dejando las cosas en sus sitios respectivos, y pensar en qué consistiría la cena.

No tenía por qué darse prisa, sin embargo. Sentía la necesidad de disponer de un poco de tiempo para ella. Todo había sucedido con excesiva rapidez.

Los acontecimientos de la mañana, al evocarlos, llegaban a su memoria en caótico desorden, presentándose como increíbles. La rapidez se había aunado con la sorpresa.

A primera hora había aparecido el inspector Last. A las nueve y media, exactamente. Le acompañaban el detective inspector Primer, de la jefatura de Policía, y el condestable jefe del condado. Este último no había permanecido allí mucho tiempo. El inspector Primer había sido designado como encargado de las investigaciones del caso Lily Kimble y de los hechos que con él tuvieran relación.

El inspector Primer, hombre de modales afables, muy cortés, habíale preguntado si tenía inconveniente en que sus hombres realizaran unas excavaciones en el jardín.

Cualquiera hubiera dicho, a juzgar por su forma de hacer la pregunta, que lo único que pretendía el inspector era dar ocasión a sus subordinados para que hicieran un poco de saludable ejercicio, cuando en realidad se trataba de buscar allí un cadáver que llevaba enterrado en aquel lugar dieciocho años.

Giles había intervenido entonces para decir:

—Creo que nosotros podemos serles útiles aportando algunas sugerencias…

Refirió al inspector a continuación todo lo relativo a los peldaños suprimidos, que conducían a la extensión cubierta de césped. Luego, le hizo salir a la terraza.

El inspector habíase quedado mirando la ventana, dotada de verja, de la primera planta, en una esquina de la casa.

—Supongo que esa ventana corresponde al cuarto de los niños —dijo.

Giles confirmó su creencia.

Los dos hombres volvieron a entrar en la casa. Entretanto, una pareja de subordinados del inspector se plantaron en el jardín armados con sendas azadas. Giles, antes de que Primer tuviera ocasión de formular más preguntas, habló así al policía:

—Es conveniente, inspector, que mi esposa le cuente algo que hasta ahora sólo a mí me ha referido… y… ¡ejem!… a otra persona.

La severa mirada del inspector Primer se posó en la faz de Gwenda. Era ligeramente especulativa. Gwenda pensó que en estos momentos él se estaba preguntando: «¿Es una mujer ésta en la que se puede confiar o es de las que se dejan guiar por alocadas fantasías?».

Tan segura estaba Gwenda de haber sorprendido esos pensamientos en el policía que sus primeras palabras eran de tipo defensivo.

—Es cierto que puedo haberlo imaginado… Quizá sea fruto de mi fantasía. Ahora bien, a mí se me antojó terriblemente real.

El inspector Primer contestó sin apremiarla:

—Bien, señora Reed. Háble me usted de eso…

Gwenda se lo explicó todo. Le contó que la casa le había parecido familiar nada más verla, que posteriormente habíase enterado de que, efectivamente, había vivido en ella de niña… Se

refirió al papel del cuarto de los niños, a la puerta de comunicación de dos de las estancias, a su creencia en que había habido en otro tiempo unos peldaños que llevaban en el jardín hasta el césped.

El inspector se limitó a asentir. No dijo que los recuerdos infantiles de Gwenda carecieran de interés, pero Gwenda creyó que lo estaba pensando.

Finalmente, hizo acopio de fuerzas para aludir nerviosamente a otro episodio, el del teatro, cuando de repente recordara haber mirado por entre los balaustres de la escalera de «Hillside» para contemplar el cadáver de una mujer, tendido en el vestíbulo.

—Tenía la faz azulada… Había sido estrangulada… Sus cabellos eran rubios… Era Helen… Aquello parecía no tener sentido… Y por eso no sabía de qué Helen podía tratarse…

—Nos figuramos que…

El inspector levantó con inesperada energía la mano, impidiendo que Giles continuara hablando.

—Por favor, deje que sea su esposa quien me lo explique todo, a su manera.

Gwenda había hablado entre interminables vacilaciones. Tenía en esos momentos el rostro encendido. Suave, delicadamente, el inspector habíala ido ayudando, haciendo gala de una gran habilidad.

—¿Webster? —dijo el hombre, pensativo—. ¡Hum! *La Duquesa de Malfi*. ¿Las garras del mono?

—Pero eso fue, probablemente, una pesadilla —manifestó Giles.

—Por favor, señor Reed…

—Puede que todo se haya reducido a eso —declaró Gwenda.

—No lo creo —contestó el inspector Primer—. La muerte de Lily Kimble sólo puede explicarse suponiendo que en esta casa fue asesinada una mujer.

Esta opinión parecía tan razonable, tan confortante, incluso, que Gwenda se apresuró a continuar hablando.

—Y no fue mi padre quien la asesinó. No fue él, realmente. El mismo doctor Penrose ha dicho que no respondía al tipo del hombre capaz de tal acción, alegando que él no hubiera podido matar a nadie. Y el doctor Kennedy estaba seguro de que mi padre no había hecho eso, sino que solamente se lo imaginó. Entonces hay que

pensar en alguien interesado en que él pensara lo que pensó. Ahora nosotros sabemos quién… Al menos, es una de las dos personas.

—Gwenda, no podemos… —la atajó Giles.

—Señor Giles: ¿por qué no sale usted al jardín? Podrá ver qué es lo que hacen mis hombres. Dígales que soy yo quien le envía.

El inspector cerró la puerta que conducía a la terraza en cuanto hubo salido Giles, regresando junto a Gwenda.

—Déme a conocer todas las ideas que han cruzado por su cabeza, señora Reed. No importa que resulten incoherentes.

Gwenda dio cuenta al policía de todas las especulaciones y razonamientos suyos y de su esposo, detallando los pasos dados para averiguar datos relativos a los tres hombres que habían tenido algo que ver con Helen Halliday. Especificó sus conclusiones. Por último, aludió a las llamadas telefónicas a Walter Fane y a J. J. Afflick. Alguien se había hecho pasar por Giles, indicándoles que debían presentarse en «Hillside» la tarde anterior.

—¿No lo comprende usted, inspector? Uno de esos hombres miente…

Cortésmente, como siempre, en un tono de voz que denotaba su cansancio, el inspector respondió:

—He aquí una de las dificultades de mi trabajo. Son muchas, normalmente las personas que pueden estar mintiendo. Y mienten en efecto, habitualmente… Aunque no siempre por las razones que usted se imagina. Las hay, incluso, que mienten sin saberlo.

—¿Me incluye entre ellas? —preguntó Gwenda, intimidada.

El inspector había sonreído, diciendo:

—La tengo por una testigo sincera, señora Reed.

—¿Y usted cree que estoy en lo cierto en lo tocante a la identidad del asesino?

El inspector suspiró:

—No se trata aquí de creer o no creer. Ineludiblemente, es preciso probar nuestras afirmaciones. Hay que saber el paradero de cada uno de nuestros personajes, cómo explica cada uno sus movimientos. Sabemos con bastante exactitud, con un error de diez minutos, cuándo fue asesinada Lily Kimble. El hecho ocurrió entre las dos y veinte y las dos y cuarenta y cinco minutos. Cualquiera hubiera podido matarla, presentándose luego aquí ayer por la tarde.

No acierto a comprender el motivo de esas llamadas telefónicas. A ninguna de las personas por usted mencionadas les proporciona estas llamadas una coartada con respecto a la hora del crimen.

—Pero usted averiguará, ¿no?, qué estaban haciendo en aquellos momentos, es decir, entre las dos y veinte y las dos y cuarenta y cinco. Supongo que las interrogará oportunamente.

El inspector Primer sonrió.

—Nosotros, señora Reed, formularemos cuantas preguntas sean necesarias, puede estar segura de ello. Cada cosa a su tiempo. No hay por qué precipitarse. Es preciso ver bien el terreno que se pisa.

Gwenda tuvo una repentina visión de pacientes gestiones, de silenciosos trabajos, llevados a cabo con serenidad, con método, despiadadamente…

—Ya le entiendo. Usted es un profesional. Giles y yo sólo somos unos aficionados. Existe la posibilidad de que demos con algo importante, pero no sabemos cómo seguir, cómo sacar el máximo partido de un golpe de suerte…

—Algo de eso hay, señora Reed, sí.

El inspector sonrió de nuevo. Abrió la puerta que comunicaba la estancia con la terraza. Disponíase a salir cuando, de pronto, se quedó inmóvil. Gwenda pensó en un sabueso que acabara de olfatear una presa.

—Perdón, señora Reed. Esa dama de ahí… ¿es acaso miss Jane Marple?

Gwenda habíase situado junto a él. En el fondo del jardín, miss Marple continuaba librando su batalla contra las malas hierbas, ya perdida.

—Sí, es miss Marple. Ha sido muy amable al ayudarnos en nuestras tareas en el jardín.

—Miss Marple… —murmuró el inspector—. Ya comprendo.

Como Gwenda le miraba inquisitiva, el inspector añadió:

—Miss Marple es una dama muy conocida. Tiene en sus bolsillos, por así decirlo, a los condestables jefes de tres condados, por lo menos. Mi jefe no se encuentra en este caso, pero pronto será uno más, creo. De manera que miss Marple ha probado también este papel…

—Nos ha hecho algunas atinadas sugerencias —explicó Gwenda.

—No me extraña —repuso el inspector—. ¿Fue ella quien les sugirió que hiciesen investigaciones sobre la desaparición de la señora Halliday?

—Dijo que Giles y yo debíamos saber dónde mirar —replicó Gwenda—. Fue, seguramente, una estupidez nuestra no haber pensado en ello antes.

El inspector exteriorizó una irónica risita, echando a andar hacia el sitio en que se encontraba miss Marple. La abordó con estas palabras:

—No creo que hayamos sido presentados, miss Marple. El coronel Melrose me habló en una ocasión de usted en el curso de una reunión, donde pude verla de lejos.

Miss Marple, con el rostro enrojecido, acabó de incorporarse, no sin antes arrancar unas cuantas hierbas más.

—¡Ah, sí! El coronel Melrose. Siempre fue muy amable conmigo. Nos conocimos…

—Se conocieron cuando el caso del capellán asesinado en el estudio del vicario… Hace mucho tiempo de eso. Pero usted conoció posteriormente otros éxitos. Las inmediaciones de Lymstock fueron escenario de otro caso policíaco, éste por envenenamiento…

—Al parecer usted, inspector, sabe muchas cosas acerca de mi persona…

—Me llamo Primer. Me imagino que habrá estado muy ocupada por aquí.

—Bueno, hago lo que puedo en el jardín. Está muy descuidado. Hay en él muchas malas hierbas. Sus raíces —declaró miss Marple, mirando muy seria al inspector— se han hecho muy profundas, a lo largo de mucho, mucho tiempo.

—Creo que está usted en lo cierto. Dieciocho años son muchos años. —Puede ser que algunas malas hierbas comenzaran a arraigar antes, incluso. Sus raíces son terriblemente dañinas, llegando a matar a las pequeñas flores, en trance de desarrollarse…

Uno de los agentes avanzaba por el sendero, en dirección a ellos. El hombre estaba cubierto de sudor y tenía la cara manchada de tierra. —Hemos dado con… algo, señor. Todo parece indicar que se trata de ella…

2

Y fue entonces, pensó Gwenda, cuando aquel día empezó a tomar todo el cariz de una pesadilla. Giles se situó frente a su esposa, muy pálido, diciendo:

—Es… es ella, sí, Gwenda.

Uno de los agentes hizo una llamada telefónica. Poco más tarde, hacía acto de presencia en la casa el forense, un hombre de corta talla, muy activo.

Y fue entonces también cuando la señora Cocker, la calmosa e imperturbable señora Cocker, salió al jardín… pero no impulsada, como hubiera sido de esperar, por una mala curiosidad, sino con el único fin de coger unas cuantas hierbas de las que solía utilizar en la cocina, éstas de ahora destinadas a la comida del mediodía. Y la señora Cocker, cuya reacción ante la noticia del crimen, el día precedente, habíase traducido en un gesto de enérgica censura y en una preocupación por el efecto que podía causar eso en la salud de Gwenda (pues la señora Cocker estaba convencida de que el cuarto de los niños no tardaría en estar ocupado, en cuanto transcurriera el número de meses normal), tropezó sin querer con el terrible descubrimiento, lo cual la afectó hasta el extremo de alarmar extraordinariamente a la joven.

—Es horrible, señora. Nunca he podido soportar la visión de unos huesos humanos… Y están aquí, en el jardín, junto a la menta, a la manzanilla, a las otras plantas. El corazón me late muy de prisa… Siento unas palpitaciones que… Si yo me atreviera, señora, le pediría un poco de coñac.

Asustada por los aspavientos de la señora Cocker, por el tono ceniciento de su rostro, Gwenda se había apresurado a salir en busca de un poco de licor.

Acercó la copa a los labios de la señora Cocker, para que ésta lo sorbiera.

Y la señora Cocker dijo:

—Esto es precisamente lo que necesitaba, señora…

De repente, su voz se quebró. Ahora, su aspecto fue tan alarmante que Gwenda dio un grito llamando a Giles, quien, a su vez, requirió el auxilio del forense de la Policía.

—Por suerte, me encontraba yo aquí —dijo el hombre después —. Sin los auxilios inmediatos de un médico, esta mujer habría fallecido.

El inspector Primer se llevó la botella de coñac, hablando de su contenido en voz baja con el forense. Seguidamente, el policía preguntó a Gwenda cuándo se había servido ella, o Giles, una copa de aquel licor.

La joven contestó que habían pasado unos días sin acordarse de él. Habíanse ausentado, habían estado en el Norte. Las últimas veces que se acercaran al mueble-bar había sido para beberse unas copas de ginebra.

—Pero ayer —explicó Gwenda— estuve a punto de servirme un poco de coñac. Ahora bien, como no me gusta, Giles decidió abrir una botella de whisky.

—Tuvo usted suerte, señora Reed. Si llega a probar el coñac, dudo de que hoy estuviera con vida.

—Giles sintió la misma tentación…, pero al final optó por servirse también whisky.

Gwenda no pudo evitar un estremecimiento.

Se encontraba ahora sola en la casa. La Policía se había marchado. Giles había acompañado a los agentes tras una improvisada comida a base de conservas (puesto que la señora Cocker había sido llevada al hospital). Pensando en los acontecimientos de la mañana, la joven los veía a veces como algo irreal, como las imágenes de un fantástico sueño.

Una cosa se destacaba con claridad en su mente: la presencia en la casa el día anterior de Jackie Afflick y Walter Fane. Cualquiera de ellos había podido verter una sustancia venenosa en la botella de coñac. ¿Cuál había sido el fin de las inexplicables llamadas telefónicas? Ahora lo comprendía: depararles la oportunidad de envenenar el licor. Gwenda y Giles se habían aproximado demasiado a la verdad. Podía ser también que hubiera una tercera persona que entrara en la casa por la abierta ventana del comedor,

mientras los dos estaban en casa del doctor Kennedy, aguardando la llegada de Lily Kimble… Esa tercera persona habría hecho las llamadas telefónicas, quizá, para que las sospechas recayeran en los dos hombres.

Tal suposición, se dijo Gwenda, carecía de sentido. Una tercera persona habría telefoneado a uno de los dos hombres solamente. Esa tercera persona hubiera querido un sospechoso, no dos. Por otro lado, ¿quién podía ser? Erskine, sin lugar a dudas, no había salido de Northumberland. Cabía la posibilidad de que Walter Fane telefoneara a Afflick, pretendiendo luego haber sido él quien recibiera la llamada. O a la inversa… En uno de los dos recaía todo. La Policía, dotada de más recursos que ellos, con más experiencia que ella y su marido, identificaría al culpable. Y entretanto, los dos hombres serían vigilados. No estarían en condiciones… de intentar de nuevo algo censurable.

Gwenda tornó a estremecerse.

Costaba trabajo habituarse a la idea de que alguien había tratado de matarle a una. «Esto es peligroso», había dicho miss Marple al principio de todo. Pero ella y Giles no habían participado realmente de esa creencia. Ni siquiera después de haber sido asesinada Lily Kimble, habíasele pasado por la cabeza el pensamiento de que hubiese alguien que abrigaba el propósito de matarla, con Giles. Y todo porque los dos se habían acercado demasiado a la verdad de lo sucedido dieciocho años atrás. Todo porque estaban descubriendo lo que había pasado entonces… y la identidad del causante del hecho…

Walter Fane y Jackie Afflick…

—¿Cuál de los dos? —murmuró la joven.

Gwenda cerró los ojos, viéndolos con los ojos de la imaginación a la luz de lo último que había conocido.

El tranquilo Walter Fane estaba sentado en su despacho… Era como la araña, plantada en el centro de su tela. Sereno, de aspecto inofensivo. Una casa con las cortinas de sus ventanas corridas. Una casa con un cadáver dentro. Un cadáver que databa de dieciocho años atrás…, pero que continuaba allí. ¡Qué siniestro le parecía el tranquilo Walter Fane ahora! Walter Fane, quien de niño se había lanzado con un impulso asesino sobre su hermano. Walter Fane, con

quien no había querido casarse Helen, una vez allí, en su patria, y otra en la India. Habíale rechazado en dos ocasiones. Una doble vergüenza. Walter Fane, tan sereno, tan carente de emociones, que solamente se revelaba como era, quizás, en los momentos de auténtico arrebato…

Gwenda abrió los ojos. Acababa de convencerse a sí misma de que Walter Fane era el hombre buscado…

Pero debía detenerse a considerar a Afflick. Con los ojos abiertos…

Un traje a cuadros chillón, unas maneras de individuo dominante —un tipo precisamente opuesto a Walter Fane—, un hombre nada reprimido, ni tranquilo. Éste era Afflick. Pero probablemente había adoptado aquella pose a causa de un complejo de inferioridad. Cuando una persona no está segura de sí misma, tiene que alardear de algo, ha de afirmarse, ha de mostrarse altanera, despótica, imperiosa. Así lo aseguran los psiquiatras. Helen lo había rechazado porque no era de su categoría… La herida habíase ido enconando. Él había decidido ser algo en la vida. Sintióse perseguido. Todos le atacaban. Había perdido su empleo a causa de una falsa acusación, hecha por uno de sus «enemigos». Seguramente, eso permitía ver que Afflick no era un sujeto normal. Y del acto de matar, un nombre como él, podía extraer una sensación de poder. Aquella faz jovial tenía mucho de cruel en realidad. Era un hombre cruel. Su delgada y pálida esposa lo sabía, por cuya razón le temía. Lily Kimble habíale amenazado y Lily Kimble había muerto. Gwenda y Giles habían tenido intervención en el caso, por lo cual Gwenda y Giles debían morir también. Y ya se las arreglaría él para comprometer a Walter Fane, quien le dejara en la calle años atrás. Las piezas de este puzzle encajaban perfectamente.

Gwenda hizo un esfuerzo para dejar a un lado estas reflexiones. Había de volver a la realidad. Giles pediría su té nada más volver a casa. Tenía que fregar la vajilla utilizada para la comida…

Cogió una bandeja, llevándose todas las cosas a la cocina. Todo lo que contenía ésta se veía limpio, impecable. La señora Cocker, realmente, era un tesoro.

Junto al fregadero había unos guantes de goma, los que la

señora Cocker utilizaba siempre para llevar a cabo aquella labor. Los guantes, semejantes a los empleados por los cirujanos, se los proporcionaba a bajo precio su sobrina, que trabajaba en un hospital.

Gwenda se enfundó ambas manos e inició su trabajo. ¿Por qué no seguir cuidándoselas, como había hecho siempre?

Una vez limpias las piezas, fue colocándolas en la platera. A continuación, procedió a ordenar los restantes utensilios.

Luego, todavía absorta en sus pensamientos, subió a la otra planta. Se dijo que debía lavarse unas medias y un par de ligeras blusas, por lo cual decidió no quitarse los guantes.

Pensaba en estas cosas primordialmente, pero por debajo de ellas algo la estaba importunando…

Walter Fane o Jackie Afflick, se había dicho. Uno de los dos. Había dado con argumentos en contra de cada uno. Quizá fuera esto lo que la preocupaba. Porque, en rigor, era mucho más convincente destacar a uno. Tenía que estar segura. Y Gwenda vacilaba…

De existir otra persona… Pero no podía haber nadie más. Porque Richard Erskine había sido eliminado. Richard Erskine encontrábase en Northumberland cuando Lily Kimble fuera asesinada, cuando el coñac había sido envenenado. Desde luego, había que prescindir de Richard Erskine.

La alegraba esta circunstancia porque Richard Erskine había sido desde el principio de su agrado. Richard Erskine era atractivo, muy atractivo. Era una pena que estuviera casado con una mujer… megalítica, de ojos recelosos, de voz de bajo…

Una voz de bajo, una voz hombruna…

La idea cruzó por su cabeza dejando en ella una secuela de ansiedad.

Una voz hombruna… ¿Habría sido la señora Erskine, y no Richard, quien contestara a las preguntas de Giles, por teléfono, la noche anterior?

No, no… Seguramente, no. Desde luego que no. Giles se habría dado cuenta de eso. Y ella también. Además, la señora Erskine podía no haber tenido la menor idea sobre la identidad del que llamaba. Desde luego, era Erskine quien había hablado. Y su esposa, como él dijera, se hallaba ausente.

Su esposa se había ausentado…

Tal vez… No. Esto era imposible… ¿Habría sido todo obra de la señora Erskine? La señora Erskine podía haber sufrido un arrebato de locura, a causa de los celos. ¿Era en realidad una *mujer* la persona que Layonee viera en el jardín aquella noche, al asomarse por la ventana?

Oyó de repente un golpe abajo, en el vestíbulo. Alguien acababa de entrar en la casa por la puerta principal.

Gwenda salió del cuarto de baño, dirigiéndose a la escalera para mirar… Sintióse aliviada al ver que se trataba del doctor Kennedy.

—Estoy aquí —dijo.

Gwenda fijó los ojos ahora en sus enguantadas manos, húmedas, brillantes, de un fuerte tono rosado… Y éstas le recordaron algo…

Kennedy levantó la vista, protegiéndose los ojos con una mano.

—¿Eres tú, Gwennie? No puedo verte la cara… Mis ojos están deslumbrados…

Entonces, ella profirió un grito…

Estaba contemplando unas garras de mono, había oído aquella voz en el vestíbulo…

—Fue usted —manifestó con voz entrecortada—. Usted la mató… mató a Helen… Ahora lo comprendo todo. Fue usted… Usted, sí…

Él subió unos escalones, en dirección a la joven. Lentamente. Sin apartar la vista de Gwenda.

—¿Por qué no me dejaste en paz? —inquirió—. ¿Por qué tuviste que remover esto? ¿Por qué provocaste su… vuelta? Precisamente cuando yo había comenzado a olvidar… a olvidar. Hiciste que volviera a mi memoria Helen… mi Helen. Lograste resucitarlo todo nuevamente. Me vi obligado a matar a Lily… Y ahora tendré que matarte a ti. Como maté a Helen… Sí, cómo maté a Helen…

Estaba cerca de ella ahora… Había extendido los brazos. Buscaba su garganta. Gwenda lo sabía. Había una expresión naturalmente burlona en aquella cara, de rasgos correctos, de hombre entrado en años… Su rostro era el de siempre, pero los ojos… los ojos eran los de un demente…

Gwenda fue retirándose ante él poco a poco. Un grito parecía haberse helado en su garganta. Había gritado una vez, pero ahora

ya no podía… Y si no gritaba nadie podría acudir en su auxilio.

Además, no había nadie en la casa… Allí no estaba Giles, ni la señora Cocker, ni siquiera miss Marple, que hubiera podido andar por el jardín. Nadie… Y si conseguía gritar era imposible que la oyeran desde la casa vecina, porque la misma quedaba a bastante distancia. Se había quedado muda, realmente. Estaba demasiado asustada para poder proferir una voz. Aquellas horribles manos que se le aproximaban implacablemente la aterrorizaban…

Gwenda había estado retrocediendo. Finalmente, su espalda quedó apoyada en la puerta del cuarto de los niños… Las horribles manos de su atacante no tardarían en ceñirse a su garganta…

Un ahogado gemido se escapó de entre sus labios.

Y luego, de pronto, el doctor Kennedy se detuvo, retrocediendo. Un chorro potente de agua jabonosa se estrelló contra sus ojos. Lanzó una exclamación y, angustiado, se llevó las manos a la cara.

—Ha sido una suerte que yo me encontrase en estos instantes desinfectando tus rosas, querida Gwenda, para acabar con el pulgón, que no las deja crecer.

Era miss Marple quien acababa de hablar así. Su voz sonó jadeante, pues había subido hasta la planta superior casi a la carrera…

Capítulo XXV

Epílogo en Torquay

—Por supuesto, querida Gwenda, ni por un solo momento se me pasó por la cabeza la idea de irme, dejándote sola en la casa —manifestó miss Marple—. Yo sabía que una persona muy peligrosa andaba suelta. Disimuladamente, desde el jardín, yo vigilaba.

—¿Sabía usted que… era él? —inquirió la joven.

Miss Marple, Gwenda y Giles se hallaban sentados en la terraza del «Imperial Hotel», de Torquay.

Miss Marple había aconsejado para Gwenda un cambio de aires. Giles habíase mostrado de acuerdo en que era lo mejor. El inspector Primer fue de la misma opinión. Éste había sido el motivo de su viaje a Torquay.

Miss Marple dijo, contestando a la pregunta de la joven:

—Verá. Ese hombre parecía ser la persona indicada. Por desgracia, carecíamos de pruebas concretas en que basarnos. Había unas cuantas indicaciones, nada más.

Giles, intrigado, escrutó el rostro de la anciana.

—No acierto a ver a qué indicaciones puede usted referirse…

—Piensa, piensa, mi querido Giles. Empecemos por considerar que él se había encontrado *en el sitio*, sobre el terreno.

—¿En el sitio?

—Ciertamente. Cuando Kelvin Halliday fue en su busca aquella noche, *él acababa precisamente de regresar del hospital*. Y el hospital, en aquella época, según se nos ha dicho, estaba muy cerca de «Hillside», o «Santa Catalina», como era entonces llamada la casa.

Esto, ¿comprendes?, lo sitúa *en el lugar ideal y a la hora conveniente*. Después, tenemos un puñado de pequeños y significativos hechos. Helen Halliday explicó a Richard Erskine que había abandonado su casa: *no se sentía feliz en ella*. Es decir, no le agradaba vivir con su hermano. No obstante, su hermano, por todos los conceptos, estaba constantemente pendiente de la joven. ¿Por qué no era feliz, pues? El señor Afflick os dijo que «la chica le inspiraba compasión». Creo que se expresó con toda sinceridad. Le daba lástima. ¿Por qué había de verse con el joven Afflick secretamente? Evidentemente, Helen no estaba locamente enamorada de él. ¿Es que no podía hablar con los hombres de su edad normalmente, comportándose como las demás chicas? Su hermano era muy «riguroso», un hombre de mentalidad anticuada. ¿Verdad que recuerda vagamente al señor Barrett, de la calle Wimpole?

Gwenda se estremeció.

—Estaba loco, loco —dijo.

—Sí —confirmó miss Marple—. No era un ser normal. Adoraba a su media hermana, y su afecto tomó un tono posesivo e insano. Estas cosas ocurren en la vida con más frecuencia de la que os podéis imaginar. Hay padres que no quieren que se casen sus hijas, que ni siquiera permiten que se junten con jóvenes de su edad. Como el señor Barrett. Pensé en eso al oír referir lo de la red del tenis.

—¿Si?

—En efecto. Me pareció un episodio muy significativo. Pensad en esa chica, en la joven Helen, que regresa al hogar al salir del colegio, que siente las mismas apetencias que las demás muchachas, que desea conocer a algunos muchachos, que quieren coquetear con ellos…

—Que sexualmente es un poco anormal…

—*No* —dijo miss Marple, pronunciando con mucha energía el monosílabo—. Ésta es una de las más perversas cosas acerca de este crimen. El doctor la mató, pero no sólo físicamente. Si hacéis memoria, comprobaréis que las únicas afirmaciones por las que queda Helen Halliday señalada como una maniática sexual, como una… ¿cuál es la palabra que tú usaste, querida?… ninfomaníaca, han salido siempre de la boca del señor Kennedy.

»Tengo para mí que Helen fue una chica completamente normal, que aspiraba, como es lógico en las personas de sus años, a divertirse, a pasarlo lo mejor posible, a coquetear un poco, para al final centrar su atención en el hombre escogido… No había más. Y fijaos ahora en los pasos que da él. Primeramente, se muestra riguroso, comportándose como un hombre anticuado, restando libertad a Helen. Luego, al pensar en las partidas de tenis, con las consiguientes reuniones amistosas, un deseo muy normal e inofensivo por parte de ella, finge aceptarlas… Pero una noche destroza la red. Es una acción sádica la suya, que explica muchas cosas. Posteriormente, puesto que Helen puede ir a jugar al tenis a otras casas y asistir a los bailes, él saca el mayor partido posible de un pie ligeramente herido, que trata, que infecta deliberadamente, para que el rasguño dure, para que no se cure en seguida. ¡Oh, sí! Estoy convencida de que obró así.

»Os advierto que no creo que Helen viera claro en todo esto. Ella sabía que su hermano sentía un profundo afecto por su persona, pero me parece, en cambio, que Helen ignoraba por qué se sentía a disgusto, nada feliz, en su casa. Lo cierto, sin embargo, es que su inquietud, su falta de felicidad, la llevó a decidir el viaje a la India, con objeto de casarse con el joven. Sólo pretendía huir. Huir… *¿de qué*? No lo sabía. Era demasiado joven, demasiado inocente para descubrirlo.

»En el buque que la llevaba a la India conoció a Erskine, de quien se enamoró. En este caso tornó a comportarse como lo que era, como una chica normal, como una joven honesta, sin complejos sexuales. Pudo haber influido en Erskine para que abandonara a su mujer, pero en vez de eso le contuvo. Luego, al enfrentarse con Fane comprendió que no podía casarse con él. ¿Qué hacer ahora? No tuvo más remedio que telegrafiar a su hermano, pidiéndole dinero para el regreso.

«Durante este último viaje conoció a tu padre, Gwenda… Vio otra vía para la proyectada huida. Esta vez, además, consideró la perspectiva de vivir feliz.

»No se casó con tu padre valiéndose de fingimientos, querida. Él se estaba recuperando del golpe que para él había supuesto la muerte de su esposa amada. Ella intentaba olvidar un episodio

amoroso infortunado. Los dos podían ayudarse mutuamente. Yo estimo muy significativo el hecho de que ella y Kelvin Halliday se casaran en Londres, trasladándose seguidamente a Dillmouth para dar la noticia de su boda al doctor Kennedy. Ella debió de presentir que era más prudente obrar así, si bien lo normal habría sido que contrajeran matrimonio en Dillmouth. Continúo creyendo que Helen no sabía con lo que se enfrentaba, ni siquiera en esta etapa de su vida… Pero la verdad era que se sentía más segura presentando a su hermano su matrimonial enlace como un *fait accompli*.

»Kelvin Halliday se mostró muy cordial con Kennedy, quien le agradó. Kennedy, por lo visto, se esforzó por dar la impresión de que la decisión adoptada por ellos habíale gustado. La pareja se instaló en una casa amueblada de allí.

»Llegamos ahora a un hecho muy significativo… Me refiero a la sugerencia de que Kelvin estaba siendo drogado por su esposa. Solamente hay dos explicaciones sobre eso, porque dos solamente son las personas que pudieran disponer de la oportunidad de obrar así: Helen Halliday y el doctor Kennedy. Con respecto a ella, ¿por qué había de proceder así? Kennedy era el médico de Halliday, como pone de relieve el hecho de que le consulte. Confiaba en la experiencia profesional de Kennedy… Y la sugerencia de que su esposa le estaba dragando fue inteligentemente apuntada por Kennedy al interesado.

—Pero ¿existe alguna droga capaz de provocar la alucinación relativa al estrangulamiento? —preguntó Giles—. ¿Hay alguna sustancia que origine ese particular efecto?

—Mi querido Giles: has caído en la trampa de nuevo, en la trampa de *creer lo que se te ha dicho*. De esa alucinación da testimonio únicamente el doctor Kennedy. Kelvin no dice nada sobre ella en su Diario. El hombre sufría alucinaciones, sí, pero no menciona su naturaleza. Yo me atrevería a decir que Kennedy le habló de algunos maridos que habían estrangulado a sus esposas después de haber pasado por una fase como la que Kelvin Halliday vivía.

—El doctor Kennedy era realmente un individuo perverso —sentenció Gwenda.

—Yo creo que por entonces él había rebasado la frontera que

separa la razón de la locura. Y Helen, la pobre, empezó a advertirlo. Debió de estar hablando con su hermano aquel día que Lily sorprendió una conversación sin ver a los interlocutores. «Creo que siempre te he tenido miedo». Ésta fue una de las frases que pronunció —agregó miss Marple—. Y eso fue muy significativo. Helen decidió salir de Dillmouth. Convenció a su esposo de que debía comprar una casa en Norfolk; le convenció también de que no debía decírselo a nadie. Esto, en sí mismo, constituía un punto muy curioso. La reserva sobre ese extremo resultaba muy elocuente. Sentíase asustada ante la posibilidad de que *alguien supiera aquello*… Pero tal circunstancia no encajaba en las hipótesis relativas a Walter Fane, a Jackie Afflick, a Richard Erskine. Quedaba señalado alguien mucho más cerca de aquel hogar que ellos.

»Finalmente, Kelvin Halliday, a quien le molestaba guardar aquel secreto, creyendo, simplemente, que no tenía objeto semejante proceder, se lo dijo todo a su cuñado.

»Y al proceder así selló su propio destino y el de su esposa. Kennedy no estaba dispuesto a permitir que Helen se fuera de allí para vivir feliz en compañía de su marido. Yo creo que la idea inicial consistía, sencillamente, en quebrantar la salud de Halliday con drogas adecuadas. Pero al enterarse de que su víctima y Helen se le escapaban de entre las manos perdió los estribos. Desde el hospital pasó al jardín de «Santa Catalina». Llevaba puestos unos guantes de los empleados por los cirujanos. Alcanzó a Helen en el vestíbulo, estrangulándola. Nadie lo vio, nadie había allí que pudiera verle… Eso pensó al menos. Y en un frenético arrebato, citó los versos trágicos que eran tan apropiados al momento.

Miss Marple suspiró, chasqueando la lengua.

—Fui una estúpida, muy estúpida. Todos nos comportamos como unos necios. Hubiéramos de haber visto claro en seguida. Esos versos de *La Duquesa de Malfi* eran realmente la pista de toda la historia. En la obra son pronunciados por un *hermano* que ha planeado la muerte de su hermana, por haberse casado ésta con el nombre amado. Sí, hemos sido muy estúpidos…

—¿Y luego? —inquirió Giles.

—Procedió a llevar a la práctica el resto del diabólico plan. El cadáver quedó colocado arriba. A una maleta pasaron varias

prendas de Helen. La nota destinada a Halliday, para que éste se quedara convencido de que ella había huido, fue escrita y arrojada al cesto de los papeles.

—¿Y no habría sido mejor para Kennedy —preguntó Gwenda— que mi padre hubiese aparecido como culpable de un crimen?

Miss Marple le contestó que no, moviendo la cabeza.

—¡Oh, no! Eso implicaba algunos riesgos. Kennedy era un hombre de gran sentido común… aunque pervertido. Sentía un gran respeto por la Policía. Ésta se hace normalmente con muchas pruebas antes de condenar a un hombre por el delito de asesinato. Los representantes de la ley suelen formular muchas y complicadas preguntas, hacen innumerables investigaciones, quieren estar al tanto de las horas en que se produjeron los hechos, se familiarizan con los escenarios de los mismos. Su plan era más simple, y también más diabólico, creo. No tenía más que llevar a Halliday al convencimiento de ciertas cosas… En primer lugar de que había matado a su esposa; después, de que se había vuelto loco. Convenció a Halliday de que debía ingresar en una clínica mental, pero no creo que realmente quisiera convencerle de que todo era una obsesión. Tu padre aceptó esa hipótesis, Gwenda, por ti, principalmente, me imagino. Continuó creyendo que había matado a Helen. Murió en tal creencia.

—Un cerebro perverso… perverso… perverso… —murmuró Gwenda.

—Efectivamente —dijo miss Marple—. Has empleado el calificativo más adecuado. Y yo pienso, Gwenda, que en eso radica la causa de que aquella infantil impresión se quedará grabada en tu mente con tanta firmeza. Era realmente el mal lo que flotaba en el aire cerca de ti aquella noche…

—¿Y las cartas de Helen? —inquirió Giles—. Eran de su puño y letra. No podía tratarse, por tanto, de falsificaciones.

—¡Naturalmente que eran falsificaciones! Aquí es donde se superó. Tenía mucho interés en lograr que tú y Gwenda abandonaseis las investigaciones. Probablemente, habría sido capaz de imitar la letra de Helen a la perfección, pero no con lo suficiente para engañar a un grafólogo. La muestra de escritura de Helen que os envió con la carta tampoco era de ella. La elaboró él mismo. Por

eso coincidían todos los rasgos.

—¡Demonios! —exclamó Giles—. Nunca pensé en tal cosa.

—Claro —contestó miss Marple—. *Tú creíste lo que él dijo*. Verdaderamente, es peligroso proceder así con la gente. Desde hace muchos años, normalmente, yo suelo dudar de lo que me dicen los demás.

—¿En cuanto a lo del coñac…?

—Lo preparó el día que se presentó en «Hillside» con la carta de Helen. Estuvimos hablando en el jardín. Él esperó en la casa mientras la señora Cocker salía para hacerme saber que estaba allí. Para realizar esa manipulación no necesitaba más de un minuto.

—¡Santo Dios! —exclamó Giles—. Y pensar que me apremió para que me llevara a Gwenda a casa y le diera *un poco de coñac*, tras haber estado en la comisaría de Policía, con motivo del asesinato de Lily Kimble… ¿Cómo se las arregló para verla antes de una hora fijada para su viaje?

—Eso fue muy fácil. En la carta que le envió indicaba a la mujer que le viera en Woodleigh Camp y que fuese a Matchings Halt en el tren que sale a las dos y cinco minutos del empalme de Dillmouth. Se escondió en la arboleda, probablemente, abordándola cuando ella avanzaba por el camino. Entonces, la estranguló. Luego, procedió a sustituir la carta que Lily llevaba encima (habíale dicho que se la echara al bolso por las instrucciones que contenía) por la que vosotros visteis, yéndose a casa a continuación para montar la pequeña comedia de la espera de la mujer.

—¿Le amenazó realmente Lily? Su carta no daba tal impresión. Más bien parecía dar a entender que ella sospechaba de Afflick.

—Es posible. Pero Layonee, la chica suiza, había dicho algo a Lily y suponía un peligro para Kennedy. Sí, por el hecho de haberse asomado por la ventana del cuarto de los niños, momento en que le viera excavando en el jardín. Por la mañana habló con ella, diciéndole de pronto que el comandante Halliday había matado a su esposa, que el comandante estaba loco, y que él, Kennedy, pretendía silenciar el asunto, pensando en la niña. No obstante, si Layonee se creía obligada a dar conocimiento de todo a la Policía, que lo hiciera, si bien a ella tal proceder le acarrearía perjuicios… etcétera.

»Layonee se asustó inmediatamente a la sola mención de la palabra «Policía». Ella te adoraba, Gwenda, y tenía fe en *monsieur le docteur*. Kennedy le entregó una buena suma de dinero, apresurándose a hacerla volver a Suiza. Pero antes de marcharse, la joven contó a Lily que tu padre había asesinado a Helen y que ella había visto enterrar el cadáver. Esto se avenía perfectamente con las ideas de Lily en aquellos momentos. Dio por descontado que Layonee había visto a Kelvin Halliday excavando la tumba…

—Pero Kennedy no sabía eso, por supuesto —dijo Giles.

—Naturalmente que no. Al recibir la carta de Lily, lo que le asustó fue que Layonee hubiera dicho a Lily lo que había visto *desde la ventana* y la mención del coche que había fuera.

—¿El coche de Jackie Afflick?

—Otra interpretación errónea. Lily recordaba, o creía recordar, un coche como el de Jackie Afflick, afuera, en la carretera. Su imaginación la llevó a pensar en el Hombre Misterioso que fue a ver a la señora Halliday. Estando el hospital al lado de la casa, en aquella vía, indudablemente, aparcarían muchos y buenos coches. Pero tenéis que recordar que el automóvil del doctor se encontraba aquella noche frente al hospital… Probablemente, llegó a la conclusión de que ella se refería a su coche. El calificativo «de primera» carecía prácticamente de significado para él.

—Ya —dijo Giles—. Ante una conciencia culpable, la carta de Lily podía aparecer, lógicamente, como un chantaje. Pero ¿cómo está usted informada acerca de todo lo concerniente a Layonee?

Miss Marple apretó los labios, pensativa. Luego, repuso:

—El hombre perdió todo el control de sí mismo. Tan pronto como los agentes que dejara apostados en el lugar el inspector Primer entraron en la casa, empezó a hablar de su crimen, contándolo todo, refiriendo varias veces lo que había hecho. Parece ser que Layonee falleció poco después de haber regresado a Suiza: una sobredosis de tabletas somníferas… Desde luego, él no quería correr riesgos.

—Por eso intentó que me envenenara con el coñac.

—Tú, Gwenda, con Giles, erais dos personas sumamente peligrosas para él. Por suerte, querida, nunca le hablaste de que te acordabas de haber visto a Helen muerta en el vestíbulo. En ningún

momento supo que había un testigo de su crimen.

—Y esas llamadas telefónicas a Fane y Afflick… —apuntó Giles —. ¿Las hizo él?

—Sí. Si se efectuaban investigaciones sobre la manipulación del coñac, cualquiera de los dos sería un sospechoso convincente. Y si Jackie Afflick viajaba en su coche sólo podía quedar ligado con el asesinato de Lily Kimble. Fane, probablemente, dispondría de una coartada.

—Y fingió que yo le inspiraba mucho cariño… —consideró Gwenda—. La «pequeña Gwennie»…

—Tenía que representar su papel —indicó miss Marple—. Imagínate lo que significaba esto para él. Al cabo de dieciocho años aparecéis tú y Giles haciendo preguntas, escudriñando en el pasado, removiendo un crimen que parecía muerto, pero que en realidad dormía… Algo muy peligroso, querido. He pasado momentos de verdadera preocupación.

—¡Pobre señora Cocker! —exclamó Gwenda—. Estuvo a punto de morir. Me alegro de que se esté recuperando. ¿Crees que volverá con nosotros, Giles? Sí, después de todo lo que ha pasado…

—Volverá si el cuarto de los niños queda ocupado —repuso Giles.

Gwenda se ruborizó. Miss Marple sonrió levemente, echando un vistazo sobre las casas de Torquay que se divisaban desde allí.

—¡Qué forma tan rara de producirse el desenlace de esta historia! —musitó Gwenda—. Yo llevaba puestos aquellos guantes y miraba mis manos, enfundadas en los mismos… Y él avanzó por el vestíbulo, pronunciando unas palabras semejantes a las que yo conocía: «No puedo verte la cara». Y después: «Mis ojos están deslumbrados».

La joven se estremeció:

—*Cubre su faz… Mis ojos estaban deslumbrados… Ella murió joven*… Pude ser yo… de no haberse presentado a tiempo miss Marple.

Hizo una pausa, agregando:

—¡Pobre Helen! ¡Pobre Helen, que encontró la muerte tan joven! ¿Sabes, Giles? Su imagen se ha desvanecido, ya no está en la casa, ya no está en el vestíbulo. Me di cuenta de ello ayer, antes de salir

de allí. Allí sólo está la casa, dispuesta para acogernos. Podemos volver a nuestro hogar cuando queramos…

AGATHA CHRISTIE. Torquay, Reino Unido, 1891 - Wallingford, id., 1976. Fue una autora inglesa del género policíaco, sin duda una de las más prolíficas y leídas del siglo XX. Hija de un próspero rentista de Nueva York que murió cuando ella tenía once años de edad, recibió educación privada hasta la adolescencia y después estudió canto en París. Se dio a conocer en 1920 con *El misterioso caso de Styles*. En este primer relato, escrito mientras trabajaba como enfermera durante la Primera Guerra Mundial, aparece el famoso investigador Hércules Poirot, al que pronto combinó en otras obras con Miss Marple, una perspicaz señora de edad avanzada.

En 1914 se había casado con Archibald Christie, de quien se divorció en 1928. Sumida en una larga depresión, protagonizó una

desaparición enigmática: una noche de diciembre de 1937 su coche apareció abandonado cerca de la carretera, sin rastros de la escritora. Once días más tarde se registró en un hotel con el nombre de una amante de su marido. Fue encontrada por su familia y se recuperó tras un tratamiento psiquiátrico. Dos años después se casó con el arqueólogo Max Mallowan, a quien acompañó en todos sus viajes a Irak y Siria. Llegó a pasar largas temporadas en estos países; esas estancias inspiraron varios de sus centenares de novelas posteriores, como *Asesinato en la Mesopotamia* (1930), *Muerte en el Nilo* (1936) y *Cita con la muerte* (1938).

La estructura de la trama de sus narraciones, basada en la tradición del enigma por descubrir, es siempre similar, y su desarrollo está en función de la observación psicológica. Algunas de sus novelas fueron adaptadas al teatro por la propia autora, y diversas de ellas han sido llevadas al cine. Entre sus títulos más populares se encuentran *Asesinato en el Orient-Express* (1934), *Muerte en el Nilo* (1937) y *Diez negritos* (1939). En su última novela, *Telón* (1974), la muerte del personaje Hércules Poirot concluye una carrera ficticia de casi sesenta años.

Agatha Christie ha tenido admiradores y detractores entre escritores y críticos. Se le acusa de conservadurismo y de exaltación patriótica de la superioridad británica. Pero se reconoce también su habilidad para la recreación de ambientes rurales y urbanos de la primera mitad del siglo XX de la isla inglesa, su oído para el diálogo, la verosimilitud de las motivaciones psicológicas de sus asesinos, e incluso su radical escepticismo respecto de la naturaleza humana: cualquiera puede ser un asesino, hasta la más apacible dama de un cuidado jardín de rosas de Kent.

Agatha Christie fue también autora teatral de éxito, con obras como *La ratonera* (1952) o *Testigo de cargo* (1953). Utilizó un seudónimo, Mary Westmacott, cuando escribió algunas novelas de corte sentimental, sin demasiado éxito. En 1971 fue nombrada Dama del Imperio Británico.

Notas

[1] Adivina. En francés en el original. < <